



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

**Hacia un sistema-mundo policéntrico
en el marco de la reconfiguración global del siglo XXI**

Tesis
que para obtener el grado de
Licenciado en Relaciones Internacionales

presenta:

Hugo Angel Martínez Barranco

Matrícula: 202137747

Director:

Dr. Eduardo Crivelli Minutti

H. Puebla de Z., Puebla. Febrero 2026

La historia no está de parte de nadie. Todos cometemos errores al decidir cómo actuar y dado que el desenlace es inherentemente y no intrínsecamente impredecible, tenemos al menos 50 por ciento de oportunidades de lograr el sistema-mundo que preferimos. Y 50 por ciento no es poca cosa.

Immanuel Wallerstein,
[*La crisis estructural, o por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo*, 2015: 46]

Podemos volver la mirada atrás para contemplar el camino que nos ha conducido hasta aquí [...] Ignoramos cuáles serán los elementos que darán forma al futuro [...] Confiamos en que el futuro nos depare un mundo mejor, más justo y más viable. El viejo siglo no ha terminado bien.

Eric Hobsbawm,
[*Historia del siglo XX*, 1999 [1994]: 26]

“Una segunda etapa de “despertar del Sur” [...] ahora está al orden del día. [...] ¿Serán los resultados mejores ahora [...]?”.

Samir Amin,
[*Escritos para la transición*, 2010: 117, 142]

ÍNDICE

ÍNDICE	5
INTRODUCCIÓN.....	9
DEL CENTRO AL POLICENTRO EN EL SISTEMA-MUNDO CONTEMPORÁNEO	19
1.1. Dinámica del sistema-mundo capitalista.....	20
1.2. Centro políticos-económico.....	24
1.3. Transformación sistémica ‘policéntrica’	29
AUGE Y CAÍDA DEL CICLO HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE.....	37
2.1. Centramiento en el largo siglo europeo	38
2.2. Recentramiento en el corto siglo americano.....	50
2.3. Crónicas de un descentramiento anunciado.....	61
EL SUR GLOBAL EN TIEMPOS DE REESTRUCTURACIÓN SISTÉMICA.....	75
3.1. En el despertar latinoamericano.....	76
3.2. Hacia el renacimiento africano	92
3.3. El crucial ascenso asiático.....	110
CONCLUSIONES	133
REFERENCIAS.....	139

Índice de Cuadros y Gráficas

CUADROS

Cuadro 1. Auge y caída de las hegemonías en el sistema-mundo moderno.....	39
Cuadro 2. Subsistemas afroeurasiáticos previos al nacimiento de la economía-mundo capitalista.....	41
Cuadro 3. Principales elementos que posicionaron a los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial.....	53
Cuadro 4. Principales elementos que consolidaron a los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial.....	58
Cuadro 5. Instrumentos económicos, políticos y de seguridad de la hegemonía mundial estadounidense.....	60
Cuadro 6. Principales elementos de la crisis de la hegemonía mundial de los Estados Unidos.....	64
Cuadro 7. Acuerdos comerciales y de seguridad de América Latina y el Caribe con los Estados Unidos.....	78
Cuadro 8. Principales procesos de integración regional en América Latina y el Caribe.....	79
Cuadro 9. Gobiernos progresistas en América Latina (1999–2025).....	81
Cuadro 10. Gobiernos de derecha en América Latina (1999–2025).....	83
Cuadro 11. Acuerdos de seguridad de Estados Unidos y la Unión Europea con África.....	98
Cuadro 12. Acuerdos comerciales de Estados Unidos y la Unión Europea con África.....	102
Cuadro 13. Principales gobiernos africanos según orientación geopolítica.....	108
Cuadro 14. Principales procesos de integración regional en África.....	109
Cuadro 15. Acuerdos comerciales de Estados Unidos, Unión Europea y China con Asia.....	121
Cuadro 16. Principales gobiernos de Asia según su orientación geopolítica.....	127
Cuadro 17. Esquemas de seguridad y mecanismos de integración regional en Asia.....	130

GRÁFICAS

Gráfica 1. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, Asia y África con América Latina y el Caribe.....	85
Gráfica 2. Principales exportaciones de América Latina y el Caribe.....	87
Gráfica 3. Principales importaciones de América Latina y el Caribe.....	88
Gráfica 4. Principales países de América Latina y el Caribe que reciben Inversión Extranjera Directa (2004-2024).....	90
Gráfica 5. Producto Interno Bruto de América Latina y el Caribe (2001-2024).....	91
Gráfica 6. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, Asia y América Latina y el Caribe con África.....	101
Gráfica 7. Principales exportaciones de África.....	104
Gráfica 8. Principales importaciones de África.....	104
Gráfica 9. Principales países de África que reciben Inversión Extranjera Directa (2001-2024).....	106
Gráfica 10. Producto Interno Bruto de África (2001-2024).....	107

Gráfica 11. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, África, América Latina y el Caribe con Asia.....	119
Gráfica 12. Principales exportaciones de Asia.....	123
Gráfica 13. Principales importaciones de Asia	124
Gráfica 14. Principales países de Asia que reciben Inversión Extranjera Directa (2001-2024).....	125
Gráfica 15. Producto Interno Bruto de Asia (2001-2024).....	126

INTRODUCCIÓN

En el ocaso del siglo XX, el sistema-mundo institucionalizado bajo el liderazgo estadounidense al término de la Segunda Guerra Mundial comienza a vislumbrar severos signos de fragmentación a raíz de la profunda crisis presentada en la economía norteamericana (Katz, 2023). A las puertas del nuevo milenio, el panorama auguraba la continuidad del sistema imperante, un orden internacional basado en el unipolarismo imperial de Estados Unidos y sus aliados occidentales que lograra subyugar al resto de ideologías alternativas (Fukuyama, 1992). Tal supuesto era igualmente discutido con una visión antitética que abogaba por una serie de transformaciones sistémicas radicales, previendo la materialización de un imperio descentralizado y desterritorializado del sistema-mundo tradicional “ante nuestros ojos” (Hardt y Negri, 2000).

Sin embargo, el curso del siglo XXI pareciera demostrar que dichas tesis unipolaristas distan de la realidad del sistema-mundo actual. Por un lado, el declive hegemónico norteamericano continúa intensificándose frente a la proliferación y posicionamiento de nuevos actores provenientes del Sur global en el plano internacional, que han ido trastocando los cimientos de las dinámicas del sistema mundial tradicional y promoviendo la materialización de un sistema policéntrico (Amin, 2005; Acharya, 2017). Por otro lado, el ascenso de algunas potencias emergentes del Sur global se debe, en gran manera, al impulso que han recibido por parte de China, quien ha fungido como líder para el resto del Sur global y como principal eje y promotor de una transformación sistémica que trata de superar las condiciones desiguales del sistema Norte-Sur (Domínguez, 2023), potencializando en conjunto la fragmentación del poderío norteamericano y contribuyendo a la gestación de un sistema-mundo policéntrico.

No obstante, un hecho a considerar en la materialización del sistema policéntrico es que dicho proceso de cambio se enmarca en lógicas de una posible transición del liderazgo internacional, trazada desde Estados Unidos pero que no necesariamente va a posicionar a otra única potencia, pues la construcción del policentro está incentivando que las dinámicas del sistema-mundo capitalista se descentren de la hegemonía declinante y propiciando un recentramiento en las potencias emergentes del Sur global que permitan dar continuidad a la acumulación mundial de capital (Braudel, 1985; Wallerstein, 1988). Las estrategias que el Sur global ha incorporado para hacerse de un lugar en el sistema mundial, con China como líder, y contravenir a la estabilidad hegemónica estadounidense son la Belt and Road Initiative y los BRICS, que con su reciente mutación a BRICS plus, se han convertido en el principal instrumento para dicha

reconfiguración sistémica (Vadell, 2024; Garzón, 2024), incorporando a las potencias más importantes de América Latina y el Caribe, África y Asia en la construcción de un sistema-mundo policéntrico.

De ahí que sale a la luz la pregunta sobre ¿de qué manera se está reconfigurando el sistema-mundo capitalista en el contexto de las dinámicas contemporáneas del siglo XXI? A partir de ella se desprenden otras preguntas particulares: (i) ¿qué factores explican la reestructuración de las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo que conducen a la conformación de un sistema policéntrico?; (ii) ¿cómo se articularon los procesos de centramiento y posterior descentramiento de las dinámicas del sistema-mundo capitalista en torno a la hegemonía estadounidense?; y (iii) ¿por qué, en el escenario actual del siglo XXI, se está materializando un sistema-mundo de carácter policéntrico?

Ante ello, el objetivo general de esta investigación es analizar la transformación sistémica que impulsa la reconfiguración del sistema-mundo capitalista hacia una lógica policéntrica en el contexto del siglo XXI; a partir de este se derivan los objetivos particulares: (i) identificar los factores que favorecen el desplazamiento de las dinámicas del sistema-mundo capitalista desde un centro hegemónico en declive hacia múltiples centros emergentes, como condición para la conformación de un sistema policéntrico; (ii) describir el proceso histórico de centramiento y posterior descentramiento de dichas dinámicas durante el ciclo hegemónico de Estados Unidos, desde mediados hasta el último cuarto del siglo XX; y (iii) analizar la construcción de un sistema-mundo policéntrico en el marco de la reconfiguración global contemporánea, caracterizada por el descentramiento hegemónico estadounidense y el recentramiento estratégico en polos emergentes del Sur global, con China como actor articulador.

En la actualidad, las temáticas del declive hegemónico estadounidense, la fragmentación del mundo unipolar y el posicionamiento de las potencias emergentes en el escenario internacional del siglo XXI, así como cuestiones de transformación sistémica, no son temas totalmente nuevos dentro del ámbito de estudio de las Relaciones Internacionales. Sin embargo, es a partir de muchos de esos aportes los que contribuyeron en la gestación y estructuración de la idea central de la presente investigación. En ese sentido, la importancia del tópico, y el principal interés, radica en analizar de qué manera se está fraguando un sistema-mundo policéntrico, qué características deberían tener para ser considerado parte de la lógica policéntrica y quiénes serían los principales actores. Del mismo modo, la propuesta investigativa es relevante para comprender la importancia de la reconfiguración del sistema-mundo contemporáneo en el

delineamiento de tal sistema alternativo y qué repercusiones traería consigo para el ya fracturado sistema imperante.

En el ámbito formativo, abordar el postulado de la construcción de un sistema-mundo policéntrico en un panorama de cambio estructural resulta ser un planteamiento bastante atractivo para el análisis, por lo que en definitiva no es un tema reducido ni limitante; y, al tratarse de un contexto reciente, hay muchas posibilidades de aportar con nuevos argumentos a los textos ya trabajados por otros académicos. A título personal, el tópico fomenta el interés por seguir ampliando el bagaje académico adquirido a lo largo de la Licenciatura en cuestiones de geopolítica contemporánea, y muy puntualmente sobre análisis de sistema-mundo, ofreciendo la oportunidad de profundizar los conocimientos previos y adquirir otros más que serán determinantes para generar nuevas investigaciones con respecto a un eje temático de gran relevancia para el estudio del sistema-mundo contemporáneo.

En función de lo anterior, la propuesta investigativa es viable para hacer un exhaustivo análisis en un trabajo de tesis. Por un lado, la gran cantidad de fuentes de información a las cuales se puede recurrir abre un panorama optimista para entregar un escrito bien fundamentado; incluso habría la posibilidad de utilizar datos cuantitativos dentro de una metodología mixta que ayuden a sustentar los argumentos expuestos. Además, al ser una temática relativamente nueva, podría incentivar el interés social, no sólo de académicos internacionalistas, por conocer más acerca del tema. Por otro lado, una de las más grandes ventajas es que la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, cuenta con profesores-investigadores especializados en diversas áreas de estudio que se relacionan con las cuestiones a tratar en la investigación, por lo que se puede esperar una asesoría y dirección de calidad por parte de alguno de ellos durante la elaboración de la tesis.

Sin embargo, como todo trabajo exploratorio, también plantea una serie de retos y desafíos. La dificultad más importante, debido a que determina el rumbo de la investigación, es que debe entenderse al sistema internacional como unidad de análisis, dado que no se estudia ninguna particularidad del sistema-mundo policéntrico que vaya más allá del nivel sistémico. Caer en la trampa de enfatizar demasiado haría que el escrito sea parcializado y no cumpla con lo que el tópico propone; y, en la misma tónica, un análisis bastante superficial sobre la amplia gama de factores inmiscuidos en la propia constitución del tema, lejos de ser parcial, implicaría que no se realizó el trabajo suficiente por entender a la principal unidad de estudio. Otro reto supondría el tiempo que debe ser destinado para la elaboración del escrito, aunque el

compromiso y la motivación para entregar un producto destacable, aunado al interés genuino sobre la problemática a tratar, servirían de incentivo para priorizar las horas dedicadas a la realización de la tesis.

Por eso, la hipótesis general de esta investigación sostiene que la reestructuración del sistema-mundo capitalista es resultado de una transformación global impulsada por el declive hegemónico de Estados Unidos y el auge de potencias clave del Sur global, encabezadas por China, lo que está dando lugar a una dinámica policéntrica. En este marco, se plantean como subhipótesis que (i) la conformación de un sistema policéntrico deriva del desplazamiento de las dinámicas del sistema-mundo capitalista, las cuales se descentran de una potencia hegemónica en declive para recentrarse en múltiples actores emergentes con capacidad de reproducir la acumulación de capital a escala mundial; (ii) dichas dinámicas se concentraron en Estados Unidos tras el término de la Segunda Guerra Mundial y comenzaron su proceso de descentramiento a partir de la década de 1970; y (iii) la consolidación de un sistema-mundo policéntrico responde a una reconfiguración global que impulsa el descentramiento estadounidense y el recentramiento en actores emergentes del Sur global, con China como principal referente.

Ante un panorama de transformación sistémica, surgen diversos debates desde los estudios de relaciones internacionales sobre cómo comprender las dinámicas de transición hegemónica y la conformación de un sistema policéntrico. Al respecto, la mayoría de las discusiones giran en torno al agotamiento hegemónico estadounidense y cómo éste funge de catalizador para la construcción de alternativas emergentes que puedan reemplazar al sistema declinante (Keohane, 1984; Wallerstein, 1995a; Arrighi y Silver, 1999). Por un lado, hay perspectivas esperanzadoras que teorizan un escenario posthegemónico donde los regímenes e instituciones internacionales heredados del orden norteamericano sean quienes se encarguen de la estabilización del naciente sistema, y en el cual la cooperación sea una pieza clave para mantener la cohesión dentro del escenario internacional (Keohane, 1984). A la par, también hay una corriente crítica más pesimista que sostiene la materialización de un nuevo orden soberano basado en una lógica de mando única: un imperio desterritorializado de los estados-nación, en el que el capital esté descentrado de la economía mundial y cuyo régimen sea atemporal al curso de la historia (Hardt y Negri, 2000).

Por otro lado, son escasos los argumentos que implican una alternativa policéntrica para la transformación del sistema mundial. Dentro de esta perspectiva, Fulvio Attinà identifica un

sistema policéntrico como una organización descentralizada en donde la falta de consenso para producir reglas e instituciones conduciría al aumento de actores estatales dispuestos a conducir el sistema mediante roles organizativos principales. Igualmente, esta organización se considera como regionalista debido al carácter discontinuo o escasamente integrado, desigual a pesar de que involucra relaciones horizontales entre las partes. Una de las cuestiones más interesantes de esta línea de pensamiento es que se puede entender a la horizontalidad como una utopía, pues alega que no hay respaldo histórico que demuestre la existencia de condiciones sociopolíticas sólidas para que puedan florecer organizaciones que vayan en contra de la centralización en la producción de reglas e instituciones, como la organización policéntrica (Attinà, 1999).

Sin embargo, desde la óptica de los análisis de sistema-mundo, tales concepciones solo proporcionan un panorama generalizado para la revisión de los cambios de hegemonía y los centramientos y recentramientos de los procesos de acumulación a escala mundial. Partiendo del debilitamiento del liderazgo estadounidense, Samir Amin comenta que el ocaso hegemónico abrió la discusión sobre las contradicciones que ejercía tal sistema mundial declinante, y por lo cual era necesaria una nueva perspectiva para la reconstrucción del sistema, un mundo policéntrico. Su idea recalca que dicho mundo permitiría la cristalización de nuevos centros en diversas regiones del mundo, con particular énfasis en el Sur global –la periferia–, pues brindaría la oportunidad de alcanzar un verdadero nivel de desarrollo que les permitiese insertarse y posicionarse dentro de las dinámicas del naciente sistema (Amin, 1990).

Otra de las consecuencias que devendría a raíz de la evolución del mundo hacia un sistema policéntrico es el establecimiento de espacios regionales fortalecidos por una estrecha cooperación entre las economías nacionales que rompiera con antiguos esquemas de relaciones unidireccionales, en donde el Sur se sometía a las demandas del Norte –el centro. A diferencia de Attinà, quien considera el policentrismo como una organización desigual dentro de un orden discontinuo y débilmente integrado, Amin expone que el alternativo policéntrico sería más propicio para la paz y el progreso de todos los pueblos, y en donde el desarrollo se vería incentivado gracias a los fuertes lazos de cooperación entre las regiones que buscan alcanzarlo (Amin, 1990; Attinà, 1999). Por otro lado, Immanuel Wallerstein también aborda la opción de crear un nuevo sistema sociohistórico que involucre a todos aquellos que siempre han sido marginalizados del sistema-mundo, impulsándolos a actuar estrechamente en todos los niveles, tanto en lo local como en lo global, para asegurar su creación (Wallerstein, 1995a).

Las ideas de Wallerstein y de Amin concuerdan en que debe presentarse una antesala para la reconfiguración sistémica y la materialización de un nuevo orden alternativo. Wallerstein sostiene que el declinante orden norteamericano se encuentra inmerso en una profunda crisis, producto de severas contradicciones internas, cuyos efectos acentúan la inestabilidad y evidencian su inviabilidad. Esta situación da lugar a un fenómeno denominado bifurcación, es decir, el surgimiento de dos soluciones alternativas para enfrentar la crisis: una enfocada en el abandono del sistema y otra centrada en la construcción de uno nuevo (Wallerstein, 1995a; Wallerstein, 2004). Por su parte, las tesis de Amin se inscriben en la lógica de la bifurcación, pues la construcción de un sistema policéntrico requiere desvincularse de la dicotomía tradicional centro-periferia. Esta desconexión permitiría a la periferia alcanzar un mayor grado de autonomía para sobreponerse a las desigualdades del desarrollo capitalista (Amin, 1985; Amin, 1990).

No obstante, tanto la bifurcación como la desconexión y la gestación de un sistema policéntrico no se presentan como un fenómeno exclusivamente determinado por la crisis sistémica, sino que también involucra un proceso aún más amplio, una posible transición hegemónica mundial. Tal aseveración encuentra sustento en la visión de Giovanni Arrighi y Beverly Silver, quienes argumentan que la transición deviene de un proceso de crisis hegemónica, donde la competencia interestatal, la escalada de conflictos sociales y las nuevas configuraciones de poder presionan al sistema hasta desorganizarlo de tal manera que la crisis se transforma en un eventual colapso hegemónico. En este panorama, la idea de transición hegemónica se intensifica, ya que una mínima perturbación al sistema podría favorecer a las fuerzas que desafían la precaria estabilidad sistémica, provocando el colapso definitivo de una hegemonía y el surgimiento de otra nueva (Arrighi y Silver, 1999).

De este modo, la transición hegemónica podría considerarse crucial para la bifurcación, dado que ofrece una respuesta para prescindir del sistema declinante y avanzar hacia la construcción de un nuevo orden alternativo, un sistema policéntrico. Además, el proceso de crisis, colapso y transición hegemónica involucran obligatoriamente una expansión financiera, esto debido a que la incesante acumulación de capital busca expandir su campo de inversión del centro tradicional a territorios emergentes una vez que se detectan los primeros síntomas de la crisis. Así, cuando la desorganización sistémica se intensifica, la esfera financiera de la economía-mundo capitalista se desprende del centro tradicional, se desconecta de él, y se relocaliza en los centros emergentes que le otorguen mayor seguridad para continuar la acumulación

incesante de capital. Alguno de los centros emergentes que logre potencializar los alcances de la economía-mundo será quien se posicione como el encargado de liderar el sistema-mundo una vez que la hegemonía declinante colapse (Arrighi y Silver, 1999; Arrighi, 2005; Amin, 1985; Amin, 1990; Wallerstein, 1995a).

En suma, se puede afirmar que el escenario actual del siglo XXI está vislumbrando una transformación sistémica sin precedentes. Sin embargo, y contrario a lo que algunos sostienen, no se trata de un mundo posthegemónico guiado por instituciones del orden declinante (Keohane, 1984), ni de la materialización de una estructura virtual desarraigada tanto de los Estados-nación como de la economía mundial (Hardt y Negri, 2000). Más bien, se trata de una reconfiguración del sistema-mundo hacia un sistema policéntrico (Wallerstein, 1995a; Amin, 1990), pero no un esquema caótico, discontinuo y débilmente integrado (Attinà, 1999), sino de un policentrismo que se está gestando a partir del descentramiento de los procesos de acumulación a escala mundial (Amin, 1985) del centro tradicional, Occidente y los Estados Unidos, y el recentramiento de la dinámica en múltiples centros, actores emergentes del Sur global bajo liderazgo de China (Arrighi, 2005; Arrighi y Silver, 1999).

La tesis se estructura en una secuencia analítica de tres capítulos que permiten comprender la transición histórica del sistema-mundo desde una configuración centrada hacia una dinámica crecientemente policéntrica. En el primer capítulo se examinan los fundamentos del sistema-mundo tradicional, poniendo énfasis en la conformación de los centros económico-políticos y en los procesos de transformación estructural que han erosionado su centralidad histórica. Este apartado ofrece el marco teórico y conceptual indispensable para interpretar la transición sistémica en curso y las tensiones que acompañan el desplazamiento del poder a escala global.

El segundo capítulo aborda el auge y la posterior crisis del ciclo hegemónico estadounidense, situándose en una perspectiva histórica de larga duración que considera el descentramiento del largo siglo europeo y el recentramiento propio del corto siglo americano, así como las señales de un declive anunciado. Finalmente, el tercer capítulo analiza el papel del Sur Global en el contexto de la reestructuración sistémica, destacando el despertar latinoamericano, el renacimiento africano y el ascenso asiático como expresiones de nuevas centralidades emergentes. La tesis concluye con una serie de consideraciones finales, donde se argumenta que el policentrismo deja de ser una hipótesis para materializarse como rasgo definitorio del orden global contemporáneo.

Esta investigación se inscribe en el marco teórico-metodológico del análisis del sistema-mundo, enfoque que permite estudiar las transformaciones estructurales del orden internacional a través de dinámicas históricas de larga duración. Desde esta perspectiva, se interpreta que la reconfiguración del sistema interestatal capitalista está encaminada al surgimiento de un orden internacional policéntrico, que fomenta la fragmentación del liderazgo global de Estados Unidos hacia el ascenso de algunos polos del Sur global, con China como guía. La perspectiva del sistema-mundo, en diálogo con la Economía Política Internacional crítica y las teorías críticas de las Relaciones Internacionales, proporciona las herramientas conceptuales necesarias para examinar los patrones de acumulación de capital a escala mundial, la redistribución del poder global y el papel de los actores emergentes en la disputa por la configuración del nuevo orden mundial.

Metodológicamente, el trabajo realiza un análisis estructural del sistema-mundo capitalista, abordando las fases históricas de hegemonía, crisis y transición. Este nivel incluye una revisión crítica de la literatura sobre ciclos hegemónicos (Wallerstein, Arrighi, Cox), las transformaciones en el centro del sistema (Braudel), y el papel de las periferias o el Sur global en los procesos de cambio estructural (Amin). Se examinan los principales indicadores de cambio sistémico, tales como el desplazamiento del centro de gravedad económico, la reorganización de las cadenas globales de valor y el cuestionamiento a las instituciones de Bretton Woods.

En otras palabras, el trabajo estudia la evolución de las potencias emergentes en el orden mundial en crisis, tanto en su dimensión normativa e institucional como geopolítica o geoeconómica, analizando su papel en el rediseño de la arquitectura financiera y comercial global, a partir de iniciativas como el Nuevo Banco de Desarrollo, el Acuerdo de Reservas Contingentes, los esfuerzos de desdolarización y la promoción de marcos de gobernanza alternativos. Asimismo, la investigación considera también las tensiones internas del bloque, las asimetrías entre sus miembros y los desafíos que enfrenta para consolidar una estrategia común frente a los actores hegemónicos tradicionales.

De este modo, el análisis pretende desarrollar un estudio de caso panorámico centrado en las relaciones estratégicas de América Latina y el Caribe, África y Asia, como regiones clave en la gestación de un nuevo sistema-mundo. En este nivel, se utilizan datos cuantitativos y cualitativos provenientes de diversas fuentes: la base de datos del Centro de Comercio Internacional (CCI), los informes de inversión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre

Comercio y Desarrollo (UNCTAD), tanto de los datos registrados a 2024 como de las proyecciones para 2025, así como datos del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB), el Banco Africano de Desarrollo, el Observatorio de Complejidad Económica (OEC) y las plataformas estadísticas nacionales y regionales. Aunado a ello, se incluyen reportes de organismos multilaterales, documentos de política exterior, acuerdos bilaterales y multilaterales, declaraciones conjuntas y estrategias de desarrollo asociadas a los centros de acumulación de capital.

El análisis empírico se enfoca en los flujos de comercio e inversión, los proyectos de cooperación e infraestructura, las políticas de inserción internacional y los alineamientos geoestratégicos de los países del Sur global frente a los Estados Unidos y sus aliados del Norte. Particularmente, se debe prestar atención al papel de China como principal potencia del bloque en la proyección de poder económico y diplomático hacia estas regiones, así como a las respuestas locales frente a esta nueva configuración de poder. El enfoque adoptado es interdisciplinario y crítico, permitiendo interpretar los datos no solo desde su dimensión cuantitativa, sino también en términos de sus implicaciones estructurales para la reorganización del sistema internacional. En suma, con esta metodología se busca ofrecer una lectura compleja e integral del ascenso del Sur en la escena internacional, sus límites y contradicciones, y su contribución al posible surgimiento de un sistema mundial policéntrico.

CAPÍTULO I.

DEL CENTRO AL POLICENTRO EN EL SISTEMA-MUNDO CONTEMPORÁNEO

La reconfiguración actual del sistema-mundo contemporáneo parece vislumbrar el tránsito desde una estructura centrada en un centro hegemónico hacia una constelación más amplia y plural de poderes, lo cual es producto del reacomodo del capitalismo histórico en el siglo XXI. Este desplazamiento no obedece sólo al declive relativo de una potencia central, es decir de los Estados Unidos, sino a una mutación más profunda en las formas de organización de la producción, la circulación y la acumulación, las cuales comienzan a distribuirse de manera más equitativa, aunque no necesariamente más justa, entre distintos polos regionales. De este modo, si bien la crisis de los Estados Unidos como centro del sistema-mundo, no implica el completo colapso sistémico, llama la atención la emergencia de un escenario donde nuevos actores estatales y no estatales están reconfigurando las jerarquías y disputando la capacidad de marcar nuevas pautas de desarrollo global.

En este contexto, la capacidad de diversas economías y proyectos políticos de replicar mecanismos de acumulación a escala global, delinean una estructura de poder menos concentrada y más fragmentada. Así, la proliferación de nuevas plataformas tecnológicas, financieras, institucionales y geopolíticas, tensionan la estructura jerárquica del capitalismo heredada del siglo XVI, poniendo en evidencia la erosión del monopolio de decisión estratégica que antes detentaba la potencia hegemónica. Esto permite desarrollar la hipótesis de que la multiplicación de centros políticos y económicos no equivale a una simple redistribución geográfica del poder, sino a la transformación cualitativa del sistema contemporáneo, revelando fisuras, reacomodos y nuevas articulaciones en un mundo cada vez más policéntrico.

Por eso, este capítulo busca identificar los factores que impulsan este desplazamiento desde un centro hacia múltiples focos de dinamismo sistémico, examinando tanto las bases históricas y teóricas del sistema-mundo moderno, así como los procesos que han permitido la consolidación de centros económico-políticos alternativos en la actualidad. Para ello, el capítulo se divide en tres apartados. El primero de ellos reconstruye la lógica estructural del sistema-mundo moderno y sus mecanismos de acumulación a escala mundial. El segundo apartado analiza la configuración y ascenso de nuevos polos de poder que desafían la hegemonía del centro. La tercera parte explora las transformaciones contemporáneas que anuncian la transición hacia un orden policéntrico.

1.1. Dinámica del sistema-mundo capitalista

Para comprender la transformación sistémica del siglo XXI que está incentivando la creación de un orden policéntrico, es imperativo hacer una serie de precisiones teóricas y conceptuales sobre los componentes básicos inmiscuidos en la conformación del sistema-mundo moderno. Con el fin de esclarecer su funcionamiento a lo largo de la historia, así como las estructuras que favorecieron la consolidación del moderno sistema mundial, es importante puntualizar sobre el término “sistema”, que desde las Relaciones Internacionales suele comprenderse como una especie de un todo conectado, con reglas internas y cierta continuidad (Kaplan, 1957). Por tanto, los sistemas pueden entenderse como configuraciones históricas de interacción entre unidades que se rigen por patrones relativamente estables y que reproducen un determinado orden material e ideacional.

Dentro de la amplia gama de ideas de sistemas, Immanuel Wallerstein definió sus análisis de sistema-mundo con tres características principales. La primera de ellas es que el sistema es social, es decir, una entidad que posee ejes rectores que lo legitiman, límites, estructuras, grupos, miembros. En segundo lugar, el sistema es histórico, distinguiendo su constante evolución e identidad en un momento determinado. La tercera característica es que el sistema-mundo sigue una lógica capitalista, o, en otras palabras, de la acumulación incesante de capital (Wallerstein, 1974). Desde esta perspectiva, el sistema-mundo moderno se sustenta en la idea de una economía-mundo capitalista, noción que Wallerstein retoma y reelabora a partir de los aportes de Fernand Braudel.

Para Braudel, una *économie-monde* es un espacio económico amplio, articulado y jerárquico, que trasciende las fronteras políticas y en cuyo interior coexisten múltiples niveles de actividad económica, desde la vida material hasta el capitalismo propiamente dicho, pero que permanece unificado por un centro dominante que organiza los flujos comerciales, financieros y productivos. En palabras de Braudel:

Una economía-mundo es una suma de espacios individuales, económicos y no económicos, regulados por ella; que abarca una superficie enorme (en principio, es la más vasta zona de coherencia, en tal o cual época, en una parte determinada del globo); que traspasa, de ordinario, los límites de los otros agrupamientos masivos de la historia (Braudel, 1984 [1979], pp. 6).

De ahí se comprende que una economía-mundo con características capitalistas surgió en Europa entre los siglos XV y XVI y, a partir de entonces, se expandió progresivamente hasta

abarcó el conjunto del planeta, dando origen al sistema-mundo moderno. La cohesión del sistema-mundo no depende de una autoridad imperial única, sino del funcionamiento integrado de los mercados, las redes comerciales y las relaciones de producción jerarquizadas que sostienen la lógica de acumulación capitalista. Por eso, Wallerstein distingue con claridad entre imperio-mundo y economía-mundo.

El imperio-mundo se caracteriza por una estructura política centralizada en la que una autoridad imperial ejerce control directo sobre los territorios subordinados. En cambio, la economía-mundo capitalista creada en Europa, se articuló sin una autoridad única y su orden se reproduce a través de mecanismos económicos, financieros y geopolíticos que mantienen una división internacional del trabajo y una jerarquía entre centro, semiperiferia y periferia. Por eso, en el sistema-mundo que surgió de esa economía-mundo capitalista, se ha articulado en torno a Estados hegemónicos, que son aquellos que han logrado imponer reglas, normas y prácticas, estructurando el sistema internacional en su conjunto, por un periodo determinado. La hegemonía no equivale al control absoluto ni centralizado del sistema, como ocurriría en un imperio-mundo, sino a una posición privilegiada desde la cual un Estado dirige, coordina o influye desproporcionadamente en los flujos económicos y en las orientaciones estratégicas del sistema (Wallerstein, 1983).

Wallerstein y Braudel coinciden en que el sistema-mundo moderno comienza a gestarse en la etapa otoñal de la Europa feudal, hacia finales del siglo XV, impulsado por la expansión ultramarina y, en particular, por el descubrimiento de América. Este proceso se consolidó a lo largo del siglo XVI y alcanzó su pleno desarrollo un par de siglos después, cuando la economía-mundo europea logró estructurar un espacio global integrado bajo la lógica de la acumulación capitalista. Sin embargo, Fernand Braudel matiza esta narrativa señalando que el nacimiento del capitalismo moderno ocurre en torno al Mar Mediterráneo en el siglo XVI, pero sin negar la existencia de otras economías-mundo premodernas, más o menos centralizadas, que precedieron al sistema europeo (Braudel, 1985). Para Braudel, la economía-mundo europea no surgió en un vacío histórico, sino que se superpuso y coexistió temporalmente con estructuras comerciales anteriores en el mundo islámico, asiático y africano.

Wallerstein, en cambio, sostiene una posición más estricta, considerando que, si bien existieron sistemas históricos amplios antes del siglo XVI, ninguno de ellos constituía una economía-mundo capitalista en sentido estricto. Para él, solo el sistema surgido en Europa occidental logró articular una división internacional del trabajo suficientemente compleja y jerarquizada,

basada en la acumulación incesante de capital y en el predominio del mercado como mecanismo organizador. En otras palabras, Wallerstein cree que las formaciones previas podían ser imperios-mundo o sistemas regionales avanzados, pero no alcanzaron el nivel de integración, expansión y dinámica capitalista que definió al sistema-mundo moderno.

Por su parte, Janet Abu-Lughod habla sobre la existencia de un sistema mundial ‘moderno’ entre los siglos XII y XIII basado en el comercio a larga distancia, conectando numerosas economías mundiales que iban desde el Mediterráneo a China a través del Mar Rojo, el Golfo Pérsico, el Océano Índico y el Estrecho de Malaca, siendo esto una especie de subsistemas que se interconectaban entre sí, añadiendo que podría ser posible argumentar la existencia de otros sistemas anteriores al que ella detecta (Abu-Lughod, 1989). En ese sentido, André Gunder Frank y Barry K. Gills sostienen la postura de que los llamados subsistemas no deben entenderse de manera aislada, sino como un conjunto que se articulan en un único sistema-mundo de larga duración, que data del año 1500-1700 a. C., aproximadamente cinco mil años de historia (Frank y Gills, 1993).

Ahora bien, el hecho de que este sistema-mundo se haya erigido como una economía-mundo capitalista implica puntualizar que su lógica no se limita a la expansión geográfica, sino que se configura a partir de una compleja particularidad: la acumulación incesante de capital como principio rector del sistema histórico moderno. El capital va más allá de la riqueza acumulada, pues la concentración de bienes de consumo, maquinaria o derechos autorizados a cosas materiales en forma de dinero se convierten en capital cuando son usados (invertidos) con el objetivo de acumular más capital (Marx, 1867). De este modo, el sistema-mundo moderno se sostiene a partir de estructuras que presionan a favor de la acumulación incesante de capital.

Una de las estructuras que fomenta la búsqueda incesante de acumulación capitalista es la mercantilización de todas las actividades productivas, que son convertidas en operaciones de mercado con el fin de monetizarlos y así obtener los beneficios que permitan la constante acumulación de capital (Wallerstein, 1992; 1995b). Para ello, es indispensable contar con un mercado global para todos los factores de producción que abarque la totalidad de la economía-mundo capitalista. No obstante, la mercantilización generalizada no se enmarca exclusivamente en los procesos productivos, sino también en los procesos de distribución, inversión e intercambio (Marx, 1867). Mediante la construcción de cadenas extensivas de producción de mercancías, dichas actividades mercantiles se agrupan en una serie de

operaciones que funcionan como nodos inmersos en el engranaje capitalista para la acumulación incesante (Amin 1979).

Sin embargo, para posibilitar la acumulación de capital, es necesario que el mercado no sea completamente libre, pues la rutinización de las actividades mercantiles es proclive a la disminución de rentabilidad (Polanyi, 1957). A la par, de ello, algunos de los nodos en las cadenas mercantiles resultan concentrar mayores ganancias que otros a raíz de un mayor grado de monopolización de la actividad mercantil de dicho nodo (Lenin, 1917). Es por eso que el sistema capitalista se encuentra constantemente en la búsqueda de nuevos lugares para mercantilizar productos que permitan generar mayores ganancias para la acumulación, propiciando una sectorización funcional, geográfica y jerárquica (Luxemburg, 1913).

Con la jerarquización espacial del sistema, se sientan las bases para una división geográfica del trabajo, conocida como división axial del trabajo, que clasifica a partir del grado de ganancia en el proceso de producción (Wallerstein, 1992; 2004a). Dicha división distingue, por un lado, a los nodos mercantiles cuyas actividades representan más ganancias concentradas en una zona relativamente pequeña de la economía-mundo controlados por cuasimonopolios, conocidos como procesos de producción centrales; y, por otro lado, aquellos nodos que dejan menos ganancias en sus unidades de actividad económica, aunque más competitivos, se localizan en regiones geográficamente más dispersas, los procesos periféricos. La relación que se crea entre el centro y la periferia se trata de una relación entre los sectores más monopolizados y los más competitivos de la producción del sistema-mundo, donde los más competitivos están en una fuerte desventaja ante los cuasimonopólicos, reflejando el gran compromiso con la acumulación incesante de capital (Lenin, 1917; Amin, 1970).

Otro de los requisitos clave para el sistema capitalista es la creación de una estructura política sólida que permita dar continuidad a la división axial del trabajo, entendiendo así un sistema interestatal basado en estados centrales y periféricos¹, delimitados por fronteras geográficas y sujetos a obligaciones recíprocas. En ese tenor, los Estados centrales son quienes agrupan la mayor parte de la actividad productiva de la economía-mundo capitalista en un número reducido de actores estatales. A raíz de la concentración de capital, se ha construido una base fiscal y política sólida que ha permitido constituir Estados relativamente fuertes (Wallerstein, 1988; 2004b). En contraste, los Estados periféricos, políticamente débiles, conglomeran a una

¹ Es importante puntualizar que se puede hablar de Estados centrales y periféricos siempre y cuando se esté consciente de que se trata de una relación entre procesos productivos (Wallerstein, 2004a).

cantidad considerable de actores que dependen de la transferencia de capital acumulado hacia los Estados políticamente fuertes (Kennedy, 1987).

Ahora bien, a la par de los Estados centrales y periféricos, surge otra figura igualmente importante para la composición de este sistema interestatal de la economía-mundo, la semiperiferia. Los Estados semiperiféricos recopilan una mezcla casi equilibrada entre actividades económicas de centro y actividades económicas de periferia (Marini, 1977), siendo un elemento estructural necesario para el desarrollo de la economía-mundo capitalista. Una característica elemental de las semiperiferias es que estas se encuentran constantemente asediadas por presiones provenientes de los Estados centrales y, al mismo tiempo, los Estados semiperiféricos presionan a los Estados periféricos (Wallerstein, 1989), haciendo así un proceso en el cual la semiperiferia trata de emular al centro, tanto en sus funciones productivas como en el sometimiento a las periferias.

Si bien todo este proceso de flujo de plusvalía de la periferia hacia el centro se trata de una dinámica que configura y reproduce desigualdades estructurales de intercambio, se debe reconocer que el sistema-mundo capitalista ha tenido la capacidad de ocultarlo. A través de ciclos alternantes entre auge y estancamiento, la economía-mundo capitalista ha logrado prolongar esta desigualdad por quinientos años mediante su misma estructura, la aparente separación entre la arena económica y la arena política. A pesar de que ambas se ven como elementos intrínsecamente aislados, el punto en donde convergen es en la eficacia de la división del trabajo para la reproducción incesante de capital (Wallerstein, 1988; 2004b). De este modo, partiendo de la división del trabajo en el sistema interestatal, alguno de los Estados del centro tendrá la capacidad de replicar la acumulación incesante de capital mediante el predominio de las esferas económica y política, hecho que le valdrá una posición de liderazgo en el sistema-mundo capitalista durante un tiempo determinado.

1.2. Centro políticos-económico

Como se señaló con anterioridad, para Fernand Braudel, una economía-mundo es una superficie enorme que abarca una parte determinada del globo, compuesta de espacios económicos y no económicos. En el marco de dicha concepción espacial –considerada como la principal condición de existencia para la economía-mundo– opera una serie de regulaciones tendenciales que precisan la configuración del sistema con el espacio. Además de requerir límites claramente determinados, también dependerá del establecimiento de un orden

jerárquico que articule múltiples economías particulares, discriminando entre las de mayor bonanza y aquellas más austeras, de cuya diferencia emana una estructura desigual mediante la cual se asegurará el buen funcionamiento del conjunto (Braudel, 1979).

Con la consolidación del sistema-mundo moderno como una economía-mundo capitalista, y a partir de tal jerarquización, surge casi de forma invariable una estructura basada en la distribución de poder entre Estados para dar soporte y continuidad a la acumulación incesante de capital. Este sistema interestatal, regido por la lógica de la división axial del trabajo, organiza al conjunto de Estados existentes en el sistema entre las zonas centro, periferia y semiperiferia, a partir de las recompensas obtenidas de sus respectivas cadenas productivas. En ese sentido, la construcción de estructuras estatales funge como uno de los logros institucionales centrales del capitalismo, dotando a cada unidad de mecanismos de ajuste que configuran dos planos elementales del sistema mundial: la arena política y la arena económica (Wallerstein, 1988; Braudel 1979).

En cuanto al poder político del sistema interestatal, el Estado forma parte intrínseca de este plano dado que, desde el nacimiento del esquema estatal en el sistema-mundo, cada unidad fue concebida como una entidad con palancas de ajuste político en el escenario de la economía-mundo capitalista, descansando en la idea de soberanía como el principal componente de dicho poder. Asimismo, bajo la lógica de la acumulación incesante de capital, la arena política retoma tres elementos de poder de Estado, de crucial importancia para los procesos capitalistas, a saber: jurisdicción territorial, regulación de relaciones productivas internas, y capacidad impositiva (Wallerstein, 1988).

En primer lugar, la jurisdicción territorial –que constituye el elemento del poder de Estado más importante– implica el establecimiento de fronteras jurídicamente determinadas por leyes o por el reconocimiento diplomático de otros Estados. En segundo lugar, sobre la regulación de las relaciones sociales de producción dentro de cada jurisdicción territorial, se habla de que los Estados, en plena virtud de sus capacidades como entes políticos, buscan legalizar los mecanismos necesarios que le permitan incrementar la mercantilización de la fuerza de trabajo. Finalmente, en tercer lugar, la capacidad impositiva debe considerarse como la potestad del Estado para la asignación y manejo de los impuestos como medios inmediatos que procuran directamente al proceso de acumulación de capital (Amin, 1970).

Sin embargo, teniendo presente que el sistema interestatal se articula siempre de manera jerárquica y desigual, el escenario político del sistema-mundo capitalista no escapa de dicha eventualidad. Por un lado, si bien se delimitan fronteras, se puede argüir una antinomia entre la ausencia total de controles para el capital y una ausencia total de libertad de movimiento para la masa que representa la fuerza de trabajo. Por otro lado, la mercantilización de la fuerza de trabajo demuestra igualmente la limitación a la movilidad geográfica de los trabajadores que no solo se limita a las regulaciones internas de cada Estado, sino que traspasa hacia el resto del orden estatal. A la par, la redistribución de los impuestos, aunque sí contribuye a la acumulación de capital, se enfoca casi exclusivamente hacia sectores cuyas capacidades pueden representar nuevas acumulaciones de capital (Piketty, 2013).

En la misma tónica, el calificativo de Estado nacional ‘soberano’ parece ser solo eso, un calificativo. Incluso dicha característica, que otorga sentido de pertenencia al ámbito político a cada ente estatal, resulta ser más bien un mito ideológico que una realidad, pues el Estado moderno nunca es una entidad política completamente autónoma, más bien es la mera expresión de límites y restricciones a la legitimidad de interferencia de un aparato de Estado en el funcionamiento de otro. Estas situaciones dejan entrever una última condición del poder estatal: partiendo de una jerarquía entre los Estados que componen el sistema interestatal, y al moderno sistema-mundo en general, el poder efectivo es medido por la capacidad de fomentar la concentración de capital acumulado dentro de sus fronteras en comparación con otros Estados, siendo quienes se encuentran situados en el centro los que adquieren la capacidad de aplicar regulaciones ventajosas al resto de actores estatales (Wallerstein, 1988).

A los ojos de Braudel, el centro representa ese polo necesario para la economía-mundo capitalista en donde se concentra el esplendor, la riqueza y la alegría de vivir, siendo el punto culminante para la superestructura capitalista y la zona pivote para el sistema-mundo moderno (Braudel, 1979). Por ello, cualquier Estado que estuviera dentro del centro tendía a poseer una base económica que le representaba una posición privilegiada con respecto al resto de países, haciendo parte de sus propias bases estatales para acumular capital (Wallerstein, 1988); de ahí que “el capitalismo sólo triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado” (Braudel, 1985: 52). No obstante, aun dentro del abundante centro, existe una disparidad sobre la fuerza de los gobiernos estatales, habiendo gobiernos fuertes que son capaces de imponerse al resto de gobiernos fuertes en el interior del centro y, por ende, también en las periferias y semiperiferias.

En el marco de dicha competencia por el mayor peso político, los acumuladores de capital utilizarían de todos los instrumentos políticos a su alcance de los respectivos estados para consolidar una base económica capaz de catapultar a los entes estatales más poderosos del centro y del sistema-mundo en general. A partir de ello, se iría gestando, paulatinamente, un orden basado en un equilibrio de poder, en donde todos los actores fuertes y semifuertes que hacen parte del sistema interestatal serían tendientes a formar coaliciones que reuniera las capacidades materiales de los involucrados, con el propósito de que ningún estado por sí solo lograra dominar a todos los demás (Mingst, 2009). Pese a ello, y dado que, según Immanuel Wallerstein, el verdadero criterio para medir la fuerza estatal es mediante los resultados económicos, dicho equilibrio de poder se mantendrá gracias a la capacidad de un estado en específico de poseer los sectores clave para la acumulación capitalista, controlando las cadenas del capitalismo relacionadas con la producción y el comercio (Braudel, 1979; Wallerstein, 1988).

De este modo, cuando los productos de un determinado estado del centro se producen eficientemente de tal manera que consiguen ser competitivos tanto en el mercado interno como en el mercado de otros estados del centro, ese estado del centro podrá gozar de los beneficios que le representan incursionar en un mercado mundial libre para él (Polanyi, 1957). Así, el Estado que logre hacerse del poder económico, conducirá eventualmente hacia un reordenamiento racional que lo posicione como el polo dominante de la economía-mundo capitalista, centrando en sí mismo los recursos y riquezas que fuesen necesarias para la acumulación de capital (Braudel, 1979). Teniendo el control de las esferas política y económica del sistema interestatal, ese Estado se convertirá en el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista y, por consecuencia, en la potencia hegemónica² del sistema-mundo moderno.

Para Immanuel Wallerstein (1983),

La hegemonía en el sistema interestatal se refiere a la situación en la que la rivalidad entre las llamadas “grandes potencias” está tan desequilibrada que una de ellas puede imponer ampliamente sus reglas y deseos [...] en los ámbitos económico, político, militar, diplomático e incluso cultural. La base material de dicho poder reside en la capacidad de las empresas domiciliadas en ese país para operar con mayor eficiencia en los tres principales sectores económicos: la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas (Wallerstein, 1983: 101).

² Hegemonía, proviene del griego *hegemón* que significa -literalmente- “líder”, o “uno que guía” (Gills, 1993).

Por su parte, Robert Cox desarrolla el concepto de hegemonía retomando la concepción gramsciana³ del término, entendido como el liderazgo de una clase dominante que orienta la construcción de la vida social a partir no tanto de la coerción, sino del consenso (Gramsci, *trad.* 1975). Para Cox,

La hegemonía a nivel internacional no es [...] simplemente un orden entre estados. Es un orden dentro de una economía mundial con un modelo de producción dominante que penetra en todos los estados y los vincula a otros modelos de producción subordinados. Es también un complejo de relaciones sociales internacionales que conectan las clases sociales de los diferentes países. La hegemonía mundial se puede definir como una estructura social y una estructura política; y no puede ser solamente una de estas cosas sino ambas (Cox, 2016 [1983]: 149).

Ambas aproximaciones dan cuenta del centramiento de las dinámicas de la economía-mundo capitalista en un estado poderoso del centro, que terminan por posicionarlo como la potencia hegemónica del sistema interestatal. No obstante, ambas se articulan desde posiciones que, en determinado momento, resultan discrepantes. Por un lado, la visión de Wallerstein se plantea una óptica sistémica, en donde la estructura es la que permea la base material del sistema social-histórico capitalista. Por otro lado, la perspectiva de Cox reconoce que la hegemonía conduce hacia un equilibrio de poder a favor del principal centro de acumulación capitalista en el sistema de estados; pero también que el orden hegemónico se fundamenta a partir de una sociedad civil concebida globalmente (Cox, 1983), abriendo las puertas para reflexionar sobre la hegemonía como un proceso dinámico que se compone tanto de factores internos como externos.

En ese sentido, Giovanni Arrighi plantea la hegemonía, a partir de las ideas de Gramsci y Cox, como el poder adicional que obtiene el grupo dominante en virtud de su capacidad de presentarse, y también ser percibido por los grupos subordinados, como portador de un interés general (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999). En cuanto al plano interestatal, si bien se retoma de Wallerstein el hecho de que el poder hegemónico se sitúa en un estado poderoso del centro, Arrighi no concuerda con que la hegemonía sea abordada exclusivamente desde un sentido estructural, sino como un proceso que posee bases empírico-históricas. De esta manera, el posicionamiento hegemónico tiene que ver menos con un guion dictado por el sistema, en donde las unidades del sistema interestatal son constreñidas por la estructura (Wallerstein,

³ Antonio Gramsci es quien lleva el concepto 'hegemonía' a las Ciencias Sociales. En *Cuadernos de la Cárcel* hace un análisis del término, retomando y discutiendo con los postulados teóricos de Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe*.

1983); sino como un proceso en el cual las unidades van construyendo y transformando al sistema social-histórico (Arrighi y Silver, 1999).

Así, el Estado que quiera hacerse del control de las dinámicas de la economía-mundo capitalista tendrá que fundar y proteger un orden mundial que no solo aglutine el poder político y económico en sí mismo⁴, sino también a fuerzas sociales cohesionadas para que la mayoría de Estados –o al menos aquellos al alcance de la hegemonía– legitimen dicha estructura como portadora del interés general (Cox, 1981; Arrighi y Silver, 1999). Sin embargo, al tratarse de un proceso histórico, la economía-mundo capitalista se ve limitada no solo en su dimensión espacial, sino también en lo temporal (Braudel, 1979). Por ello, cada centro de gravedad del sistema-mundo tendrá un tiempo determinado para ser quien dirige las dinámicas de la economía-mundo capitalista, haciendo de la hegemonía parte de un fenómeno cíclico de acumulación incesante de capital (Braudel, 1985; Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999).

1.3. Transformación sistémica ‘policéntrica’

El conjunto de alteraciones en las dinámicas del sistema-mundo capitalista están conduciendo a un cambio en las lógicas tradicionales de la economía-mundo capitalista y los procesos de acumulación de capital a escala mundial. Cabe recordar que la economía-mundo como la concibió Braudel es aquella porción específica del planeta, en la cual existe imperativamente un área geográfica delimitada, con un polo y zonas sucesivas que se extienden en torno a él (Braudel, 1985). Desde el siglo XVI una economía-mundo con características capitalistas se expandió desde sus orígenes europeos hasta comprender la totalidad del planeta en la actualidad (Wallerstein, 1974). Por eso, a pesar de que estas tendencias expansionistas evidencian la importancia del factor espacial en el desarrollo del capitalismo, es indispensable enfatizar también la dimensión temporal, como condición fundamental de subsistencia, dado que el sistema-mundo moderno se compone de una estructura espaciotemporal (Braudel, 1979).

A grandes rasgos, el sistema-mundo se articula gracias a un equilibrio de poder que favorece a los polos estatales capaces de generar mayores ganancias para la acumulación de capital. Cuando un Estado incline ese equilibrio a su favor gracias a su fuerza política y económica dentro de su territorio, y consigue proyectarla hacia el resto del orden de Estados, puede erigirse

⁴ Esto es, la ideología del Estado en lo político y la internacionalización de la producción en lo económico (Cox, 1981).

como el centro de gravedad del sistema-mundo capitalista. Dicho centramiento, además de ser el eje rector para la acumulación de capital, también se convertirá en el líder que el resto del sistema buscará emular, consolidándose como potencia hegemónica. Sin embargo, tal como advertía Fernand Braudel, el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista se rige en función de la dinamicidad de la historia. Por lo tanto, el centro hegemónico se construirá y destruirá a partir de una temporalidad determinada, dando origen a un fenómeno cíclico para la acumulación incesante de capital (Braudel, 1979; Wallerstein, 1983; Arrighi, 1994).

Immanuel Wallerstein describió los ciclos de acumulación en el sistema-mundo capitalista como mecanismos mediante los cuales se trata de mantener un equilibrio en el sistema ante las fluctuaciones que afectan la maquinaria del mismo. Wallerstein también menciona los mecanismos más determinantes para el desarrollo histórico del sistema mundial capitalista, a saber: ciclos de acumulación (Kondratief) y los ciclos hegemónicos. En primer lugar, los ciclos de acumulación (Kondratief) analizan el papel de la creación de cuasimonopolios para la acumulación de cantidades importantes de capital, a través de una fase A de expansión y crecimiento en la economía-mundo, y una fase B de recesión que habla del decremento y desgaste (Wallerstein, 2015). En segundo lugar, Arrighi (1994) entendía que cada ciclo de acumulación puede ser nombrado de acuerdo con la potencia hegemónica que lo dirige y, por tanto, permite la expansión y contracción normativa del capitalismo mediante tendencias seculares. En palabras de Wallerstein (1983) dicha potencia hegemónica es el Estado que en cada ciclo de acumulación ha logrado tener ventaja simultánea en la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas.

Por su parte, Giovanni Arrighi pensaba que la economía-mundo capitalista se encuentra inmersa en redes de poder que están completamente ligadas a las redes de acumulación, resultando de ello la conformación de ciclos sistémicos de acumulación. Para desarrollar dicho argumento, Arrighi retoma la fórmula general de la producción capitalista de Karl Marx (DMD')⁵ para sostener que cada ciclo se compone de una expansión material (DM), basada en una estructura organizativa que propicia una fase A de rendimientos crecientes y una fase B decreciente que conlleva a un estancamiento; seguida de una expansión financiera (MD'), que se caracteriza por una serie de turbulencias para el centro hegemónico del sistema-mundo (Arrighi, 1994). Partiendo de las visiones de Wallerstein y de Arrighi, se toma en cuenta que un ciclo de acumulación sistémico posee una expansión material, en donde se sitúa el

⁵ Dinero-Mercancía-Dinero incrementado (Marx, 2014 [1867]:143)

crecimiento de la producción agroindustrial y el comercio; y una subsecuente expansión financiera, en la cual el centro hegemónico⁶ prioriza una mayor especialización en las altas finanzas, muchas de ellas especulativas, sobre la reinversión del capital excedente de la expansión material (Wallerstein, 1983; Arrighi, 1994).

Desde esta perspectiva, el sistema-mundo está siempre en constante transformación, y la expresión más fehaciente de dicho proceso ocurre precisamente en la fase de financiarización. La expansión material llega a su límite cuando el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista deja de reinvertir el capital del comercio y de la producción para concentrarse en la posibilidad de prolongar espacial y temporalmente su liderazgo en el sistema interestatal, suscitando un punto de inflexión no sólo para la transición de una expansión a otra, sino que también marca el comienzo de la fase otoñal del centro hegemónico para controlar las redes de la acumulación incesante de capital (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999).

Esta expansión financiera se caracteriza por ser un periodo de estancamiento, producto de límites estructurales, haciendo que la acumulación capitalista ya no pueda expandirse a ningún otro sector productivo del sistema-mundo, lo cual dota a la agencia líder de la acumulación sistémica únicamente de continuidad temporal. Es en este periodo donde van a exacerbar las contradicciones que posee el orden instituido por el centro político-económico del sistema mundial: desde una fuerza social reactiva por la diferencia de clases en la estructura global, producto de la división internacional del trabajo, hasta un debilitamiento en los regímenes políticos y económicos institucionalizados por el hegemon (Cox, 1981; Wallerstein, 1980; Krasner, 1982). Para Fernand Braudel, cuando las turbulencias de las contradicciones afectan directamente la capacidad del Estado hegemónico para controlar las dinámicas del sistema interestatal, da pie al inicio del descentramiento de las principales dinámicas del sistema mundial del centro de gravedad de la economía-mundo capitalista (Braudel, 1985).

Las dificultades que encuentra el centro de la economía-mundo para seguir ejerciendo el rol hegemónico en el sistema, son producto del surgimiento de regímenes alternativos más competitivos provenientes de nuevos polos de acumulación que potencializan la fragmentación del orden imperante (Arrighi, 1994). Por tal motivo, el descentramiento conlleva el inicio de un nuevo ciclo de acumulación sistémica, al margen del ciclo declinante, en donde el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista buscará reorientarse y localizarse en uno de los

⁶ Que bien también podríamos entender como agencia líder de los procesos sistémicos de acumulación (Arrighi, 1994).

polos emergentes que permitan dar continuidad a la acumulación incesante de capital a escala mundial (Arrighi, 2005; Frank, 1998). De este modo, en palabras de Braudel, “Cada que se produce un descentramiento, tiene lugar un recentramiento, como si una economía-mundo no pudiese vivir sin un centro de gravedad, sin un polo” (Braudel, 1985: 66).

No obstante, en el marco del dicho desplazamiento sistémico por el control de las lógicas de acumulación mundial, existe un intervalo de tiempo entre el descentramiento y el recentramiento en donde ambos ciclos parecen solaparse, ya que un ciclo emerge en la última etapa de la fase financiera del declinante (Arrighi, 2005). Este periodo, conocido como interregno, se trata de un tiempo de transición en el cual dos ciclos sistémicos de acumulación buscan centrar las dinámicas de la economía-mundo en un polo capaz de replicar la acumulación a escala mundial (Lo Brutto y Crivelli, 2024a). El agotamiento del ciclo hegemónico declinante genera una profunda inestabilidad en las estructuras social-política-económica, ya que comienza una competencia interestatal e interempresarial de nuevas unidades por hacerse del centro de operaciones del sistema mundial, propiciando un estadio de crisis generalizada, un caos sistémico (Arrighi y Silver, 1999).

Este momento de competencia sistémica, el centro hegemónico en declive busca reunir toda la fuerza que le queda en el sistema, en especial la militar⁷, para perpetuar el control de las dinámicas de la economía-mundo capitalista, lo que Immanuel Wallerstein entendía como imperio-mundo⁸ (Wallerstein, 1980; 1988), pasando del liderazgo a la dominación (Arrighi, 1994). No obstante, a pesar de que la fuerza militar tiene gran protagonismo en los contextos de caos sistémico⁹, no será ese factor lo que consolide la transición de un ciclo de acumulación mundial a otro, ni tampoco la edificación de un imperio-mundo; sino la fuerza de las agencias gubernamentales y empresariales de las fuerzas intersticiales que permitan dar continuidad a la acumulación incesante de capital (Arrighi y Silver, 1999; Arrighi 2005).

Históricamente, después de cada caos sistémico, tras la culminación de un momento histórico de acumulación sistémica, emerge en el sistema-mundo capitalista un nuevo guía para el concierto de Estados¹⁰ que integran el sistema interestatal, nuevamente gracias a la construcción de una base social sólida y fuertes regímenes políticos y económicos. Ejemplo de

⁷ Cuando un Estado siente el declive, comienza a invertir más en el terreno de lo militar (Kennedy, 1987).

⁸ Del mismo modo, Wallerstein también arguye que en ningún sistema histórico-social se ha logrado afianzar un imperio-mundo (Wallerstein, 1988).

⁹ Históricamente, cada recentramiento involucra una guerra en donde participan todos o la mayoría de los actores del sistema mundial.

¹⁰ Término empleado metafóricamente, sin ninguna alegoría al sentido histórico.

ello son los tres momentos hegemónicos que han abarcado la economía-mundo capitalista, a saber: las Provincias Unidas, el Reino Unido, y los Estados Unidos de América (Arrighi, 1994). Sin embargo, así como la transformación puede dar continuidad a las formas tradicionales de acumulación sistémica, donde un nuevo ciclo hegemónico es quien dirige la economía-mundo capitalista, también puede ser la oportunidad que abra una brecha hacia nuevas formas de organización, o incluso, hacia la construcción de otro sistema.

En suma, durante poco más de quinientos años, el sistema-mundo moderno se ha articulado bajo una lógica capitalista basada en la acumulación incesante de capital y la división axial del trabajo, donde la jerarquización y distribución desigual de beneficios entre las áreas centrales, periféricas y semiperiféricas edificaron un sistema interestatal en el cual el centro configuraba el comportamiento de la estructura capitalista (Wallerstein, 1980; Wallerstein, 1995c). Asimismo, los actores situados en la zona central del sistema han competido por ser el núcleo de las dinámicas de la economía-mundo capitalista, pues todo sistema necesita de un polo en donde localizar su centro de gravedad, siendo acreedores de esa posición hegemónica aquellas unidades que logran amalgamar el poder social-político-económico dentro de su territorio (Braudel, 1985; Cox, 1981), convirtiendo al sistema mundial en ‘unicéntrico’ por cinco siglos. Si bien se han presentado múltiples crisis, la gran mayoría son problemas relacionados con la búsqueda de acumulación mundial, y, en menor medida, sobre el cambio en la hegemonía (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999), cuyos resultados no contravenían al *continuum* capitalista.

Sin embargo, así como los ciclos de acumulación tienen un auge y un descenso, la génesis y el ocaso de los sistemas sociales-históricos también se encuentran regidos por el paso implacable del tiempo (Wallerstein, 1988). La situación actual del sistema-mundo contemporáneo está vislumbrando una profunda crisis que no sólo se limita a la acumulación ni a la hegemonía, sino a una gran transformación sistémica que está evidenciando los límites de la estructura capitalista (Polanyi-Levitt, 2013). Dicha fragmentación se debe a los problemas que encuentra el capitalismo para continuar reproduciéndose interminablemente, propiciando que difícilmente los capitalistas recuperen las inversiones en el corto plazo; esto aunado a las graves afectaciones climáticas y ambientales que ha dejado la producción volcada a la acumulación incesante de capital (Wallerstein, 2015). De este modo, la prospectiva del capitalismo se lee como una anomalía, pues se trata de una situación que no va en sintonía con anteriores

reconfiguraciones intrasistémicas, ni tampoco de una evolución para el capitalismo, sino sobre su eventual desaparición definitiva (Arrighi y Silver, 1999; Vitale, 2020).

Esta anomalía refiere que el sistema mundial está situado en la primera fase de lo que Immanuel Wallerstein denomina bifurcación, pues las dinámicas del capitalismo están siendo sobrepasadas por la presión generada por las crisis estructurales que orillan a los agentes que componen el sistema a plantear la forma de salir de él (Wallerstein, 1995a; 2004a). Una forma de entender esta parte de la transformación sistémica es, por un lado, a partir del postulado de Rosa Luxemburgo sobre que el sistema capitalista, una vez llegado a su límite estructural, las crisis saturarán la capacidad organizativa del orden hasta desembocar en conflictos de grandes magnitudes (Luxemburg, 1913). Por otro lado, Wallerstein creía que a través de los movimientos antisistémicos, el grupo de bajo rango que estaba sometido a merced de las decisiones del centro podría tratar de salir de su bajo rango mediante una reestructuración que dote a todos del mismo rango, o tratando simplemente de desplazarse hacia posiciones superiores dentro de la distribución desigual (Wallerstein, 1988).

El resultado es intrínsecamente indeterminado, pues cada colapso sistémico trae consigo una transición hacia posibles direcciones alternativas que redefinan la transformación. Lo que sí se puede llegar a aseverar es que la otra cara de la bifurcación conlleva a buscar la construcción de otro sistema que sea capaz de reorganizar otra estructura histórica-social diferente a la capitalista, probablemente más jerarquizada y desigual, o más inclusiva y sostenible (Dabat, 2022). En este sentido, cualquier alteración que ocurra en el marco de la transición de un orden a otro puede representar el inicio de grandes cambios sistémicos (Wallerstein, 1995a), como la construcción de un sistema mundial basado en las instituciones del orden anterior (Keohane, 1984), o la gestación de un imperio descentralizado y desterritorializado de los Estados-nación (Hardt y Negri, 2000), o una configuración que reúna a actores marginados del sistema saliente, por mencionar algunas.

Dentro de las amplias posibilidades que ofrece la bifurcación sistémica, los postulados teóricos de Samir Amin resultan imprescindibles para la discusión. En un contexto donde la crisis sistémica acontece por la dificultad que encuentra el capital para continuar reproduciéndose, Amin ofrece una alternativa alejada de la continuidad del orden basado en el desigual esquema de centro y periferia, la desconexión. Al respecto, la idea de la desconexión es una consecuencia política del carácter desigual del capitalismo histórico, donde la periferia del sistema, agotada por la relación de dependencia del centro e imposibilitada de generar un capitalismo

autocéntrico, pero motivada por los albores de la crisis estructural, comienza a virar hacia otras opciones de desarrollo alternativo al margen de las limitaciones globales. Lejos de ser considerada como autarquía o utopía absoluta, la desconexión es una demanda por desvincularse de los criterios que someten a los actores más desfavorecidos del sistema a las reglas de la división internacional del trabajo, ofreciendo una respuesta posible para la periferia del sistema-mundo capitalista (Amin, 1985; Domínguez, 2019).

Si bien la desconexión puede entenderse como una respuesta a la primera fase de la bifurcación, lo relacionado a la salida del sistema declinante, no garantiza con certeza la construcción de otro sistema mejor evolucionado. No obstante, a partir de esa ruptura con las lógicas tradicionales del sistema mundial capitalista, aquellos actores periféricos que más rápidamente se desvinculen de la dicotomía centro-periferia, serán capaces de convertirse en nuevos centros autónomos y, por ende, crear un sistema alternativo (Amin, 1985). En la segunda etapa de la bifurcación, que puede leerse desde la perspectiva de Samir Amin como la construcción de un mundo ‘policéntrico’, abre paso a la periferia de crear el espacio necesario para su autonomía, desvinculada de la lógica expansionista del capital transnacional (Amin, 1990).

Este policentrismo se trata de un proyecto de desarrollo alternativo que sugiere transformaciones significativas en las esferas política y social de cada actor de la periferia con el fin de constituir un plan nacional que comience a superar el capitalismo. Una vez consolidadas las propuestas de desarrollo nacional y popular desvinculado, los nodos periféricos mayor evolucionados abrirán la brecha hacia un mundo multipolar (Amin, 2005), donde los planes políticos emergentes comenzarán a coexistir con los polos del centro históricamente privilegiados por el capitalismo. El contenido y las condiciones políticas y sociales de cada ente periférico eventualmente contribuirán a la transformación de las economías nacionales en individualmente autocéntricas. Gracias a ello, los nacientes centros sociales-políticos-económicos coexistirán a partir de una relación cuyo ajuste ya no será más unidireccional, sino que crearán un entorno interdependiente mediante fuertes lazos de cooperación, un verdadero desarrollo hacia otros centros que gradualmente irá evolucionando hacia un sistema mundial policéntrico (Amin, 1990).

Por tanto, en función de lo anterior, se puede decir que el sistema-mundo contemporáneo experimenta una gran transformación, no solo porque atraviesa una crisis en la hegemonía de los Estados Unidos, sino porque cada vez más la estructura capitalista se ve debilitada ante la incapacidad de seguir acumulando capital a escala mundial, evidenciando contradicciones que

cuestionan la continuidad de dicho orden. En el marco de dicha crisis sistémica, el plano internacional parece estar presenciando un momento bifurcante, pues no solo se visualiza el ocaso sistémico capitalista, sino también la emergencia de un orden alternativo que discrepa de la lógica establecida en el sistema-mundo hace cinco siglos. Así, en un contexto donde “...lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer...” (Gramsci, *trad.* 1975), ambos órdenes mundiales parecen solaparse (Domínguez y Lo Brutto, 2023), ya que el ocaso del sistema mundial unicéntrico está conviviendo espaciotemporalmente con la construcción de un sistema-mundo policéntrico.

En este escenario policéntrico, si bien en la actualidad se configura con contornos novedosos, no resulta ser una experiencia inédita en las dinámicas de los sistemas históricos-sociales. Antes del sistema-mundo moderno, existían múltiples formaciones político-económicas que coexistían en el mismo espacio y tiempo. Estos antecedentes, aunque no se pueden considerar estrictamente un policentrismo, fueron piezas clave en la consolidación del sistema mundial capitalista, pues reunió a todas las unidades en el sistema para hacerlas dependientes de un mismo aparato estructurante bajo el mando de un único centro hegemónico.

CAPÍTULO II

AUGE Y CAÍDA DEL CICLO HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE

Desde finales del siglo XIX las dinámicas del capitalismo se fueron concentrando progresivamente en los Estados Unidos como un centro capaz de organizar, dirigir y normar los flujos económicos, políticos y tecnológicos del sistema-mundo contemporáneo. Tras la Segunda Guerra Mundial, a mediados del siglo XX, los estadounidenses lograron articular un entramado institucional y financiero, materializado en Bretton Woods, el dólar como moneda mundial, y su supremacía militar-industrial, para reconfigurar las jerarquías globales que desplazaron definitivamente el viejo eje europeo, agotado por la devastación bélica y las crisis orgánicas del periodo de entreguerras.

Sin embargo, a pesar de su fuerza, el ciclo hegemónico estadounidense no tardó en mostrar tensiones que anunciaron su declive. Desde la década de 1970, la crisis del petróleo, la erosión del patrón dólar-oro, la sobreacumulación industrial y la irrupción de competidores tecnológicos, sobre todo de Japón, Alemania Occidental y posteriormente China, comenzaron a fisurar la centralidad de los Estados Unidos en el sistema-mundo contemporáneo. Esto ha dado pie a la hipótesis de que el sistema-mundo experimenta un descentramiento, que si bien no ha implicado un reemplazo inmediato de la hegemonía estadounidense, está reorientando los procesos de acumulación hacia múltiples polos dinámicos, acompañada de la financiarización global como mecanismo compensatorio del declive de la economía material.

Ante ello, el objetivo de este capítulo es describir con precisión este movimiento histórico de centramiento y posterior descentramiento de las dinámicas del sistema-mundo capitalista. Para ello, el análisis se organiza en tres secciones: primero, se revisa el centramiento del largo siglo europeo y su progresivo desplazamiento como núcleo de poder; después, en segundo lugar se explica el recentramiento que dio origen al que parafraseando a Eric Hobsbawm se podría llamar el “corto siglo americano”, como momento de consolidación institucional, financiera y geopolítica; finalmente, en el tercer apartado se hace una lectura de las señales tempranas del declive, las cuales conforman las crónicas de un descentramiento anunciado que hoy desembocan en un escenario policéntrico en gestación.

2.1. Centramiento en el largo siglo europeo

El carácter histórico de los sistemas mundiales no solo es dado por su limitación espaciotemporal, sino también porque sus dinámicas se desencadenan y se refuerzan a partir de procesos de larga data, y por las evoluciones que presenten dichos sistemas sociales históricos en diferentes regiones, así como a las interacciones e intercambios con otros sistemas (Boles, 2012). Retomando los argumentos de Wallerstein y Braudel, el sistema-mundo moderno sitúa su desarrollo en el ocaso de la Europa feudal de finales del siglo XV y comienzos del XVI, consolidándose como una economía-mundo capitalista en siglos posteriores. Si bien ambos autores señalan la existencia de antecedentes para la conformación del actual sistema mundial, para Wallerstein, esas experiencias previas constituyen más una forma de sistemas regionales avanzados que sistemas mundiales propiamente dichos; contrario a Braudel, quien reconoce la existencia de economías-mundo premodernas, aunque mantiene reservas sobre su nivel de centralidad en comparación al modelo europeo (Wallerstein, 1974; Braudel, 1985).

Giovanni Arrighi, quien aceptó la relevancia del desplazamiento geográfico de la acumulación, pero defendió el carácter histórico específico del capitalismo moderno, entendido como una articulación inédita entre capital, finanzas, poder estatal y expansión territorial, inaugurada en la Europa moderna (Arrighi, 2006). A partir de esta distinción, Arrighi desarrolló la noción de ciclos sistémicos de acumulación, subrayando que cada fase hegemónica combina coerción, consenso y superioridad económica, aunque de manera históricamente contingente y no lineal. Pese a sus diferencias, los autores convergen en que antes del desarrollo del capitalismo moderno, existían múltiples centros económicos interconectados, pero desde el siglo XVI, se produjo una nueva división internacional del trabajo que subordinó esas dinámicas a un centro capitalista hegemónico, reorganizando de forma duradera la economía mundial.

Así que, para los analistas de Sistema-Mundo, cada ciclo sistémico de acumulación se estructura en torno a un Estado específico que logra articular una posición hegemónica en la economía-mundo, combinando poder económico, financiero, político y militar (Wallerstein, 1983). Por esta razón, Arrighi propone denominar a estos ciclos de acumulación de acuerdo con el Estado hegemónico que los lidera, ya que es ese actor el que garantiza las condiciones de estabilidad, expansión y reproducción del sistema durante su fase de auge (Arrighi, 1994). Arrighi (1994) parte de la concepción *gramsciana* de hegemonía y los aportes críticos de Robert W. Cox (1983), para comprender la hegemonía como una configuración histórica y estructural más allá de la comprensión de la relación de dominación material típica de los

estudios de relaciones internacionales (Keohane, 1984; Kennedy, 1987; Gilpin, 1987), hacia una forma compleja de poder, en la que las ideas, las instituciones y el orden internacional desempeñan un papel central en la reproducción del liderazgo hegemónico, e incluso en su eventual crisis.

Así, el ciclo genovés-holandés se asocia a la República de las Provincias Unidas de los Países Bajos, que articuló una hegemonía basada en el comercio marítimo y la innovación financiera; el ciclo británico se apoyó en el dominio imperial de Gran Bretaña, cuya supremacía industrial y naval permitió una expansión sin precedentes del capitalismo industrial; y el ciclo estadounidense se estructuró en torno a Estados Unidos, cuyo liderazgo productivo, financiero y geopolítico tras 1945 dio forma al orden liberal internacional. En cada caso, el Estado hegemónico actuó como garante del orden, proveedor de bienes públicos internacionales y nodo central de la acumulación. A continuación, se presenta un cuadro resumen del auge y caída de las hegemonías en el sistema-mundo moderno, siguiendo principalmente la perspectiva de la teoría del sistema-mundo desarrollada por Immanuel Wallerstein y complementada por autores como Giovanni Arrighi.

Cuadro 1. Auge y caída de las hegemonías en el sistema-mundo moderno

Hegemonía	Auge (período y factores clave)	Hegemonía plena	Declive (factores estructurales)
Países Bajos	s. XVI–XVII: comercio marítimo dominante, finanzas innovadoras, tolerancia y atracción de capital	1620–1670	Guerras prolongadas, pérdida de ventaja naval/comercial, escala estatal limitada
Imperio Británico	s. XVIII–XIX: industrialización, supremacía naval, imperio colonial, libre comercio	1815–1870	Competencia industrial (Estados Unidos, Alemania), sobreextensión imperial, erosión tecnológica
Estados Unidos	fines s. XIX–s. XX: industrialización masiva, recursos, liderazgo financiero-tecnológico	1945–1970	Crisis de legitimidad, fin de Bretton Woods, deslocalización, ascenso de nuevos polos

Fuente: Elaboración propia con base en Wallerstein (1983); Arrighi (1994).

El cuadro muestra el desarrollo de la historia moderna como una sucesión de potencias hegemónicas¹¹ que, tras un período de expansión económica, militar y política, entran en declive. Según Arrighi, cada hegemonía se caracteriza por una fusión de poder comercial, financiero y militar, y su declive suele ir acompañado de una “financiarización” de su economía (fase terminal). Sin embargo, a pesar de que esta visión da cuenta del origen del moderno

¹¹ Cabe recordar que la hegemonía no significa dominación absoluta, sino capacidad de influir en las reglas del sistema económico, político y militar de manera que otros actores acepten (voluntaria o forzosamente) ese orden.

sistema-mundo, su narrativa plantea que, previo a la prevalencia europea en las dinámicas de acumulación sistémica, se situaba un panorama desolador caracterizado por un escenario escasamente integrado. Por ello, a finales de la década de 1980, Janet Abu-Lughod abrió el debate sobre los orígenes del sistema mundial al sostener que para el siglo XIII ya existía una economía interregional densamente articulada y de carácter multicéntrico; discusión que sería complementada con los aportes de André Gunder Frank, quien defendió la existencia de un sistema mundial con eje asiático desde hace 5,000 años (Abu-Lughod, 1989; Frank, y Gills, 1993; Frank, 1998). Este planteamiento cuestiona directamente la periodización de Wallerstein, que situaba el surgimiento del capitalismo histórico en la Europa del siglo XVI.

Atendiendo esta posición, antes de la hegemonía europea, aproximadamente hace más de dos milenios, la plataforma afroeurasiática se empezaba a interconectar de un extremo a otro gracias a los intercambios comerciales, que pronto se convirtieron en fuertes vínculos civilizatorios. Para el siglo XIII, el escenario afroeurasiático se encontraba conformado por unos ocho subsistemas interconectados que se encontraban definidos por núcleos lingüísticos, religiosos, o aquellos más evolucionados que tildaban a expansiones territoriales imperiales. En este orden, cada subsistema se beneficiaba de todos los demás subsistemas, de ahí que en este momento no existiera ninguna potencia hegemónica, aunque los principales flujos de información, tecnologías y mercancías, dados a partir de las rutas terrestres y marítimas, contribuyó a una imperfecta sincronización en los procesos evolutivos de cada parte del plano afroeurasiático.

No obstante, aunque este orden premoderno pudiera agruparse en tres grandes círculos (Europa Occidental, Oriente Medio y el Extremo Oriente), se debe tener presente que se estaban desarrollando otros subsistemas en lugares, como los territorios nórdicos, o las Islas del Pacífico, o incluso el Nuevo Mundo, que si bien no estaban articulados a otros subsistemas, sí representaron un auge social-histórico (Abu-Lughod, 1989; Grinin y Korotayev, 2018). En el cuadro que se presenta a continuación se muestran los subsistemas afroeuroasiáticos anteriores al momento en el que Europa consolida su hegemonía en el moderno sistema mundial capitalista.

**Cuadro 2. Subsistemas afroeurasiáticos previos
al nacimiento de la economía-mundo capitalista**

Subsistema	Breve descripción
Europeo	Articulado por tres nodos: el centro-este francés, con las ferias de Champaña; Brujas centro comercial y financiero; y la península italiana, con los puertos comerciales de Génova al oeste y Venecia al este.
Transmediterráneo	Conectaba los puertos italianos con Asia Occidental. Este subsistema es clave para la interconexión con los subsistemas de Asia Central, el Mundo Árabe y el África Nororiental.
Asia Central	La reticulación del subsistema se debió, en gran parte, a la unificación mongola del Asia Central. El Mar Negro vinculaba Constantinopla con China.
Mundo Árabe	El subsistema se desarrollaba desde las costas palestinas, pasando hacia Bagdad, desprendiéndose dos rutas comerciales: la primera que conectaba al Asia Central, y una segunda extendida hacia el Océano Índico.
África Nororiental	Principal vínculo africano con el mundo indoeuropeo. Iniciaba en el norte de África, en las costas de Egipto, y se extendía hacia el Océano Índico por el Mar Rojo.
India Occidental	Circuito asiático más occidental que vinculaba el mundo árabe con el oeste de la India.
Sureste indio	Circuito asiático central, que unía el sureste de la India con la zona circundante al Estrecho de Malaca.
Chino	Circuito más oriental de todos los subsistemas afroeurasiáticos, situado entre los estrechos y China. Se conectaba con el subsistema del Asia Central, a través de Samarcanda y Persia para llegar al Mar Negro.

Fuente: Elaboración propia con base en Abu-Lughod (1989).

Como se puede ver en la tabla, antes del desarrollo del sistema capitalista que favoreció la acumulación del capital a escala mundial, los sistemas-mundo no capitalistas, se desarrollaron a partir de modos de acumulación centrados en el parentesco, que después evolucionaron hacia volverse formas tributarias de acumulación. En este tipo de estructuras social-históricas, las lógicas que dependían directamente de un orden político organizado para que las clases dominantes lograran extraer el producto excedente mediante el tributo y otras formas de explotación. Eventualmente, el modo de producción tributario fue evolucionando a medida que las formaciones estatales e imperiales se extendían, producto del perfeccionamiento en sus técnicas de imperialismo, coadyuvando a la explotación de recursos lejanos. De esta manera, a pesar de que los imperios resultaban ser las unidades más fortalecidas por la acumulación tributaria, fueron los territorios periferizados los que lograron desarrollar un grado de mercantilización exponencial, de forma desigual e inexacta, privilegiando a espacios que carecían de una autoridad fuertemente centralizada. De ahí que el capitalismo sea una transformación cualitativa en la forma de acumulación, surgiendo dentro y entre los vacíos dejados por los estados tributarios (Chase-Dunn y Hall, 1991; Chase-Dunn y Hall, 1997; Chase-Dunn, 2018).

A lo largo de este entramado premoderno, el subsistema europeo no ocupaba una posición preponderante en el orden afroeurasiático, pues, en realidad, los flujos comerciales entre subsistemas primaban mayoritariamente el dinamismo de la zona indoasiática, convirtiendo a Europa Occidental en una subregión integrada a una estructura más amplia de forma periférica. En cuanto a su papel en la acumulación precapitalista, el feudalismo europeo se trataba de un modo de acumulación que nace a partir de la desintegración del Imperio Romano de Occidente y la génesis del islam, que, comparado con el auge de los estados tributarios en Asia, parecía ser una organización bastante descentralizada y débil. Sobre su composición interna, Europa se construía de centros urbanos capitulares, como el caso de las cuatro ciudades-estado italianas, o la región de Flandes, con notoria debilidad político-militar y gran rezago tecnológico, aunque con una multicentricidad política le permitía tener un grado mayor de interacción comercial. No obstante, fue precisamente esa debilidad en la centralidad tributaria lo que le permitió tener el control de una producción mercantil más plena que cualquier otro nodo en los subsistemas afroeurasiáticos, como China o India (Chase-Dunn y Hall, 1997; Wallerstein, 1974; Arrighi, 1994).

En palabras de Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall (1991), “el desarrollo histórico es abierto y que bifurcaciones y discontinuidades importantes del desarrollo [...] son características normales de los procesos históricos de cambio social” (*trad.* Chase-Dunn y Hall, 2018 [1991]: 22). Así, aun cuando la estructura afroeurasiática poseía alcances prometedores de convertirse en un gran sistema mundial, alcanzó su cenit a principios del siglo XIV, propiciando el declive simultáneo de la mayoría de los subsistemas premodernos y una crisis para la acumulación tributaria. Para el caso europeo, el periodo de hambrunas de 1315-1316 exacerbó las contradicciones del sistema feudal al cimbrar directamente contra el principal mecanismo de reproducción que mantenía las lógicas de acumulación, la tierra y el campesinado. A la par, las graves depresiones económicas¹² desencadenaron enfrentamientos bélicos, como la Guerra de los Cien Años (1337-1453), que situó al contexto europeo en un escenario desolador y miserable. Asimismo, la crisis del feudalismo europeo se vio intensificada con la llegada de la peste negra desde Asia en 1348, que diezmó no solo a la mano de obra, sino también a la élite que buscaba resarcir los daños al orden tributario, que no fueron

¹² Desde las primeras décadas del siglo XIV hubo una escasez general de dinero, afectando gravemente la banca y el comercio. Una de las principales crisis económicas fue la falta de plata a causa del encarecimiento en la extracción y tratamiento de minas, ocasionando alteraciones monetarias (Anderson, 1974b).

suficientes para contener a la oleada de revueltas campesinas¹³ resistentes a la reversión de la transformación estructural (Abu-Lughod, 1989; Le Goff, 1964; Anderson, 1974b).

En retrospectiva, el tortuoso siglo XIV, lejos de ser un conglomerado aleatorio de inestabilidades sociales, políticas y económicas, para Wallerstein (1974) representa una crisis cíclica inmediata en las tendencias seculares, lo que permite pensar en un proceso de bifurcación hacia otra forma de organización social-histórica. Si bien la crisis hizo mella en gran parte de Europa, el colapso del orden feudal no fue forzosamente uniforme, dado que se abrieron trayectorias diferentes dentro del mismo subsistema, unas con una mirada hacia el resurgimiento de los mercados, el dinero y la propiedad privada¹⁴ (Wallerstein, 1974), sentando las bases para lo que se convertiría en *El largo siglo europeo*. Al respecto, la noción de siglo largo remite a una reconfiguración espaciotemporal que abarca límites más dilatados respecto a un siglo cronológico, dividiendo la larga duración del sistema-mundo capitalista (la *longue durée* para Braudel) en unidades más manejables de análisis (Arrighi, 1994; Braudel, 1979).

En el marco de lo que podría considerarse como un interregno ante el ocaso feudal y el nacimiento de otro sistema social-histórico, el territorio europeo se hallaba dividido entre el polo nórdico y el polo mediterráneo, que, a raíz de la relativa prosperidad del sur, la balanza se inclinaría a favor de la economía-mundo centrada en el *Mare Nostrum*. Frente al declive feudal en Europa, fueron las cuatro ciudades-Estado del norte de Italia –Venecia, Génova, Florencia, Milán– las que comenzarían con la transformación cualitativa, emergiendo como un enclave anómalo respecto al resto de actores del orden político medieval. A través de un equilibrio de poder entre las principales instituciones del sistema medieval, el enclave capitalista del norte italiano logró articularse como un subsistema de jurisdicciones independientes, regidas por oligarquías mercantiles, que crearon fuertes instituciones mercantiles conectadas a extensas redes diplomáticas. De este modo, el comercio a larga distancia, el conocimiento y manejo del equilibrio de poder, la comercialización de la guerra, entre otras capacidades, fueron vitales para el origen de la acumulación de capital, situando a Venecia como la ciudad-Estado modelo capitalista (Arrighi, 1994; Braudel, 1979; Braudel, 1949).

Para las primeras décadas del siglo XV, las ciudades-Estado italianas fungían como fuertes actores políticos en el plano europeo, con ingresos tales que les permitía hacerse frente a los

¹³ Por mencionar algunas de las más importantes: la *Jacquerie* (1358) en el norte de Francia; los *Ciompi* (1378) en Florencia, Italia; y la Gran Revuelta (1381) en Inglaterra (Anderson, 1974b).

¹⁴ Todos desarrollados desde el auge de Roma (Chase-Dunn y Hall, 1997).

territorios dinásticos más grandes de la Europa Occidental. Dicha preeminencia fue, de manera involuntaria, motor de cambio para pasar del sistema feudal, puesto que evidenciaron la importancia de la acumulación de riqueza sobre la adquisición de territorios y/o súbditos, consiguiendo que la mentalidad europea, paulatinamente, considerara la abundancia de recursos como un tema central en las cuestiones relacionadas al poder (Arrighi, 1994). Dicho escenario resulta ser trascendental para la concretización de la economía-mundo capitalista, sentando precedente para lo que Fernand Braudel va a denominar como *Largo Siglo XVI*, el vigoroso periodo de prosperidad que va desde 1450-51 hacia 1650 (Braudel, 1949; Braudel, 1979). Atendiendo tal disposición, el largo siglo XVI estará marcado por la superación de la crisis feudal a raíz de la combinación de los factores productivos, en donde las innovaciones tecnológicas fueron piezas clave¹⁵. A la par, este periodo también resulta ser la génesis de las primeras monarquías absolutistas unificadas en Europa Occidental¹⁶, que deseosos de abundancia y poder, emprenderán intentos territorialistas para incorporar los dominios de las ciudades-Estado italianas (Wallerstein, 1974; Anderson, 1974a).

Para Immanuel Wallerstein (1974), el establecimiento de la economía-mundo capitalista, en el marco del largo siglo XVI de Braudel, sucedió gracias a la apropiación del excedente basado en la productividad eficiente y ampliada (primero en la agricultura, después en la industria), a partir del mercado mundial asistido por el aparato estatal, el cual no controlaba completamente dicho mercado. De igual manera, para que dicha economía mundial prosperará, era elemental crear aparatos estatales relativamente fuertes y desarrollar una nueva división del trabajo para el control de productos y zonas de la economía-mundo, todo esto en función de la expansión geográfica del mundo. Por ello, cuando se empezaron a materializar las primeras expansiones territoriales, financiada mediante la creación de un fuerte aparato burocrático capaz de imponer y cobrar impuestos, la lucha por el poder y riqueza de las ciudades-Estado italianas iba más allá de la anexión de estas, sino que también se disputaron las redes comerciales de larga distancia, en especial la ruta que conectaba Europa Occidental con India y China cruzando el mundo islámico, en la cual las ciudades-Estado del norte de Italia poseían controles monopólicos como fuente de acumulación (Wallerstein, 1974; Arrighi, 1994).

¹⁵ Innovaciones como: el proceso *seiger* para separar plata del cobre; el uso de pólvora en los cañones de bronce; la llegada de la imprenta; la construcción de galeones con timón a popa, cruciales para las conquistas ultramarinas, entre otros (Anderson, 1979a).

¹⁶ Las primeras monarquías absolutistas se consolidaron con los reinados de Luis XI en Francia; la unión de los Reyes Católicos (Fernando de Aragón e Isabel de Castilla) en España; Enrique VII, bajo la dinastía Tudor, en Inglaterra; y Maximiliano en Austria (Anderson, 1979a; Hale, 2000).

Hacia tal propósito, hubo unidades políticas europeas en condiciones de establecer conexiones más directas entre la Europa absolutista y los territorios asiáticos, creando nuevos circuitos mercantiles y desviando los flujos comerciales que propiciaban la riqueza de Venecia. Obteniendo capitales de agencias genovesas, la vasta experiencia en el comercio de larga distancia, aunado a su estabilidad interna y crecimiento financiero, le permitiría a Portugal llegar a India y China, y posteriormente con enclaves en África. No obstante, la España Católica de Fernando e Isabel, igualmente apoyados de Génova, fracasaron en su intento de llegar a India, aunque dicho error sería crucial para la acumulación de riqueza y poder: la llegada al Nuevo Mundo. Una vez teniendo legitimidad religiosa y secular¹⁷, España aprovecharía los beneficios de la acumulación de América frente a la lucha por el poder dentro y fuera de Europa, aunque dicho poderío, lejos de reforzar el salto cualitativo dado por las ciudades-Estado italianas, fue utilizado para tratar de restaurar el ya fragmentado orden feudal. Al margen del esfuerzo de la España de los Habsburgo por consolidar un imperio-mundo¹⁸, el noroeste europeo fue la cuna del nacimiento de mini-imperios capitalistas¹⁹, nuevos centros de poder que, en conjunto, fueron el contrapeso para la autoridad política central (Wallerstein, 1974; Arrighi, 1994; Hale, 2000).

Empero, a pesar de que el auge experimentado por la península ibérica llevó a la ampliación de la economía-mundo capitalista, el siglo XVI también está marcado por el nacimiento de doctrinas religiosas que distaban de la unidad de la cristiandad occidental. La Reforma no sólo cimbró la idiosincrasia de la iglesia católica, sino, además, agudizó la ruptura con el orden ideológico medieval; y, en un intento por resarcir los daños provocados por el protestantismo, la Contrarreforma intensificó las disparidades ideológicas que desgastaron a las monarquías católicas en luchas religiosas, marcando tanto el declive de la cristiandad de Europa Occidental como el ocaso del poderío ibérico, frente al despunte económico que comenzaban a presentar los territorios europeos protestantes (Wallerstein, 1974; Elton, 1974; Elliott, 1970; Trevor-Roper, 1967). De este modo, a finales del siglo XVI y principios del XVII, la religión fue instrumentalizada para la intensificación del caos social y político, desde revueltas rurales y

¹⁷ Religiosa con la bula *Inter caetera* (1493) del papa Alejandro VI, donde España obtenía derechos exclusivos de sus descubrimientos en el Nuevo Mundo; Secular con el Tratado de Tordesillas (1494), que repartía el mundo entre Portugal y España para sus respectivos procesos de acumulación (Hale, 2000).

¹⁸ “Carlos V pretendía crear un imperio-mundo no un Estado del centro en el seno de una economía-mundo” (Wallerstein, 2011 [1974]: 497).

¹⁹ Los Estados dinásticos de Francia, Inglaterra y Suecia (Arrighi, 1994).

urbanas, hasta enfrentamientos bélicos entre potencias europeas, afectando las rutas comerciales transeuropeas (Arrighi, 1994).

En consecuencia, el advenimiento del siglo XVII representa un hito para el sistema social-histórico capitalista, pues para el año 1600, todo el conglomerado de tensiones que se venían arrastrando desde mediados del siglo XVI comenzaban a manifestarse en forma de crisis estructural. Las razones para tal crisis fueron diversas. En primer lugar, las restauraciones religiosas hechas por los gobernantes, sobre todo el principio *cuius regio eius religio*²⁰, generaron rebeliones populares en contra de los mismos dirigentes (Arrighi, 1994; Brady Jr., 1995). En segundo lugar, con la progresiva desindustrialización experimentada en el norte de Italia y el sur de Alemania, el fallido intento de España para consolidar un imperio-mundo, así como el fracaso en reactivar el orden feudal, condujeron al declive de estos viejos centros de comercio y manufactura. Todos estos factores fueron determinantes para la contracción de la economía europea entre 1600 a 1750. Sin embargo, tanto para Wallerstein (1980) como para Hobsbawm (1954), esta crisis, lejos de ser una retracción de la economía-mundo capitalista, representa la concretización de la transición del sistema feudal hacia el pleno funcionamiento del capitalismo como forma de acumulación (Hobsbawm, 1954; Wallerstein, 1980).

Ante este nuevo escenario, la economía-mundo capitalista nacida en el mundo mediterráneo, y posteriormente orientada al Atlántico, se hallaba centralizada en los territorios del noreste de Europa, asentada débilmente en el noroeste francés, pero firmemente en Londres, Zelanda y, en especial, Holanda²¹ (Wallerstein, 1980). Desde mediados del siglo XVI, los holandeses, haciendo frente al ya debilitado imperio español, comenzaron a apoderarse de los mares, obteniendo fuente de riqueza a partir del control de suministros de granos y equipamiento naval provenientes de la zona báltica. A medida que se convertía en el granero del mundo europeo, aun con las grandes fluctuaciones del comercio báltico, Holanda aprovecharía los desequilibrios políticos en Europa para consagrarse como el principal mercado estratégico hacia finales de siglo. Una vez el capital holandés comenzó a generar excedentes, se inició un proceso territorialista a base del desarrollo de la agricultura comercial y de la alianza política

²⁰ Expresión emanada de la Paz de Augsburgo de 1555, en la cual se estipula que los súbditos tendrán que acatar la religión que su emperador quiera profesar (Brady Jr., 1995).

²¹ Al ser poderes marítimos, sus redes comerciales se expandieron hacia el Nuevo Mundo a comienzos del siglo XVII. Francia construyó la colonia de Quebec en 1608; Holanda y los puertos comerciales en 1624, que terminaría convirtiéndose en la colonia de Nueva Holanda; e Inglaterra, en 1607, con los primeros asentamientos en Jamestown (Virginia), que eventualmente terminaron convirtiéndose en 13 colonias (Brinkley, 1993).

con la Casa Orange, que resultaría en la construcción de un aparato estatal que fusionará los frutos del capitalismo y las ventajas del territorialismo: las Provincias Unidas (Arrighi, 1994).

Ante la multipolaridad europea a comienzos del siglo XVII, el cimentado ciclo de acumulación holandés, que ya controlaba los flujos comerciales europeos, emprendió la tarea de crear un sistema comercial global que centrara a Ámsterdam como el nodo de intercambio comercial y financiero, y como el principal nodo de las dinámicas de la economía-mundo capitalista. Para tal cometido, por un lado, los holandeses promovieron las compañías estatutarias tanto para legitimar secularmente los derechos comerciales y soberanía sobre sus espacios en ultramar, como para librar guerras y construir formaciones estatales en dichos territorios, siendo la Compañía de las Indias Orientales (1600-02), seguida por la Compañía de las Indias Occidentales (1621) las encargadas de dicha misión. Por otro lado, el auge financiero de Ámsterdam debía ser institucionalizado para situarlo como el mercado central del dinero y el capital de la economía-mundo, por ello la creación de la Bolsa de valores de Ámsterdam (1602) y del Banco Municipal de Cambio de Ámsterdam (1606). Así, la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) representó la oportunidad al ciclo holandés de consolidarse, no únicamente como centro capitalista, sino también como líder para el naciente equilibrio de poder que emergería de la Paz de Westfalia (1648), pieza clave para el nacimiento del moderno sistema interestatal y para la hegemonía de las Provincias Unidas (Arrighi, 1994; Wallerstein, 1980; Comín, 2011; Kennedy, 1987).

Sin embargo, todo el crecimiento que la hegemonía de las Provincias Unidas había experimentado, desde fuertes redes comerciales dentro y fuera del continente europeo hasta un bloque económico y financiero consolidado, para mediados del siglo XVII la expansión material transitoria hacia la fase de la financiarización, momento que se extendería hacia finales del siglo XVIII, donde un nuevo caos sistémico derrumbaría el liderazgo holandés. En un primer momento, el auge que tendrían las compañías estatutarias pronto sería replicadas por nuevas formas mercantilistas que intentaban emular las instituciones holandesas para hacerse de la fuente de la acumulación de capital por la acumulación de capital, como lo haría la Compañía Británica de las Indias Orientales. De igual manera, su capacidad mercantil-financiera se vería opacada por la competencia interestatal por la hegemonía entre Inglaterra y Francia, que una vez apaciguando sus respectivas tensiones internas, fortalecerán su base naval en miras de expansión territorial. Eventualmente, cuando la competencia comercial se agudizó, la acumulación holandesa se concentró solo en las altas finanzas, convirtiéndose en el principal

prestamista del sistema europeo, aunque el comienzo de crisis internas, sumado al recrudescimiento de las luchas interestatales, terminó por agotar la posición que las Provincias Unidas tenían décadas atrás (Arrighi, 1994; Wallerstein, 1980).

En este complejo entramado de declive hegemónico, la competencia interestatal llevó a una transformación en el equilibrio europeo situado en un escenario bipolar entre el viejo modelo de monarquías absolutistas frente al capitalismo industrial emergente, en donde las Provincias Unidas quedaron atadas al manejo económico británico. Francia, al tener un sistema colonial más dinámico, sobre todo en las Indias Occidentales, lo hacía el mayor rival económico de Gran Bretaña, aunque el auge capitalista y naval de Inglaterra frenaba las intenciones expansionistas francesas. Los éxitos ingleses obtenidos tras la Guerra de los Siete Años (1756-1763), no solo sirvieron para reafirmar su superioridad respecto a Francia²²; sino que, además, sería uno de los factores cruciales para que la sociedad francesa, cansada del despótico Luis XVI, tomara la Bastilla en 1789²³, significando el principio de una guerra generalizada en el seno europeo. No obstante, Inglaterra también sufrió reveses en su crecimiento capitalista, siendo la Independencia Americana en 1776 una de las principales crisis al poderío británico, aunque no representó una profunda regresión a su poderío, como si lo fue para el caso francés. Tras una serie de revueltas sociales dentro de las Provincias Unidas, así como la venganza británica por haber participado en la independencia de naciente Estados Unidos²⁴, Ámsterdam perdía el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista a favor de Londres, hacia donde los capitales holandeses comenzaban a fluir (Arrighi, 1994; Wallerstein, 1980; Hobsbawm, 1962).

Paralelamente a las transformaciones estructurales, enmarcadas en la financiarización holandesa, el ciclo de acumulación británico comenzaría a desarrollar su expansión material gracias a la centralización de las altas finanzas, monopolio que Londres había logrado quitarle a Ámsterdam. Apoyada por el endeudamiento francés, producto de las fluctuaciones políticas internas, así como de la inversión en gasto público, la economía británica experimentó una expansión económica dirigida hacia el sector industrial. El desarrollo que obtuvo la industria del textil, el hierro y el acero fueron determinantes para el exponencial crecimiento que tendría la economía-mundo capitalista durante el tiempo británico, en donde la máquina de vapor, el telégrafo y los ferrocarriles llegaron a revolucionar la acumulación en el sistema mundial. Por

²² Con el Tratado de París (1763), Inglaterra logró expulsar a los franceses de Norteamérica (Arrighi, 1994).

²³ Inicio de la Revolución Francesa (Hobsbawm, 1962).

²⁴ Provocando la cuarta guerra anglo-holandesa (1784) (Arrighi, 1994; Hobsbawm, 1962).

eso, cuando los efectos de la Revolución Francesa fueron escalando en conflictos que pronto llevaron a las potencias europeas a la guerra, el poderío inglés resistiría y enfrentaría firmemente a las ambiciones territorialistas de Napoleón Bonaparte. Con la derrota del imperialismo francés en Waterloo hacia 1815, los británicos tomaron la oportunidad de reconfigurar el sistema interestatal, sellando en el Congreso de Viena de 1815 el nuevo orden europeo y, a la par, dotó la legitimidad necesaria para erigirse como nuevo hegemon del sistema-mundo capitalista (Arrighi, 1994; Wallerstein, 1989; Hobsbawm, 1962; 1975).

El periodo posterior a 1815 sería un momento excepcional para el ciclo de acumulación británica, ya que, a lo largo de dicho momento histórico, los límites de la economía-mundo capitalista se expandirán hasta tal punto que, para finales del siglo XIX, no habría rincón del mundo que no estuviera conectado a la economía mundial nacida en Europa. Con su posicionamiento hegemónico, la fase material británica reforzaría su base comercial, en donde el libre comercio catapultará al patrón-oro como sistema económico y financiero. Mientras tanto, la expansión del comercio y la inversión a escala internacional, influenciada por la exportación de capitales, contribuyeron para la liberación de la empresa privada, reforzando la fórmula del crecimiento económico del momento: el liberalismo económico. La liberación de las empresas y del comercio fungieron como catalizadores para el poderío británico en su ambición por conformar un gran imperio territorial, consolidándose cuando la India se volvió la joya británica para la acumulación. No obstante, el crecimiento exponencial de las primeras décadas del siglo XIX se vería ensombrecido hacia finales de siglo, pues una caída en el mercado agrícola demostraría que había llegado la financiarización tanto para el ciclo británico como para el *largo siglo europeo*, abriendo la posibilidad de que el centro de gravedad de la economía-mundo capitalista se reorientara hacia otras latitudes (Arrighi, 1994; Hobsbawm, 1975; Wallerstein, 1989; Polanyi, 1957).

2.2. Recentramiento en el corto siglo americano

El “largo siglo europeo” marca un punto de inflexión para el desarrollo histórico de los sistemas-mundo. Por un lado, por primera vez se lograba edificar una estructura social-histórica que respondía a lógicas de una única economía-mundo basada en la acumulación incesante de capital; y, por otro lado, se centralizaron todas las dinámicas del sistema en un mismo núcleo: Europa (Braudel, 1985; Wallerstein, 1974). Asimismo, en el marco de la *longue durée* paneuropea, se creó un orden estatal que dotó de legitimidad a la reproducción del capital a partir de la división internacional del trabajo, haciendo que el centro de gravedad de la economía mundial se localizara en los actores estatales más poderosos, las Provincias Unidas y Gran Bretaña, dotándolos de un papel hegemónico en el sistema-mundo capitalista (Braudel, 1979; Arrighi, 1994). No obstante, a pesar de que existieron fluctuaciones en el centro de gravedad de las dinámicas de la economía-mundo, del ciclo de acumulación holandés al británico, y con ello un sinfín de cambios sociales-políticos-económicos para la estructura capitalista (Arrighi, 1994), el proceso de centramiento-descentramiento-recentramiento prevaleció dentro del mismo núcleo europeo.

Sin embargo, la dinámica iniciada a partir del siglo XVI y que se consolidaría hacia los siglos XVII y XVIII, comenzará a desdibujarse durante la fase otoñal del ciclo de acumulación británico, a finales del siglo XIX. Tras los sucesos de Waterloo en 1815, Gran Bretaña consagra su posición hegemónica construyendo paulatinamente una economía mundial transformada en un tipo novedoso de imperio-mundo, caracterizado por un control cuasimonopólico del dinero mundial (Briggs y Clavin, 1997; Arrighi, 1994). Empero, la fastuosa *Era del Imperio* comenzará a vislumbrar sus primeras señales de declive relativo cuando la hegemonía británica perdía el control del equilibrio de poder europeo y mundial ante el ascenso de Alemania y Estados Unidos (Hobsbawm, 1987; Allison, 2017). Con ello, y tras un caos sistémico, las dinámicas del sistema-mundo capitalista se transformarán de manera sustancial, pues un territorio externo al territorio europeo recentra la órbita gravitacional de la economía-mundo, dando paso a la *Pax Americana* a las puertas del siglo XX (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999).

Al respecto del último punto, el siglo XX despertó un intenso debate en cuanto a su forma de analizarlo, ya que su advenimiento marcaría no sólo el quebrantamiento hegemónico de Londres, sino también provocaría que el centro gravitacional de la economía-mundo capitalista se recentrara fuera del territorio europeo. Por un lado, Eric Hobsbawm se refiere al siglo XX

como un “siglo corto”, que va desde 1914 a 1991, donde las dinámicas socio-históricas se caracterizaron por la tensión permanente “extremos ideológicos”. Por otro lado, Giovanni Arrighi habla de “el largo siglo XX” como un nuevo ciclo de acumulación sistémica ubicado en Estados Unidos, siendo la consecución de los siglos largos precedentes. Atendiendo ambas disposiciones, siguiendo a Hobsbawm, el siglo XX podría ser considerado como “el corto siglo americano”, pues la expansión espaciotemporal del ciclo de acumulación estadounidense resulta ser menor en comparación con el largo siglo europeo; aunque su proceso acumulativo no termina hacia 1991, sino que, como refería Arrighi, entraría en la fase financiera hacia la década de 1970 que marcaría el inicio de su declive relativo (Hobsbawm, 1994; Arrighi, 1994).

En vista de que los procesos históricos no suelen ajustarse a la cronología convencional, el descentramiento europeo y el posterior recentramiento americano responde a la fluctuante configuración de un sistema social-histórico marcado por la acumulación de capital, la polarización ideológica y la intervención del Estado en la economía (Hobsbawm, 1994). A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña se encontraba en la cúspide de su momento hegemónico, ya que lideraba una sistema-mundo volcado hacia un imperio basado en la expansión territorial, el patrón oro y el libre mercado, situación que comenzaría a cambiar hacia la década de 1870, pues su expansión material había llegado a su límite e iniciaba la fase de financiarización (Arrighi, 1994). El comienzo de la *Belle Époque* estará marcado por los estragos de la severa crisis en el sector agrícola, siendo el preámbulo para la Gran Depresión de 1873-1882, que no solo socavan la confianza que el mundo tenía hacia el mercado inglés, sino también propiciaría el desarrollo de instituciones proteccionistas, siendo de los primeros síntomas del declive relativo británico (Polanyi, 1957).

Ante tal contexto, la competencia interestatal por hacerse del control de las dinámicas del sistema mundial catapultó a varios posibles candidatos para ser el líder de la economía-mundo capitalista: Francia con férreas aspiraciones hegemónicas, las cuales anunciaba desde finales del siglo XVII; Rusia, con su gran extensión territorial, estaba experimentando un crecimiento industrial exponencial; Alemania, que tras su unificación en 1871, había volcado su interés hacia el crecimiento industrial-militar; y Estados Unidos, un *outsider* del centro europeo, como el principal beneficiario del libre mercado británico. Por ello, la verdadera disputa interestatal se gestó entre una Alemania con gran potencial militar, y un Estados Unidos con una fortificada estructura económica (Allison, 2017). En el caso alemán, su ingreso tardío al concierto de Estados europeos limitó su pronta incorporación a las dinámicas del imperialismo, aunque, tras

la Conferencia de Berlín 1884-1885, Alemania se consolida como potencia colonial, marcando lo que Paul Kennedy describe como “el cenit del período de predominio de la Vieja Europa en los asuntos mundiales” (Kennedy, 1998 [1987]: 315).

En contraste al posicionamiento alemán, con el fin de la Guerra de Secesión en 1865, la economía estadounidense aprovechará las ventajas que poseía en su territorio, desde un suelo agrícola fértil, la abundancia de materias primas, hasta la gran evolución de la tecnología moderna, especialmente en los transportes y las comunicaciones²⁵, así como la internacionalización de empresas dedicadas al sector automotriz, servicios y energético²⁶. De este modo, cuando la economía mundial experimentaba los efectos de la depresión británica, el auge norteamericano ampliaba sus redes comerciales, diversificando sus exportaciones y propugnando por un marcado proteccionismo hacia las importaciones. Al tiempo, Estados Unidos impactaba el sistema financiero con una política monetaria basada en la acumulación y conservación de más de un tercio del *stock* mundial de oro, intensificando la crisis del sistema patrón-oro británico (Kennedy, 1987). Así, gracias a la economía doméstica americana, se comenzaban a sentar las bases económicas para la construcción de un polo atractivo para la fuerza laboral, el capital y los recursos empresariales de la economía-mundo capitalista (Arrighi, 1994).

Del mismo modo en que el contendiente alemán llevaba a cabo una agresiva estrategia de *Weltpolitik* en Europa, la nación estadounidense emprendía lo que Arrighi (1994) denominó como territorialismo imperial doméstico. Teniendo como precedente una Doctrina Monroe, que buscaba liberar al hemisferio occidental de la influencia imperial británica, el Destino Manifiesto fungió como instrumento ideológico que legitimaba la expansión continental de Estados Unidos (Hopkins, 2018). Aunado a ello, cuando el centro del poder marítimo se fue trasladando hacia el Pacífico, la nación norteamericana pasó del territorialismo doméstico hacia un imperialismo insular, situándose en los territorios geoestratégicamente relevantes para asegurar su poderío tanto en el Pacífico como en el Caribe²⁷ (Arrighi, 1994; Schmitt 1942). Saliendo victorioso en varias ocasiones en cuestiones diplomáticas y enfrentamientos armados

²⁵ Trigo, maíz y azúcar como los principales recursos agrícolas; algodón y acero como la principal materia prima para manufactura; y los ferrocarriles, máquinas de vapor, equipos de minería como las principales evoluciones de tecnología moderna (Kennedy, 1987).

²⁶ Empresas como «International Harvester», «Singer», «Du Pont», «Bell», «Colt», y «Standard Oil» (Kennedy, 1998 [1987]: 389).

²⁷ Hawái, Filipinas, Guam y Samoa en el Pacífico; Cuba en el Atlántico y Puerto Rico en el Caribe (Hopkins, 2018).

contra actores europeos²⁸ Estados Unidos demostró al escenario internacional que sería capaz de modificar las dinámicas sistémicas instituidas hacia principios del siglo XIX (Burns et. al., 2025). En el siguiente cuadro se pueden ver con más detalle los elementos que posicionan a los Estados Unidos como hegemonía mundial.

Cuadro 3. Principales elementos que posicionaron a los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial

Dimensión	Factor clave	Síntesis analítica
Económica	Industrialización y producción en masa	Liderazgo manufacturero, economías de escala y alta productividad
Financiera	Capital y crédito internacional	Pasó de deudor a acreedor mundial tras la Primera Guerra Mundial
Territorial	Mercado interno y recursos	Amplio territorio integrado y abundancia de recursos naturales
Tecnológica	Innovación	Avances industriales y organización científica del trabajo
Militar	Poder naval y proyección	Expansión militar y control estratégico marítimo
Geopolítica	Expansión regional	Dominio hemisférico y presencia en Caribe y Pacífico
Política	Estado y cohesión social	Capacidad estatal para regular crisis (New Deal)
Ideológica	Liderazgo normativo	Difusión del liberalismo y modelo estadounidense
Sistémica	Declive europeo	Guerras mundiales debilitan a las potencias rivales

Fuente: Elaboración propia.

Con la llegada del siglo XX²⁹, el ciclo de acumulación británico, situado bajo las lógicas de la era *eduardiana*, volcó esfuerzos para recuperarse de los efectos derivados de la depresión de 1873, aunque tal prosperidad resultó efímera, pues la intensificación de la competencia interestatal por el capital de inversión cuestionó la capacidad de Londres para acumulación interminable (Arrighi, 1994). Aunque existió un ligero destello de recuperación, la disolución de la estructura económica mundial iniciada hacia 1900, se intensificó con el pánico bancario americano de 1907³⁰, demostrando nuevamente que el poderío de Estados Unidos influía directamente en las dinámicas económicas del resto de las grandes potencias (Polanyi, 1957;

²⁸ Ejemplo de ello es la crisis fronteriza en Venezuela de 1895, en lo referente al territorio del Esequibo con la Guyana Británica, donde Estados Unidos respaldó la posición venezolana; y el triunfo norteamericano en la Guerra Hispanoamericana de 1898, resultando en el Tratado de París de 1898, que refuerza la expansión imperialista de Estados Unidos (Kennedy 1987; Burns et. al., 2025).

²⁹ En el marco de la considerada *época dorada* (1896-1914) (Arrighi, 1994).

³⁰ Crisis “provocada en un principio por un intento de los especuladores de monopolizar el mercado del cobre, con subsiguientes repercusiones en Londres, Ámsterdam y Hamburgo” (Kennedy, 1998 [1987]: 393).

Hopkins, 2018; Kennedy, 1987). A la par, las revueltas sociales que estallaron en los primeros años del naciente siglo, evidenciaron una *Belle Époque* plagada de conflictos sociales-políticos-económicos que conducían hacia la fase crepuscular del ciclo de acumulación británico y de *El largo siglo europeo*. Lo que iniciaba con la victoria de Japón frente a Rusia en 1905, terminaría en 1914 con el asesinato del Archiduque Francisco Fernando³¹, evento que marcaría el inicio formal del caos sistémico para la hegemonía británica (Hobsbawm, 1987; Arrighi, 1994).

La literatura histórica tradicional aborda los acontecimientos suscitados entre 1914 y 1945 como hitos, si bien interconectados, que están regidos por dinámicas diferentes. Sin embargo, bajo la óptica de los Análisis de Sistema-Mundo, tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial, así como el periodo de entreguerras, responden a una larga y única guerra mundial, de treinta años de duración³², en la cual se inmiscuyeron todas las unidades más poderosas del sistema (Wallerstein, 1988). Con la finalización de la Paz de los Cien Años³³, instituida por la *Pax Britannica*, las potencias europeas trasladaron la competencia interestatal hacia el ámbito bélico como una forma política de hacerse del control hegemónico, factor que Estados Unidos capitalizaría para consolidar la base económica de su poderío (Polanyi, 1957). Quedando al margen del conflicto europeo, la presencia estadounidense se remontó hacia operaciones comerciales con las principales potencias beligerantes, organizando su economía para satisfacer las prerrogativas que la guerra imponía, paulatinamente inclinando su posición neutral hacia el respaldo del bando británico (Brinkley, 1993).

Así como el caos europeo incentivó el crecimiento económico, Estados Unidos igualmente se preparó militarmente para los efectos de la guerra, cuya cercanía comenzó a hacerse latente al incrementarse las tensiones con Alemania³⁴ (Kennedy, 1993). Así, cuando finalmente el poderío norteamericano entró de lleno a la guerra³⁵, respaldando la posición de Gran Bretaña y sus aliados, no solo se encontró con potencias europeas notoriamente desgastadas, sino con

³¹ Durante ese periodo, hubo una oleada de revoluciones, iniciada en Rusia (1905), seguida por Turquía (1908), México (1910), China (1911); la crisis marroquí (1911), y los enfrentamientos armados en los Balcanes (1912-1913) (Hobsbawm, 1987).

³² En la historia del sistema-mundo capitalista se han presentado esas guerras mundiales en tres ocasiones: la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), las guerras napoleónicas (1792-1815), y los conflictos de 1914 a 1945 (Wallerstein, 1988).

³³ Paz de los Cien Años (1815-1914) (Polanyi, 1957).

³⁴ En especial tras el hundimiento del trasatlántico *Lusitania* (1915) y el ataque al buque de vapor *Sussex* (1916) (Brinkley, 1993; Briggs y Clavin, 1997).

³⁵ En abril de 1917, producto de la revelación del Telegrama Zimmermann. Tal comunicado proponía a México una alianza con Alemania en caso de una guerra con Estados Unidos, recibiendo a cambio los territorios que había perdido con el vecino del norte una vez cesaran las conflagraciones (Kennedy, 1987; Brinkley, 1993).

la oportunidad de inclinar el equilibrio de poder a su favor (Briggs y Clavin, 1997; Allison, 2017). Gracias a la base económica de Estados Unidos, volcada a la producción de manufacturas para la guerra, los Aliados³⁶ contaron con recursos prácticamente ilimitados para combatir la superioridad militar de Alemania. Del mismo modo, esa superioridad comercial y financiera sería determinante, en primer lugar, para la rendición alemana y sus aliados; y, en segundo lugar, para llevar las riendas en la construcción del mundo de ‘posguerra’ (Brinkley, 1993; Hobsbawm, 1994).

Ante un panorama caótico, en el cual el sistema político y económico europeo se encontraba devastado, la declaración de paz sin victoria presentaba a los Estados Unidos, liderado por el presidente Woodrow Wilson, el modo de consolidar un nuevo orden mundial (Polanyi, 1957; Tooze, 2014). Bajo el argumento de consolidar una paz justa y estable, Wilson utilizó el Tratado de Versalles de 1919 como una herramienta para edificar un orden internacional liberal basado en una *Sociedad de Naciones* de alcance universal que velara por la solución pacífica de controversias, siendo dicha organización un primer intento de institucionalizar el poderío hegemónico estadounidense (Brinkley, 1993; Hobsbawm, 1994; Ikenberry, 2011). A los ojos de Ikenberry (2009), el internacionalismo liberal *wilsoniano* propugnaba por un “orden internacional organizado alrededor de un organismo mundial de seguridad colectiva [Liga de Naciones] en el que los estados soberanos actuarían conjuntamente para mantener un sistema de paz territorial” (*trad.* Ikenberry, 2009: 73).

Sin embargo, la idea que había vendido el idealismo *wilsoniano* para crear un nuevo mundo se derrumbó hacia finales de la década de 1920. Si bien Estados Unidos logró inclinar el equilibrio de poder político a su favor, no había articulado una base económica internacional lo suficientemente fuerte para competir con el declinante patrón-oro que trataba de restaurarse tras la guerra (Polanyi, 1957). No obstante, la sobreconfianza norteamericana sobre su sistema financiero y comercial quedó en evidencia a finales de 1929, cuando una caída en la bolsa de Nueva York provocó la mayor catástrofe económica en tiempos de paz de la historia³⁷, lo que para 1931 sería conocido como la Gran Depresión (Ikenberry, 2001; Comín, 2011). Aunado al factor económico, el proyecto hegemónico de Estados Unidos no se consolida en este periodo debido a la negativa del senado estadounidense para ratificar el Tratado de 1919 y, con ello, la

³⁶ Gran Bretaña, Francia, Rusia (hasta el triunfo de la revolución bolchevique 1917); incorporándose posteriormente Italia y Japón (Kennedy, 1987; Hobsbawm, 1994).

³⁷ “El detonante de la crisis económica, aunado a la caída de Wall Street, fue por el intento de la Reserva Federal de desinflar la burbuja bursátil, aumentando los tipos de interés (Comín, 2011).

Liga de Naciones, siendo la propuesta insignia del liberalismo internacional (Ikenberry, 2009). Asimismo, la organización fue incapaz de contener los resentimientos de los Estados perdedores de la *Gran Guerra* con grandes motivaciones expansionistas, que sumados a los enormes estragos de la depresión económica, sirvieron de aliciente para la reanudación de las hostilidades sistémicas hacia 1939³⁸ (Hobsbawm, 1994; Casanova, 2011).

Nuevamente situado en un contexto bélico, Estados Unidos hizo lo propio manteniéndose al margen al comienzo del conflicto, pues el panorama doméstico se orientaba al fortalecimiento económico nacional. Con el plan del presidente Roosevelt del *New Deal*, la nación no sólo logró recuperarse de la fuerte recesión, repuntando la economía estadounidense de regreso a la competencia interestatal; sino que, además, ayudó a consolidar una base social al sentar las bases del Estado de Bienestar, beneficioso para la población norteamericana (Comín, 2011). De este modo, cuando el ‘águila americana’ nuevamente se vio involucrada en el conflicto mundial³⁹, poseía una base social estable que respaldó la decisión de adherirse al bando de los Aliados⁴⁰, y una estructura financiera capaz de responder a las necesidades armamentísticas y militares de la guerra, factores que fueron cruciales para la aniquilación de las Potencias del Eje⁴¹ hacia 1945 (Hobsbawm, 1994; Kennedy, 1987). Al fin de las confrontaciones armadas directas del caos sistémico, tanto Gran Bretaña, como potencia hegemónica en declive, así como Alemania, la potencia europea ascendente desde finales del siglo XIX, quedaban destrozadas social, política y económicamente para liderar las dinámicas del sistema-mundo capitalista, presentando la oportunidad a Estados Unidos a ocupar esa vacante (Arrighi, 1994; Gilpin, 1981; Allison, 2017).

La transición de la *Pax Britannica* a lo que terminaría siendo la *Pax Americana* comenzaría a delimitarse desde 1943, cuando una primera cumbre de Aliados celebrada en Teherán, que en forma coordinó operaciones militares, pero de fondo marcaría un punto de inflexión para el fin del Viejo Mundo y abriría las puertas a un nuevo orden mundial (Ikenberry, 2001). A pesar de que el elemento militar-industrial fue un factor elemental⁴², la Conferencia celebrada en Massachusetts (1944) confirmó el argumento de Wallerstein (1988) sobre que la hegemonía no

³⁸ La invasión de Alemania a Polonia marcaría el inicio de la Segunda Guerra Mundial

³⁹ Estados Unidos se suma a la Segunda Guerra Mundial tras el ataque japonés a la base militar Pearl Harbor (Hawái) el 7 de diciembre de 1941 (Hobsbawm, 1994).

⁴⁰ Gran Bretaña, Francia y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (esta última fundada en 1922) (Hobsbawm, 1987).

⁴¹ Alemania, Italia y Japón (Hobsbawm, 1987).

⁴² Hecho que quedó demostrado con los ataques de Hiroshima y Nagasaki (Japón) en 1945, denotando el poderío nuclear de Estados Unidos.

se afianza de manera militar, sino en el terreno económico, pues de los acuerdos alcanzados en Bretton Woods emanaran el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial⁴³ como los pilares institucionales para el orden económico internacional (Bulmer-Thomas, 2018). De este modo, el naciente sistema Bretton Woods diseñaba un sistema monetario-financiero⁴⁴ internacional basado en el dólar, representando a la vez la relocalización del centro de gravedad de la economía capitalista en los Estados Unidos (Hopkins, 2018; Braudel, 1985).

Si una hegemonía se sostiene de una base social-política-económica, la construcción del liderazgo norteamericano necesitaba estructuras político-ideológicas para consolidar la ventaja económica (Cox, 1981; Wallerstein, 1991). Para ello, la conferencia de Yalta (1945) sería determinante, no sólo porque se trazaron mapas con nuevas demarcaciones políticas en Europa, sino también representó la génesis de una organización internacional destinada al mantenimiento de la paz que involucrarse a todas las naciones del mundo (Ikenberry, 2001). Este renacimiento del liberalismo *wilsoniano*, el cual Ikenberry (2009) considera como internacionalismo liberal 2.0, se consolidaría en octubre de 1945 en San Francisco, lugar donde se signó la carta constitutiva de la Organización de las Naciones Unidas, en donde los Vencedores⁴⁵ de la segunda guerra mundial marcarían las pautas de un marco regulatorio para las dinámicas políticas y económicas entre estados, guiada bajo el estandarte de autodeterminación de los pueblos (Ikenberry, 2009; Hobsbawm, 1994). Una vez cubriendo los vacíos que el orden británico había dejado en el sistema mundial tras el caos sistémico, el liderazgo estadounidense comenzaba su fase de expansión material, dando inicio al tercer ciclo sistémico de acumulación capitalista (Arrighi y Silver, 1999). En el siguiente cuadro se pueden ver los principales elementos que permitieron la consolidación de la hegemonía mundial de los Estados Unidos.

⁴³ Inicialmente el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Comín, 2011).

⁴⁴ Hacia 1947 se unirá el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT, *General Agreement on Tariffs and Trade*), entrado en vigor en 1948 (Hobsbawm, 1994; Bulmer-Thomas, 2018).

⁴⁵ Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia (incorporado geopolíticamente al bando de los vencedores); Unión Soviética, China (incorporado por la Unión Soviética).

Cuadro 4. Principales elementos que consolidaron a los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial

Dimensión	Factor clave	Síntesis analítica
Capacidades materiales	Fuerza productiva Innovación tecnológica Superioridad militar	Ventajas que inclinarían el equilibrio de poder a favor de Estados Unidos.
Ideas	Autodeterminación de los pueblos Desarrollo nacional	Base ideológica para la hegemonía: la nación garante del mundo libre.
Instituciones	Sistema ONU Sistema Bretton Woods	Regímenes político-económicos del orden mundial estadounidense.

Fuente: Elaboración propia con base en Wallerstein (1995a).

A partir de 1945 la narrativa histórica convencional comienza a describir el panorama mundial de la posguerra como un escenario permeado por la rivalidad de las grandes potencias⁴⁶ del siglo XX, un Estados Unidos representante del modo de acumulación capitalista, y una Unión Soviética volcada a la internacionalización del socialismo, todo ello en el marco de la constante amenaza de un conflicto de escala nuclear (Silva, 1976; Gaddis, 2005). Por si fuera poco, el conocimiento público del Telegrama Largo de Kennan⁴⁷, así como la declaración de Winston Churchill sobre el “Telón de Acero”⁴⁸, fueron motivos suficientes para que el término *guerra fría* se popularizara⁴⁹, señalando la configuración bipolar del sistema-mundo que prevalecería desde 1946 hasta la caída del bloque soviético en 1991 (Halliday, 1986; Hobsbawm, 1994). Sin embargo, para los Análisis de Sistema-Mundo, tras el fin del caos sistémico que representaron las guerras mundiales, el año 1945 no marcaría el inicio de una nueva competencia interestatal entre las dos potencias por hacerse del liderazgo mundial, sino del comienzo de la plenitud hegemónica para los Estados Unidos, que se extendería hacia el último cuarto del siglo XX (Arrighi, 1994).

Según Wallerstein (2004a), el periodo posterior a 1945, el ciclo de acumulación estadounidense experimentó la mayor expansión en las estructuras productivas en la historia del sistema-mundo capitalista. Bajo un sistema mundial unipolar, la estructura estadounidense institucionalizó su ventaja económica articulando una hegemonía que controlara las principales

⁴⁶ José Silva (1976) rescata el término gramsciano de ‘Gran Potencia’, que da cuenta de un “país que reúne todos los elementos necesarios para garantizar la victoria en caso de que se produzca un enfrentamiento” (Silva, 1991 [1976]: 20).

⁴⁷ El 22 de febrero de 1946, George F. Kennan, funcionario de la embajada de Estados Unidos en Moscú, envía un telegrama de 8000 palabras describiendo las ambiciones del dirigente soviético Iósif Stalin, convirtiendo pieza clave para la política exterior estadounidense por el resto de la Guerra Fría (Gaddis, 2005).

⁴⁸ En 1946, Churchill, entonces ex primer ministro británico, declaró en Missouri (Estados Unidos) la existencia de un ‘telón de acero’ que iba desde el Báltico al Adriático (Wallerstein, 1991; Halliday, 1986).

⁴⁹ La popularización del término *Guerra Fría* sería por el columnista Walter Lippmann (Halliday, 1986).

dinámicas políticas y económicas mundiales. Asimismo, Estados Unidos afianzó su liderazgo en cuatro nodos geopolíticamente relevantes para la construcción de su poderío: el reforzamiento de su política interna mediante un estado de bienestar de integración nacional, el resto de los principales países industrializados, lo que sería llamado el “Tercer Mundo”, y la Unión Soviética con su zona de influencia. A partir de arreglos económicos y políticos, el naciente poderío norteamericano implementaría un sistema de alianzas como pilar clave para la hegemonía (Wallerstein, 1995a; Wallerstein, 1991).

El hecho más discutido de la guerra fría fue la supuesta competencia interestatal entre Estados Unidos y la Unión Soviética por el control del orden mundial (Allison, 2017). Sin embargo, en palabras de Wallerstein (1995a), ambas potencias “mantenían un conflicto sumamente estructurado, cuidadosamente contenido, formal (pero no sustancial)” (pp. 13) situando al poderío político, ideológico y militar soviético frente al gran bastión económico y financiero norteamericano. En el marco de lo que Eric Hobsbawm (1988) denomina como Paz Fría, ambos bandos aceptaron el reparto global establecido al final de la segunda guerra mundial, lo que para Wallerstein (2001) inició con la conferencia en Yalta, donde se signa la división del mundo en esferas de influencia, reparto mundial que queda legitimado con una “cortina de acero” que demarcaba la línea divisoria entre el mundo libre y el mundo comunista (Hobsbawm, 1994; Wallerstein, 1991). Por tanto, un conflicto permeado por la era nuclear sería evaluado superficialmente como una férrea competencia ideológica entre dos concepciones divergentes de estructuración social-histórica, cuando la realidad es que esta división funcional sistémica consagrará el liderazgo de Estados Unidos, haciendo de la Unión Soviética un agente subimperialista regido por el orden mundial establecido por los norteamericanos desde 1945 (Wallerstein, 1995a).

En este contexto, el nuevo mapa mundial segmentado en zonas de influencia capitalista y socialista, a pesar de ser considerado el precursor del mundo bipolar, realmente funcionó como una forma de mantener el *status quo* norteamericano. Esto se debe a que, al Este del Telón, la Unión Soviética delimita los límites territoriales del socialismo, sin recibir de ninguna forma los apoyos que Estados Unidos destinara para la reconstrucción económica de Europa Occidental y Japón⁵⁰. Así, cuando la Doctrina Truman⁵¹ legitimó el acuerdo tácito, la idea de

⁵⁰ “los Estados Unidos establecieron una ocupación totalmente unilateral que excluyó no sólo a la Unión Soviética, sino también a los demás aliados”; a diferencia de Alemania, donde sí hubo una repartición territorial entre los Aliados (Hobsbawm, 1999 [1994]: 231).

⁵¹ El 12 de marzo de 1947, el presidente estadounidense Harry S. Truman anunció el programa de ayuda greco-turco, que sería el inicio de la estrategia de contención norteamericana, donde dicha nación se compromete a

la contención no sólo hablaría de los límites para el mundo comunista y el mundo libre, sino también de los alcances de la influencia para cada bando, en la que ninguna potencia podría intervenir ni política, ni económica, y mucho menos militar directamente a la zona de la otra (Wallerstein, 1991; Kissinger, 1994). Por lo mismo, cuando Wallerstein lee el rol sistémico de la Unión Soviética como un aliado subimperial norteamericano es porque, mientras la Unión Soviética velaba por la paz y el orden dentro de su zona de influencia, incentivaba la plenitud de la fase material del ciclo de acumulación estadounidense al limitar su responsabilidad de prosperidad y estabilidad en el Oeste, mientras el polo soviético hacía lo propio en el Este (Wallerstein, 1995a; Arrighi, 1994). En el cuadro que se presenta a continuación se advierten los principales instrumentos económicos, políticos y de seguridad que desarrollaron los estadounidenses en el marco de su hegemonía mundial.

Cuadro 5. Instrumentos económicos, políticos y de seguridad de la hegemonía mundial estadounidense

Región	Económico	Político	Seguridad
Europa Occidental	Plan Marshall (1948)	-	Organización del Tratado del Atlántico Norte OTAN (1949)
América Latina y el Caribe	Comisión económica para América Latina CEPAL (1948) Banco Interamericano de Desarrollo (1959) Alianza por el Progreso (1961)	Organización de los Estados Americanos OEA (1948)	Colegio de las Américas (1946) Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca TIAR (1947)
Asia/A. Pacífico	Comisión Económica para Asia y el Lejano Oriente CEPALO (1947) Banco Asiático de Desarrollo (1966)	Consejo de Asia y el Pacífico ASPAC (1966) Asociación de Naciones del Sudeste Asiático ASEAN (1967)	Tratado de San Francisco-Japón (1951) Alianza de seguridad de Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos ANZUS (1951) Organización del Tratado del Sudeste Asiático SEATO (1954) Pacto de Bagdad - Organización del Tratado Central CENTO (1955)
África	Comisión Económica para África CEPA (1958) Banco Africano de Desarrollo (1964)	-	-

Fuente: Elaboración propia.

apoyar a cualquier Estado del mundo que quisiera adoptará los valores de la democracia y el mundo libre (Kissinger, 1994).

En el mismo tenor de la contención, Estados Unidos hizo del sistema de alianzas una forma sutil de difundir su poderío a cada rincón del planeta, creando instituciones regionales que velaran por los intereses norteamericanos en ámbitos como la economía, la política, e incluso, la seguridad. Atendiendo lo anterior, para el caso de Europa, el Plan Marshall, lejos de ser un apoyo desinteresado para la reconstrucción europea, representó un instrumento de política exterior estadounidense para reactivar las economías industrializadas y ponerlas a merced de las exportaciones norteamericanas, protegiendo sus intereses a partir de una organización dedicada a la seguridad del Oeste, como la OTAN (Sanahuja, 1999; Wallerstein, 1991). En la misma sintonía, resulta interesante los planes estadounidenses para la vasta zona mundial que aún no estaba alienada a ninguna ideología, ya que, gracias a la idea del liberalismo sobre la autodeterminación de los pueblos, aquellas excolonias que emergían al escenario mundial como actores estatales independientes (específicamente en Asia y África), tendrían la posibilidad de ser adheridas a alguna zona de influencia, implicando tanto del desarrollo nacional para dichas naciones como la apertura de nuevos mercados, que si bien no inmediatos, contribuirían al crecimiento material para la hegemonía (Wallerstein, 1995a).

Una vez afianzando todos esos engranajes estructurales, el mecanismo hegemónico del Siglo Americano vislumbraba un auge social-político-económico sin precedentes, logrando una expansión constante de la economía mundial capitalista, cuyo centro de gravedad ya se encontraba localizado en Nueva York (Wallerstein, 1991; Braudel, 1985). Tal como lo entendía Hobsbawm (1994), la época de oro americana se extendería a lo largo de las décadas siguientes, en el marco de los periodos que Halliday (1986) denomina como Primera Guerra Fría (1945-1953) y Antagonismo Oscilatorio (1953-1968), que aunque con ciertos periodos de incandescencia política, no desestabilizaban el orden norteamericano (Hobsbawm, 1994; Halliday, 1986). Sin embargo, hacia los años sesenta del siglo XX, la suma de presiones sociales-políticas acumuladas comenzarían a hacer mella en el sistema organizado por los Estados Unidos, crisis que serían exacerbadas en la década de 1970, marcando el culmino de la expansión material del ciclo de acumulación estadounidense y el inicio de la financiarización del *corto siglo americano*.

2.3. Crónicas de un descentramiento anunciado

En su famosa novela *Crónica de una muerte anunciada* Gabriel García Márquez (1981), construyó una narrativa en la que la muerte del protagonista, Santiago Nasar, se anuncia a todo

el pueblo pero que nadie logra evitar⁵². Desde la óptica de los Análisis de Sistema-Mundo, la premisa central de la obra puede relacionarse al momento en que la hegemonía de los Estados Unidos alcanzó su cenit hacia el último cuarto del siglo XX. En términos históricos-estructurales, cada hegemonía posee *una muerte anunciada* intrínseca, puesto que cada liderazgo se encuentra en función del límite espaciotemporal del sistema-mundo capitalista; y una vez en él, las dinámicas de la economía-mundo buscarán recentrarse en un nuevo nodo capaz de dar continuidad a la acumulación incesante de capital. Asimismo, los colapsos hegemónicos no ocurren súbita o inesperadamente, sino que emiten síntomas tempranos de fragmentación, los cuales son ampliamente percibidos pero insuficientemente enfrentados. Entendiendo que la crisis no es un fenómeno aleatorio sino un proceso socialmente producido, y dado que se trata de múltiples factores que atañan la continuidad hegemónica, parafraseando a García Márquez, se puede pensar en las “crónicas de un descentramiento anunciado” en las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo.

Giovanni Arrighi fue muy claro al subrayar que las hegemonías históricas del sistema-mundo capitalista atraviesan fases recurrentes de expansión material basada en la producción y el comercio, lo cual es seguido por una expansión financiera que señala el agotamiento de la capacidad del centro hegemónico para seguir organizando de manera estable la acumulación global. Lejos de ser un síntoma de fortaleza, la financiarización constituye, para Arrighi, la señal de una crisis terminal del orden hegemónico vigente, ya que expresa el desplazamiento del poder desde la producción hacia la especulación y la renta (Arrighi, 2005). Al igual que en la novela de García Márquez, los signos del declive hegemónico son visibles y ampliamente reconocidos, pero la respuesta de las élites dominantes tiende a ser la prolongación del orden existente mediante mecanismos cada vez más frágiles y coercitivos. La hegemonía, en su fase terminal, persiste más por inercia que por consenso efectivo, y su crisis no se resuelve mediante reformas, sino a través de una reconfiguración profunda del sistema (Gramsci, *trad.* 1975).

Para el caso estadounidense, la fase de financiarización de la *Pax Britannica* llevó a la intensificación de la competencia interestatal, en la cual la vasta expansión material de los Estados Unidos, aunada a factores sociales y políticos, desbancó al *largo siglo europeo* del centro de las dinámicas de la economía-mundo capitalista hacia mediados del siglo XX. Desde

⁵² El protagonista es un joven apuesto y apreciado por la comunidad que se convierte en víctima de un crimen de honor perpetrado por los hermanos Vicario, luego de que Ángela Vicario lo acusa de haberla deshonrado en su noche de bodas; se trata de una muerte anunciada a todo el pueblo que, pese a ser conocida de antemano, nadie logra o asume la responsabilidad de evitar.

la fase de caos sistémico (1914-1945), el Estado norteamericano iría construyendo lo que posteriormente se convertiría en su modelo hegemónico: un orden basado en instituciones encargadas de la paz y la seguridad mundial, promoviendo la reconstrucción y el desarrollo económico, así como el ideal de la autodeterminación para todos aquellos pueblos que recién se liberaban del yugo colonial. Si bien el auge de la *Pax Americana* estuvo atravesado por un telón de acero que dividía al ‘mundo libre’ del ‘mundo comunista’, su poderío continuó relativamente estable, hasta que su ciclo acumulativo transitó hacia una creciente financiarización, momento en el que la muerte del *corto siglo americano* comenzó a anunciarse (Wallerstein, 1995a).

Según Hobsbawm (1994), entre 1947 y 1973 el poderío estadounidense experimentó un largo momento de esplendor, la época de oro tanto para el capitalismo como para la hegemonía americana. No obstante, Halliday (1986) arguye que tras la muerte de Stalin y la llegada de Eisenhower a la Casa Blanca (1953), el sistema internacional transitó de un primer momento de Guerra Fría hacia un *antagonismo oscilatorio*, intentando apaciguar las tensiones internas de cada bando producto de la confrontación Este-Oeste. En un primer momento se lograron resultados positivos, como el armisticio para Corea, y en Ginebra sobre el cese a las hostilidades en Indochina (1954). Sin embargo, nuevas tensiones comenzaron a hacer grietas en el *status quo* estadounidense, tanto en el plano internacional como en el doméstico: desde un Bandung⁵³ (1955) que ideaba nuevas alternativas históricas⁵⁴ para un real desarrollo en el Tercer Mundo, un Movimiento de No Alineados (1961) y un G77 (1964) que buscaban desconectarse de la dicotomía Este-Oeste, la crisis en Cuba (1962) y la entrada norteamericana a Vietnam (1965), en lo mundial; hasta la recesión de 1957-58 y la sucesión Kennedy-Johnson⁵⁵ (1963) en lo nacional (Hobsbawm, 1994; Halliday, 1986; Wallerstein, 2001; Amin, 1985; Silva, 1976).

Aunque ninguna de las tensiones, en lo individual, alcanzó las magnitudes necesarias para derrumbar el bastión hegemónico, las presiones derivadas de ellas comenzarán a exacerbar las contradicciones estructurales del siglo americano. Desde la perspectiva del sistema-mundo,

⁵³ Conferencia afroasiática de Bandung (Indonesia)

⁵⁴ Al respecto de las nuevas alternativas, es importante señalar que hacia 1956, tras la intervención soviética a Hungría, Palmiro Togliatti, líder del Partido Comunista Italiano, expresó su deseo por conformar un ‘*comunismo policéntrico*’, en el cual la ideología comunista dejara de estar centralizada en Moscú ni en la política exterior soviética. Asimismo, en 1961, Dipa N. Aidit, líder del Partido Comunista Indonesio, hizo un llamado a la importancia del policentrismo, señalando que ningún partido comunista puede desarrollarse libremente dependiendo de otro (Prashad, 2017).

⁵⁵ Por el asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy.

1968 constituye la antesala que anuncia el fin de la expansión material norteamericana, pues, según Wallerstein (2001; 2003) fue el momento en el que se desató una revolución en el sistema mundial y en el mismo centro del sistema, dado que el desorden desatado en muchas partes del mundo⁵⁶ demostró la fragilidad del consenso sobre la hegemonía estadounidense. Así como se afirmó con anterioridad, las hegemonías no caen abruptamente, sino que, siguiendo a Arrighi (2007), se debe discernir si se trata de una crisis-señal o una crisis terminal, diferenciando entre las carencias en el liderazgo que podrían llegar a tener solución de las que persisten hasta lograr *la muerte* de la hegemonía vigente. Para el *corto siglo americano*, las crisis-señal comenzarían para la década de 1970, dando lugar al patrón clásico de declive, es decir, erosión de su primacía productiva, desplazamiento hacia la financiarización como estrategia compensatoria y creciente inestabilidad geopolítica y social (Wallerstein, 1983; 2001; 2003; Arrighi, 1994; 2007). En el siguiente cuadro se pueden ver los principales elementos que dan cuenta de las crisis de la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo.

Cuadro 6. Principales elementos de la crisis de la hegemonía mundial de los Estados Unidos

Dimensión	Factor de crisis	Síntesis analítica
Económica	Desindustrialización relativa	Pérdida de liderazgo manufacturero y traslado de cadenas productivas
Financiera	Financiarización	Predominio del capital financiero y endeudamiento estructural
Tecnológica	Difusión del conocimiento	Reducción de la ventaja tecnológica frente a potencias emergentes
Militar	Sobreextensión estratégica	Costos elevados de intervenciones y guerras prolongadas
Geopolítica	Emergencia de potencias rivales	Ascenso de China y reconfiguración del poder global
Política	Polarización interna	Crisis de gobernabilidad y legitimidad institucional
Ideológica	Erosión del liderazgo normativo	Cuestionamiento del liberalismo y del orden internacional
Sistémica	Multipolaridad	Fragmentación del orden internacional y debilitamiento hegemónico

Fuente: Elaboración propia.

Si bien los efectos derivados de la revolución de 1968 no fueron reconocidos propiamente como síntomas de debilitamiento, el decenio de 1970 marcó un punto de inflexión para el

⁵⁶ En 1968, lo que inició con la ofensiva del Tet en Vietnam, se extendió en una ola de manifestaciones durante poco más de tres años, en el mismo Estados Unidos, Japón, el mundo comunista, América Latina, África, Asia (Wallerstein, 1995a).

poderío norteamericano, pues la base social-política-económica que coadyuvó a su posicionamiento comenzó a exacerbar contradicciones estructurales inherentes a su composición hegemónica. La crisis hegemónica y, con ella, la crisis del patrón de acumulación que sustentó a los Estados Unidos como centro organizador del sistema-mundo capitalista, pueden rastrearse desde el agotamiento de su fase de expansión material de posguerra y el progresivo desplazamiento hacia una expansión financiera que, lejos de expresar fortaleza estructural, funcionó como un mecanismo de gestión del declive. Así como la consolidación del liderazgo mundial implicó forzosamente capacidades materiales, ideas e instituciones, tal como argumenta Robert Cox, la crisis-señal igualmente se reflejó, de forma simultánea, en las tres bases para cualquier hegemonía (Cox, 1981; Arrighi, 2007).

Del mismo modo en que la crisis-señal evidenció la fragilidad del liderazgo norteamericano en el escenario internacional, los efectos también repercutieron en el plano doméstico estadounidense. Desde que Estados Unidos asumió la posición de centro de las dinámicas del sistema-mundo capitalista, su plan de acción se enfocó, primordialmente, en la reconstrucción y el desarrollo económico de las potencias industriales afectadas por las guerras. De esta manera fue creando las circunstancias idóneas para la pronta recuperación de tales Estados y, con ello, una acumulación capitalista basada en la relación desigual entre los Estados desarrollados, en la cima de la jerarquía del sistema, y los no desarrollados, en la base de dicha jerarquización (Sanahuja, 1999). Esa condición dio lugar a una primera contradicción del orden americano, que cuando la crisis-señal se hizo presente, se exacerbó de dos maneras. La primera expresó consecuencias no previstas, ya que el desarrollo ‘desde arriba’ contribuyó a la rápida industrialización de Alemania y Japón, intensificando la competencia intercapitalista. La segunda se reflejó en el ámbito trabajo-capital⁵⁷ en Estados Unidos y otras partes del mundo, derivando de ello una crisis de rentabilidad sistémica a finales de los sesenta y principios de los setenta (Arrighi, 2007).

La crisis en la rentabilidad se profundizó en la medida que se agudizaron las disparidades de los niveles de renta entre los países industrializados y los países del Tercer Mundo, que, aunque incrementaron esfuerzos, estos últimos jamás gozaron de los beneficios que prometía la industrialización. Otras de las repercusiones de la revolución de 1968 se reflejaron en serias tensiones geopolíticas para la base política de la hegemonía. Desde que los Estados Unidos

⁵⁷ “...suscitada por la pretensión de alcanzar una situación próxima al pleno empleo y un elevado consumo de masas en todo el mundo occidental” (Arrighi, 2007 [2007]: 164).

incursionó en Vietnam, se enfrentó a un pueblo deseoso de poner fin al dominio colonial y poder erigir su propia estructura estatal, movimiento que sería apoyado alrededor del mundo con la oleada de manifestaciones de 1968, simbolizando la lucha como referente para la resistencia. Los Acuerdos de París (1973)⁵⁸ pusieron fin a casi una década de guerra que representaba el rechazo al *status quo* norteamericano nacido en Yalta, convirtiéndose en la crisis-señal política para el siglo americano. Los efectos de la derrota en Vietnam fueron catárticos para la hegemonía estadounidense: desde crisis en la legitimidad como pacificador del mundo, manifiesto en la limitada gestión de la guerra de Yom Kippur (1973)⁵⁹, que se extendió hasta el plano doméstico, con la dimisión del presidente Nixon (1974) rodeado de escándalos⁶⁰; hasta los cuestionamientos sobre la capacidad de Estados Unidos para ejercer la posición de centro de la economía mundial capitalista (Arrighi, 2007; Wallerstein, 2003; Halliday, 1986; Hobsbawm, 1994).

Del mismo modo que Vietnam fungió como el principal síntoma de debilitamiento hegemónico en el ámbito político-militar, el decenio de 1970 evidenciaría el fin del largo periodo de expansión capitalista y el comienzo de la financiarización para el ciclo estadounidense. En el marco del gran repunte en las economías alemana y japonesa, gracias a sus niveles de reindustrialización, una primera devaluación del dólar en 1969 fue una de las primeras señales de alerta para el sistema económico construido hacia 1944, depreciaciones que se presentaron dos veces más en periodo menor a dos años (Silva, 1976). No obstante, dichas fluctuaciones del dólar, aunadas al aumento de los costos militares por la escalada del conflicto en Vietnam, fueron determinantes para la crisis-señal del debilitamiento hegemónico estadounidense en su base económica: el colapso del régimen monetario patrón oro-dólar en 1971⁶¹, pieza medular del sistema Bretton Woods. Contribuyendo al *shock* financiero, el impacto producido por la guerra de Yom Kippur (1973), orilló a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) a aumentar el precio del petróleo crudo, desatando una crisis energética mundial que

⁵⁸ Acuerdos signados entre los Estados Unidos y Vietnam del Norte, en donde se acuerda que la amada norteamericana se retiraría de territorio indochino (Halliday, 1986).

⁵⁹ Conflicto entre Israel (principal aliado de Estados Unidos en Medio Oriente desde esa época) y Egipto y Siria (apoyadas por la Unión Soviética) (Hobsbawm, 1994; Sanahuja, 1999).

⁶⁰ El 8 de agosto de 1974, Richard Nixon presentaba un discurso a la nación norteamericana anunciando su renuncia al cargo de Presidente. Su dimisión fue polémica por estar relacionada con el 'caso Watergate', uno de los mayores casos de conspiración política en la historia de Estados Unidos (Roura, 08 ago 2024).

⁶¹ En 1971, el presidente Richard Nixon decidió abandonar la convertibilidad del dólar en oro, desapareciendo el patrón del sistema monetario internacional para agosto de ese mismo año, y convirtiendo al dólar en una moneda fiduciaria respaldada únicamente en la confianza en su estabilidad (Comín, 2011: 651-653).

terminaría en el agotamiento de la *época de oro* de Hobsbawm (1994), hacia un estancamiento en la hegemonía de Estados Unidos (Arrighi, 2007; Hobsbawm, 1994; Comín, 2011).

Con la ruptura del régimen de Bretton Woods, la pérdida relativa de competitividad industrial y la creciente centralidad de las finanzas como eje de acumulación, el liderazgo estadounidense comenzó a apoyarse cada vez menos en la capacidad de articular consensos globales, entrando en un periodo que Hobsbawm (1994) denomina de estancamiento. Desde su punto de vista, el periodo se caracteriza por décadas de crisis, y aunque también habría cabida para el desarrollo económico, no sería comparado con el esplendor de la época dorada. Los efectos producidos por la crisis energética de 1973 fueron variados, ya que los países que dependían de la importación de petróleo resultaron gravemente perjudicados en sus respectivas balanzas de pagos; en contraste, los países exportadores experimentaron un crecimiento económico exponencial, incrementando el excedente de capital derivado de la acumulación de los ‘petrodólares’⁶². Diversificando la bonanza, parte de los excedentes se utilizaron para inversión en instituciones bancarias privadas occidentales, especialmente en Estados Unidos, quienes utilizaron la creciente afluencia de capital para promover préstamos agresivos a los países más afectados por las fluctuaciones financieras de principios del decenio. De este modo, la hegemonía estadounidense, lejos de enfocarse completamente en el terreno de la producción, reafirmó su poderío a partir del control financiero (Harvey, 2003; Arrighi, 2010; Wallerstein, 2003).

Lo que parecía ser un signo de recuperación financiera para la hegemonía norteamericana, las ilusiones se vendrían abajo hacia 1978, cuando la progresiva pérdida de confianza desembocó en un periodo crítico que amenazaba la prevalencia del dólar como principal moneda para el flujo financiero y comercial. El final de la década de 1970 estaría marcado por el fin de la distensión, iniciando con lo que Halliday (1986) señala como un segundo periodo de guerra fría, fase que demostraría la fragilidad hegemónica en el terreno financiero y también en el ámbito político. En cuanto a lo financiero, una segunda crisis energética para 1979 desembocaría en una profunda recesión que se extendería hacia principios de los ochenta (Brenner, 1998; Arrighi, 2010). Asimismo, la Revolución Iraní y la intervención soviética en Afganistán harían tambalear el orden mundial trazado en la Conferencia de Yalta (Arrighi, 2010; Wallerstein, 2003). Dicha turbulencia exacerbaría una contradicción más del orden

⁶² Superávit de 80 mil millones de dólares en manos de los países exportadores de petróleo, de ahí la denominación de petrodólares (Arrighi, 2010).

estadounidense en el “segundo mundo”⁶³, ya que las esferas más afectadas por las crisis políticas-financieras comenzaron a ser asimiladas como parte de las dinámicas del Tercer Mundo, iniciando una reconfiguración en la división internacional del trabajo que, progresivamente, terminaría dividiendo al mundo entre un Norte global desarrollado y un Sur global en vías de desarrollo (Hobsbawm, 1994; Crivelli, Martínez y Tello, 2023).

En una fase donde la hegemonía estadounidense priorizaba el capital financiero, producto de la recesión iniciada en 1979, la llegada de los años ochenta del siglo XX fue escenario de una de las mayores transformaciones en la configuración de la economía-mundo capitalista. En el marco de la crisis del dólar, la administración Carter tomó la decisión de poner mayores restricciones a la política monetaria, acción que retomaría Reagan una vez llegado a la Casa Blanca, acompañado de una agenda económica que distaba de los postulados keynesianos. En contra del Estado de Bienestar que Estados Unidos había ejercido desde mediados de siglo, el pensamiento político de Reagan, complementado con la posición de Thatcher, introducirían el neoliberalismo como una contrarrevolución orientada a resarcir los efectos provocados por las crisis de capital en la década pasada. A partir de la contracción de la oferta de dinero y el aumento en las tasas de interés, se fue promoviendo la liberalización de los controles sobre el capital y el mercado hacia el exterior. De esta manera, Estados Unidos se convertía en el epicentro de la reorientación de los flujos de capital, al tiempo que incentivó la movilidad geográfica del capital industrial, lo cual benefició a los centros financieros donde se reubicaron las dinámicas industriales (Arrighi, 2007; 2010; Harvey, 2005; 2010; Brenner, 1998).

Sin embargo, las ilusiones que había vendido el sueño neoliberal de Reagan y Thatcher pronto comenzaron a convertirse en serios problemas de inestabilidad estructural, tanto para la hegemonía estadounidense como para el escenario internacional. La contrarrevolución neoliberal trataba de cumplir con dos funciones: por un lado, limitar el auge económico en países del Primer Mundo, especialmente Japón; y por otro, impulsar el desarrollo económico del Tercer Mundo⁶⁴ (Arrighi, 2010). No obstante, el último propósito resultó convertirse en una contradicción más para el orden estadounidense, pues con las nuevas regulaciones de crédito e

⁶³ La crisis de los setentas repercutió en el segundo mundo, las economías de planificación centralizada, especialmente dentro de las esferas soviéticas, en donde había una clara diferencia entre las más ricas en recursos que atrajeron grandes inversiones, de las zonas que fueron abandonadas a sus posibilidades (Crivelli, Martínez y Tello, 2023: 137-138).

⁶⁴ Para Amin, el neoliberalismo no es solo un conjunto de políticas, sino una forma de dominación que privatiza lo público, desregula el trabajo, subordina las economías periféricas al mercado mundial y vacía la democracia de contenido, provocando desindustrialización, primarización, dependencia tecnológica, desigualdad extrema, precarización laboral y crisis financieras recurrentes (Amin, 2010).

inversión, sumado a las cuantiosas deudas que muchos de estos países tenían con bancos norteamericanos, los pagos de las respectivas deudas alcanzaron niveles exorbitantes. Lo que inició en Polonia como una política interna que trataría de ayudar a solventar parte de la deuda⁶⁵, el incumplimiento por parte del gobierno mexicano para el pago de la deuda en 1982 se convertiría en un efecto *boomerang* que desataría la ‘crisis de la deuda’, donde muchos países de América Latina y el Caribe y África, así como Europa del Este y Central resultaron severamente dañados. Con los desequilibrios financieros que produciría la ‘Década Perdida’, se siguió demostrando que las realidades económicas en el Segundo y Tercer Mundo no distaban mucho una de la otra (Wallerstein, 2003).

A medida que la liberalización del capital y el mercado fueron reorientando los flujos de capital hacia los Estados Unidos, el hegemon comenzó a transformarse en el país más endeudado del mundo, intensificando los alcances de su endeudamiento con la crisis exacerbada en 1982, pues los capitales trataban de escapar del shock financiero en el Segundo y Tercer Mundo regresando al principal polo de atracción de liquidez (Arrighi, 2007). A la par, la relocalización de capital industrial no sólo contribuyó a que la crisis norteamericana se acrecentara en el plano interno, dado que se inició una progresiva desindustrialización en los sectores textil, siderúrgico y tecnológico; sino también al auge del Asia Oriental en la economía-mundo capitalista durante toda la década, representado por el dinamismo de la economía japonesa, pero también por el posicionamiento de los Tigres Asiáticos⁶⁶, seguido del despertar del Sudeste Asiático y la China continental⁶⁷ (Harvey, 2009; Wallerstein, 2003; Lama, 2023). En este escenario financieramente caótico, el Fondo Monetario Internacional, sobreviviente del derrumbe de Bretton Woods en los setentas, actuó como salvador de los bancos de inversión estadounidense a costa de los países deudores; y los Acuerdos del Plaza (1985) contendrían el auge de los mercados asiáticos (nuevamente Japón) para hacer las exportaciones estadounidenses más competitivas (Harvey, 2010; Crivelli, Martínez y Tello, 2023).

En sintonía con la reconfiguración del poderío norteamericano en el ámbito económico, la *Pax Americana* también presentó cuestionamientos en la legitimidad del orden político-ideológico hacia finales de la década de 1980. Si bien la contrarrevolución neoliberal tuvo efectos

⁶⁵ En 1980, el gobierno polaco intentó hacer frente a sus problemas de deuda a través de su clase obrera, enfrentando una gran resistencia con el surgimiento del sindicato Solidaridad (*Solidarność*) (Wallerstein, 2005 [2003]: 56).

⁶⁶ Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán, Singapur (Lama, 2023).

⁶⁷ Desde la escisión sino-soviética en la década de 1960, los Estados Unidos comenzarán a interactuar con China para volverlo parte del ajedrez geopolítico bajo tutelaje estadounidense (Kissinger, 1994; Crivelli, Martínez y Tello, 2023).

positivos para algunas regiones, como en el Asia Oriental, países que terminaron siendo importantes acreedores financieros para los Estados Unidos, la vasta masa del Tercer Mundo tuvo que hacer frente a un orden económico que pregonaba la desigualdad estructural. Con el Consenso de Washington⁶⁸ se legitimó una ortodoxia que lejos de representar un verdadero consenso mundial, solo abogaría por la estabilidad del mundo occidental (Arrighi, 2010; Amin, 2003; Harvey, 2010). Del mismo modo que la crisis de los ochenta desestabilizó el equilibrio en el bloque americano, igualmente lo hizo en el mundo comunista, donde a pesar de instaurar reformas en el sistema político y económico, ni el *glasnost* ni la *perestroika* de Gorbachov serían suficientes para mantener a flote el orden mundial pactado hacia 1945. La deshonrosa salida de las tropas soviéticas de tierras afganas en 1989⁶⁹ anunciaba la erosión del espíritu de Yalta, hito simbólicamente anunciado en Berlín para finales de ese año, y contundentemente demostrado con la desintegración de las repúblicas soviéticas para principios de los años noventa (Wallerstein, 2003; Hobsbawm, 1994).

El fin de la Guerra Fría parecía consagrar a los Estados Unidos como la única superpotencia, inaugurando una forma históricamente particular de hegemonía, basada menos en la coerción directa que en la capacidad de “encapsular” su poder dentro de un orden internacional liberal, institucionalizado y normativo. A diferencia de los imperios clásicos, los Estados Unidos habían utilizado su supremacía material, militar, económica y tecnológica, para construir y reforzar un entramado de instituciones, reglas y alianzas (como la OTAN, el sistema de Bretton Woods y el multilateralismo liberal) que limitaban voluntariamente su margen de acción, generaban previsibilidad y otorgaban legitimidad a su liderazgo ante aliados y socios (Ikenberry, 2001). Este “orden liberal hegemónico” permitiría a Washington convertir la victoria en la Guerra Fría en una estructura duradera, reduciendo los incentivos al balanceamiento por parte de otras potencias y transformando el poder unipolar en autoridad aceptada (Ikenberry, 2009). Sin embargo, esta condición excepcional contenía tensiones internas, pues la expansión del orden liberal dependía tanto del compromiso estadounidense con las reglas que había creado como de su disposición a ejercer autocontención⁷⁰ (Keohane, 1984).

⁶⁸ Término acuñado por el economista John Williams en 1989 refiriéndose a las diez medidas neoliberales impulsadas por el BM, FMI, BID, como fórmula para el crecimiento económico, el control de precios, entre otras (Montes, 30 dic 2020).

⁶⁹ Conflicto que será considerado como el ‘Vietnam’ para los soviéticos.

⁷⁰ De ahí que Joseph Nye dejara en claro que, luego de la Guerra Fría, el desafío para los Estados Unidos no era preservar su primacía por la fuerza, sino sostener la legitimidad del orden frente a la difusión del poder suave (*Soft Power*) e inteligente (*Smart Power*) para contrarrestar el ascenso de otras potencias (Nye, 2004).

Asimismo, Henry Kissinger se mantenía pragmático ante el “nuevo orden mundial” posterior a la Guerra Fría, pues la globalización y el uso desmedido del poder militar de los Estados Unidos estaban erosionando la capacidad estadounidense de imponer unilateralmente un orden, vaciando de contenido la idea de seguridad colectiva y debilitando la postura moralista del liberalismo *wilsoniano* (Kissinger, 1994). El mismo cuestionamiento sería abordado por John J. Mearsheimer, quien arguye que la unipolaridad estadounidense era una anomalía transitoria y que el ascenso de nuevas potencias, en particular China, pero también la reemergencia de Rusia conduciría necesariamente a dinámicas de competencia estratégica, balanceo y rivalidad geopolítica, independientemente de la densidad institucional o de la interdependencia económica promovidas por el orden liberal⁷¹. Por tanto, la estructura anárquica del sistema internacional empujaría, tarde o temprano, a un potencial conflicto entre grandes potencias deseosas de maximizar su poder relativo (Mearsheimer, 2001).

En contraste, Francis Fukuyama interpretaba el colapso soviético como el “fin de la historia”, entendido como la culminación de la lucha hegeliana por el reconocimiento, en la medida en que el liberalismo democrático habría eliminado toda alternativa normativa universal viable, desplazando los conflictos hacia la gestión técnica, la gobernanza económica y tensiones locales sin cuestionar el orden liberal global, y legitimando así una etapa de hegemonía occidental (Fukuyama, 1992), particularmente estadounidense. Frente a este optimismo, Kissinger reconocía los límites históricos del proyecto liberal, señalando que la estabilidad europea dependería del vínculo atlántico, con la OTAN como garante de seguridad, y marcos cooperativos diferenciados para Rusia, mientras que en Asia se impone una lógica de equilibrio clásico con Estados Unidos como garante externo y relaciones pragmáticas con China y Japón (Kissinger, 1994). No obstante, desde una visión más pesimista, Samuel Huntington sostiene que el fin de la Guerra Fría inaugura un escenario de fragmentación cultural profunda, señalando que las principales líneas de conflicto se organizarían por el choque de civilizaciones. En un contexto multipolar e interdependiente, la globalización no diluye las diferencias, sino que las intensifica, convirtiendo a las civilizaciones occidental, confuciana, islámica, ortodoxa, hindú, latinoamericana, entre otras, en los actores estructurantes de la política mundial (Huntington, 1996).

⁷¹ A diferencia de las visiones liberales, Mearsheimer (2001) subraya que las instituciones no pueden neutralizar los incentivos estructurales de la anarquía ni eliminar el dilema de seguridad, por lo que la expansión de alianzas, la ampliación de zonas de influencia y la búsqueda de hegemonías regionales no son desviaciones del orden, sino comportamientos racionales y previsibles, lo que hace del conflicto entre grandes potencias no una contingencia excepcional, sino una posibilidad siempre latente inscrita en la lógica misma del sistema internacional.

Sin embargo, Arrighi y Silver (1999) desplazan la discusión hacia una lectura histórico-sistémica del capitalismo mundial, en la que el fin de la Guerra Fría no marca ni el triunfo del liberalismo, ni la clausura de la historia ni un simple reordenamiento identitario, sino la entrada en una fase de caos sistémico asociada a la crisis de un ciclo hegemónico de larga duración (Arrighi y Silver, 1999). Siguiendo a Lo Brutto y Crivelli (2024b), la clave analítica no reside en la sustitución mecánica de un centro por otro, sino en la interacción entre cuatro controversias estructurales identificadas por Arrighi y Silver: (i) la reconfiguración geográfica del poder (con un desplazamiento relativo hacia Asia oriental); (ii) la relación cambiante entre Estados y capital transnacional; (iii) la capacidad de los grupos subordinados para intervenir en la transición; y (iv) el equilibrio civilizatorio que legitima los nuevos arreglos de poder (Arrighi y Silver, 1999). En este marco, el “caos” no es una anomalía, sino una fase recurrente de las transiciones hegemónicas, en la que la ausencia de un liderazgo estabilizador convive con conflictos distributivos, realineamientos regionales y luchas sociales que condicionan la forma más, progresiva o regresiva, del orden emergente (Gramsci, *trad.* 1975). De este modo, se cuestiona la idea de una hegemonía liberal-occidental centrada en los Estados Unidos⁷²⁷³.

Partiendo de esa perspectiva, así como el siglo XX fue inaugurado con el auge de la economía estadounidense, el advenimiento del siglo XXI estaría marcado por el gran dinamismo que representaba el Asia Oriental en la economía-mundo capitalista. Con el fin de la Guerra Fría, la región asiática aprovecharía el escenario post-Yalta para consolidar el crecimiento económico que venía presentando desde los años setenta-ochenta. Cuando Hussein retó la ‘unipolaridad’ de Estados Unidos al invadir Kuwait, el continente asiático, en especial el Sudeste, se vio beneficiado por el precio del petróleo y de la exportación de manufacturas. Sin embargo, la caída del baht tailandés en 1997 desencadenaría una crisis económica que afectó a la región, en especial aquellos países que dependían mayoritariamente del dólar. No obstante, habría Estados cuyas economías no del todo atadas con la estabilidad del sistema financiero global, como Corea del Sur y China⁷⁴, que utilizarían la crisis para catapultar su economía en

⁷² En la misma línea, Samir Amin decía que el liberalismo contemporáneo se comportaba como un virus sistémico que, lejos de resolver las tensiones del capitalismo global, las profundiza al reorganizar Estados, economías y subjetividades en función de la acumulación del capital transnacional (Amin, 2010).

⁷³ Noam Chomsky pensaba que el intento estadounidense por mantener su hegemonía mundial está poniendo en riesgo a la mayor parte del planeta (Chomsky, 2004).

⁷⁴ La incorporación de China a las dinámicas mundiales fue paulatina pero decisiva. Desde el establecimiento de relaciones bilaterales con Estados Unidos en 1979, pronto comenzaría a ser añadido al orden institucional internacional, como en el Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial (1983), y para 1986 iniciaría el proceso de adhesión al GATT (posteriormente Organización Mundial del Comercio) (Narodowski, 2019).

el escenario internacional, de cara al nuevo milenio (Wallerstein, 2003; Crivelli, Martínez y Tello, 2023; Dabat y Hernández, 2022).

A pesar de que la unipolaridad de la hegemonía estadounidense era debatida en el ámbito académico, el argumento, en la práctica, era aceptado en la medida en que no había una clara competencia interestatal por el liderazgo del sistema mundial. Empero, el año 2001 marcaría un punto de inflexión para desestimar la idea del mundo unipolar. Con la entrada de China a la OMC, sería la pauta necesaria para la transición del ‘dragón asiático’ de *rule-player* hacia, paulatina y eventualmente, *rule-maker*, en especial por su estrategia de multilateralismo, apoyando al desarrollo y crecimiento de los países del Sur mediante esfuerzos de cooperación (Clegg, 2009; Domínguez, 2023). Asimismo, el crecimiento de la economía china, sumado al despunte que presentaron Brasil, India y Rusia tras el periodo de crisis financiera, sería el argumento que Jim O’Neill utilizaría para acuñar el término BRICs, refiriéndose a las economías emergentes más importantes, augurando que el bloque provocaría serias reconfiguraciones al orden económico estadounidense, sentando el precedente para lo que Samir Amin vislumbraba como un mundo multipolar (Stuenkel, 2020; Amin 2005).

En contraste a este nuevo panorama político-económico, el 2001 sería pieza clave para fracturar la ilusión unipolar en el plano militar-ideológico. Cuando el ‘choque de civilizaciones’ de Huntington parecía materializarse con los atentados terroristas del 11 de septiembre, Wallerstein (2003) señala que se evidenciaron varias realidades para la hegemonía estadounidense: (i) los límites de la capacidad militar norteamericana, (ii) el profundo sentimiento antiestadounidense, (iii) los rezagos económicos arrastrados desde la década de 1999, (iv) el problema del nacionalismo estadounidense, y (v) las contradicciones del sistema mundial estructurado bajo la premisa del ‘mundo libre’ (Wallerstein, 2003; Huntington, 1996). Partiendo del sentimiento anti-Estados Unidos, la administración Bush recurrió a la respuesta militar dirigida a Medio Oriente, apoyado por el nacionalismo del pueblo americano, a favor de emprender una Guerra en contra de Terrorismo, materializando al enemigo no únicamente en un Estado, sino en todos aquellos que ‘refugien’ a las ‘fuerzas del mal terrorista’. Prueba de ello son las intervenciones propinadas por fuerzas estadounidenses en Afganistán (2001) e Irak (2003), que con la justificación de ‘llevar paz, libertad y democracia’, legitimaría el control de los recursos naturales (Hobsbawm, 2006).

Tal como argumenta Wallerstein (2003), la respuesta estadounidense a los atentados propiciados por Al-Qaeda exacerbó las dificultades que la economía norteamericana arrastraba

desde finales del siglo XX. La supuesta estabilidad conseguida en los años noventa resultó ser una burbuja que, al reventarse, desembocó en la primera crisis económica del nuevo milenio hacia 2008. Lo que empezó como un desequilibrio en el mercado inmobiliario para finales de 2007, se convirtió en una crisis debido al exceso de crédito y la poca regulación bancaria, propiciando la agitación del orden mundial (Instituto Tricontinental de Investigación Social [ITIS], 2024), y, bajo la visión de Giovanni Arrighi, en la crisis-terminal para el ciclo de acumulación estadounidense (Arrighi, 2007). A pesar de que los efectos de la crisis de 2008 se hicieron presentes en todo el mundo, en algunos países la depresión duró menos tiempo que en los países centrales, sobre todo en China y los mercados emergentes del BRICs, quienes, aprovechando la debilidad del sistema financiero global, institucionalizaron para 2009 un bloque financiero y político antitético al unipolarismo estadounidense: BRICS⁷⁵ (Hiro, 2010; Narodowski, 2019; Garzón, 2024).

A partir de tales acontecimientos, los países que conforman el Sur Global tendrían una oportunidad, en más de 500 años de existencia del moderno sistema mundial, de formar parte de las lógicas de acumulación, pero no como una periferia encadenada a la explotación y el subdesarrollo, sino como verdaderos polos que promuevan la acumulación. El escenario de la primera década del nuevo milenio sería el principio de un mundo que no se conformaría con alcanzar la multipolaridad, sino que, motivado por el actuar del Sur, ampliaría sus horizontes para una reconfiguración sistémica que permitiese la multiplicidad de centros políticos y económicos. De esta manera, el panorama actual del siglo XXI vislumbra una transformación sistémica que sitúa explícitamente el declive de los Estados Unidos como centro de gravedad de la economía-mundo capitalista y como Estado hegemón del sistema-mundo contemporáneo frente al nacimiento de un sistema mundial de carácter policéntrico.

⁷⁵ Bloque conformado por Brasil, Rusia, India, China; Sudáfrica se adherirá un año más tarde (Garzón, 2024).

CAPÍTULO III

EL SUR GLOBAL EN TIEMPOS DE REESTRUCTURACIÓN SISTÉMICA

La reestructuración del sistema-mundo en el siglo XXI ha reconfigurado de manera profunda la cartografía del poder mundial, erosionando la centralidad tradicional de Estados Unidos y habilitando la emergencia de nuevos polos de dinamismo en China y otras potencias emergentes del Sur global. Este proceso viene acompañado por una transformación epistémica y política que no sólo redefine los circuitos de acumulación a escala mundial, sino las arquitecturas institucionales y las narrativas de legitimación del capitalismo histórico. China como actor estratégico y catalizador de estas dinámicas de redistribución del poder global, articulando redes de infraestructura, financiamiento, comercio y cooperación que desbordan las coordenadas clásicas de la hegemonía occidental. De ahí que surja la hipótesis de un mundo cada vez más policéntrico como resultado de una reconfiguración sistémica en la que múltiples regiones antes subordinadas intensifican su capacidad de agencia.

En este panorama se observa el desplazamiento de las dinámicas globales hacia el Sur global con la revitalización de proyectos políticos, económicos y civilizatorios que buscan cuestionar las jerarquías tradicionales del capitalismo histórico. América Latina y el Caribe, por ejemplo, empieza a ensayar nuevos esquemas de integración y autonomía relativa; África experimenta procesos de reconstrucción institucional acompañados flujos de inversión y cooperación; y Asia, despliega un acelerado proceso de innovación tecnológica, expansión productiva y liderazgo normativo. Estas dinámicas, heterogéneas y a veces contradictorias, coinciden con la erosión de la capacidad estadounidense para ordenar el sistema global, regular la interdependencia y definir agendas multilaterales.

Por tanto, el objetivo de este capítulo es analizar las dinámicas regionales en América Latina y el Caribe, África y Asia que convergen en la construcción de un sistema-mundo policéntrico, en el marco del descentramiento de Estados Unidos y el recentramiento estratégico en ciertos polos emergentes del Sur global, bajo el eje articulador de China. Para ello, el capítulo se estructura en tres partes. En el primer apartado, se examina el “despertar latinoamericano” como tentativa de reorganización posthegemónica. En la segunda parte, se aborda el “renacimiento africano” como espacio de afirmación geopolítica y económica. La tercera sección da cuenta del crucial ascenso de Asia, comprendiendo el desarrollo de un mundo cada vez más policéntrico y la reconfiguración de la globalización en el siglo XXI.

3.1. En el despertar latinoamericano

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y durante la Guerra Fría, la hegemonía de los Estados Unidos fue incorporando a América Latina y el Caribe mediante un esquema de seguridad hemisférica, cuyo propósito central era contener la expansión de proyectos políticos de izquierda y garantizar el control y la estabilidad de intereses estratégicos y económicos. Si bien Estados Unidos ya había desplegado diversas estrategias expansionistas e intervencionistas para reafirmar su influencia en la región, como la *Doctrina Monroe* y el *Destino Manifesto*, Marcos Roitman señala que, con la consolidación de la hegemonía mundial, la nación norteamericana halló en la Doctrina de Seguridad Nacional una oportunidad para redefinir la región como un nodo prioritario de control geopolítico⁷⁶. Bajo esta lógica, la soberanía de los Estados latinoamericanos quedó subordinada a una arquitectura de seguridad externa, convirtiendo a la región en un laboratorio de contrainsurgencia y control político (Borón, 2025; Roitman, 2019).

Con el establecimiento de la Escuela de las Américas en Panamá (1946) como centro de capacitación profesional para militares latinoamericanos, seguido del Tratado Interamericano de Defensa Recíproca (1947), señalaba el interés de los Estados Unidos por securitizar su presencia en la región en el marco de la Guerra Fría, orden que quedaría legitimado políticamente con la institucionalización de la Organización de los Estados Americanos (OEA) (1948). Asimismo, la intervención estadounidense en América Latina no quedó limitada en acuerdos formales de cooperación, sino que implementó mecanismos sistemáticos-represivos de desestabilización política. Lo que comenzó con la caída del presidente guatemalteco Jacobo Árbenz hacia 1954, se convertiría en una oleada de Golpes de Estado y, en muchos casos, de subsecuentes dictaduras militares que se extendería por casi todos los países de la región a lo largo de la segunda mitad del siglo XX⁷⁷, siendo parte de una estrategia destinada a neutralizar gobiernos y movimientos percibidos como amenazas ideológicas, y consolidar élites locales alineadas con Washington (Roitman, 2019; Crivelli, 2021; Monjaraz y Schiavon, 2019).

⁷⁶ La adopción de la doctrina de seguridad nacional implicó una profunda militarización de la vida política interna de los países latinoamericanos. Las fuerzas armadas asumieron funciones que excedían la defensa externa, incluyendo la vigilancia de la población civil, la represión de la oposición política y el control de la conflictividad social. Este modelo produjo Estados con alta capacidad coercitiva, pero con baja legitimidad democrática, debilitando las instituciones civiles y reforzando una dependencia estructural de Estados Unidos en materia de seguridad, inteligencia y doctrina militar.

⁷⁷ Algunos Golpes de Estado latinoamericanos: Argentina (1966 y 1976), Brasil (1964), Chile (1973), Perú (1968), Uruguay (1973). México sería el único país de América Latina que no sufriría ningún golpe de Estado durante el despliegue de la doctrina de seguridad nacional (Crivelli, 2021; Monjaraz y Schiavon, 2019).

Un elemento central de este proceso fue la construcción de redes militares y de inteligencia transnacionales, como la Operación Cóndor, que coordinó la represión durante la década de 1970 mediante torturas y asesinatos en Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay, Brasil, Ecuador y Perú (Monter, 25 jun 2025). El entrenamiento militar en técnicas de contrainsurgencia⁷⁸, guerra psicológica y operaciones clandestinas fortalecieron a las élites locales, pero también consolidó una relación de dependencia tecnológica y estratégica respecto a Estados Unidos. Empero, las consecuencias sociales y políticas de la norteamericanización de la seguridad fueron profundas y duraderas. La represión sistemática, las violaciones de derechos humanos y las desapariciones forzadas fragmentaron el tejido social, debilitaron partidos políticos y sindicatos, y criminalizaron la protesta social. En conjunto, la estrategia represiva de los Estados Unidos profundizó la subordinación de América Latina en el orden geopolítico hemisférico (Victoriano, 2010; Roitman, 2019).

No obstante, desde el último cuarto del siglo XX, el sistema-mundo ha transitado por una fase crítica de recomposición estructural, caracterizada por la progresiva erosión del ciclo hegemónico estadounidense, producto de contradicciones sistémicas que tensionan los límites entre orden y caos (Arrighi y Silver, 1999). Esta transición, lejos de ser lineal o pacífica, ha dado lugar a una reconfiguración de las relaciones centro-periferia marcada por una creciente inestabilidad estructural. Desde finales de la década de 1970 y principios de los años ochenta, la región atravesó una profunda transformación económica marcada primero por la exacerbación mexicana de la crisis de la deuda en 1982, recesión mundial que subsumió a la región a diez años sin crecimiento económico (Monjaraz y Schiavon, 2019); seguido de una reforma estructural con el neoliberalismo y el neodesarrollismo, guiados por los puntos establecidos en el Consenso de Washington (1989), en la que la globalización promovió apertura y liberalización, pero también profundizó la desigualdad, la desindustrialización y la vulnerabilidad externa (Calderon y Castells, 2019).

Tras la caída de la Unión Soviética en 1991, las lógicas de intervención y dependencia en América Latina no desaparecieron, sino que se reconfiguraron bajo nuevas narrativas de amenaza, en las que el narcotráfico y el terrorismo transnacional sustituyeron al comunismo como ejes justificadores de la presión militar y policial impulsada por Estados Unidos, manteniendo esquemas de control y alineamiento estratégico. La pérdida de competitividad

⁷⁸ Se estima que Estados Unidos, apoyado por el reclutamiento y adoctrinamiento de la Escuela de las Américas, llegó a entrenar a poco más de 120 mil cadetes latinoamericanos en el periodo 1950-1998 (Merino, 17 nov 2019).

relativa de Estados Unidos ante la emergencia del Asia Oriental, manifiesta en sus déficits comerciales y fiscales persistentes (Aglietta, 1987), así como en una progresiva desindustrialización y la recurrencia de crisis económicas latinoamericanas, como México (1994) y Brasil (1998), han impulsado a Washington a recurrir, con carácter creciente, a mecanismos extraeconómicos de dominación, incluyendo la proyección militar, la hegemonía financiera y la manipulación de arquitecturas institucionales globales (Chomsky, 2004). En este contexto, la región de América Latina y el Caribe se ha convertido en campo estratégico que ha despertado una disputa entre lógicas hegemónicas en pugna, donde se conjugan dinámicas de subordinación, resistencia y reordenamiento geopolítico.

La respuesta estadounidense a su declive relativo en la región ha adoptado formas tanto coercitivas como institucionales, articuladas en torno a una estrategia dual que combina la expansión de acuerdos de libre comercio con la securitización de la agenda política y económica. Tal como se ilustra en la Tabla 7, instrumentos como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el fallido Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), así como políticas de seguridad exterior como el Plan Colombia o la Ley Helms-Burton, se inscriben en una tradición histórica de dominación panamericana que hunde sus raíces en la Doctrina Monroe y se reproduce en la arquitectura institucional de la Organización de los Estados Americanos (OEA) (Merino y Giammarino, 2019; Buzan y Wæver, 2003; Lo Brutto y Crivelli, 2024b). Estas políticas, lejos de promover un desarrollo autónomo, han consolidado una matriz de dependencia estructural que subordina los sistemas productivos y financieros regionales a los intereses del capital estadounidense, reforzando la dolarización funcional de las economías y limitando los márgenes de soberanía económica.

Cuadro 7. Acuerdos comerciales y de seguridad de América Latina y el Caribe con los Estados Unidos

País/Región	Acuerdos comerciales	Acuerdos en seguridad
América Latina	Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Propuesto en 1994; fallido en 2005	Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca 1947
Centroamérica	Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana, Centroamérica y Estados Unidos (DR-CAFTA) (2006) Tratado de Libre Comercio entre Panamá y Estados Unidos (2012) Creación de un Marco para un Acuerdo de Comercio Recíproco El Salvador-Estados Unidos (2025)	Iniciativa regional de Seguridad para América Central (CARSI) (2008). Acuerdo SAFE (Fuerza de Tarea para la Alianza de Seguridad Policial contra Fugitivos) entre Guatemala y Estados Unidos (2025)

Sudamérica	Acuerdos de Libre Comercio con Chile (2004), Perú (2009). Marco para un Acuerdo de Comercio Recíproco con Bolivia (2011), Brasil (2011), Uruguay (2017), Argentina (2025)	Iniciativa Andina Antidrogas (ACI) (2001)
Caribe	Iniciativa de la Cuenca del Caribe (CBI) (1983) Ley de Asociación Comercial de la Cuenca del Caribe (CBTPA) (2000)	Caribbean Basin Security Initiative (2010)
México	Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (1994); Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (2020)	Iniciativa Mérida (2008)
Colombia	Acuerdo de Promoción Comercial (APC) (2012).	Plan Colombia (1999)
Cuba	-	Ley Torrichelli (1992) y Ley Helms-Burton (1996)

Fuente: Elaboración propia.

Sin embargo, la profunda crisis del modelo neoliberal hacia fines del siglo XX y principios del XXI, catalizada por los efectos devastadores de las políticas de ajuste estructural, abrió el espacio para la emergencia de una ola de gobiernos progresistas que propusieron una alternativa de ‘desconexión’, orientada hacia un regionalismo posthegemónico (Riggirozzi y Tussie, 2012; Amin, 1985; Lo Brutto y Crivelli, 2024a). Inspirados en una lógica de autonomía, solidaridad y cooperación Sur-Sur reforzada, estos gobiernos impulsaron el progreso regional a partir de mecanismos regionalistas posneoliberales, virando hacia la construcción de un proyecto que no sólo potenciara a América Latina y el Caribe en la toma de decisiones en el ámbito político, sino que también incluyera un plan económico endógeno que permitiera el ‘despertar’ de la región como un nodo geopolítico, geoeconómico y geoestratégico, en un escenario de reprimarización económica (Lo Brutto y Spataro, 2016). Estos procesos de integración regional posthegemónicos, comenzaron a convivir con otros ya existentes, como se puede ver en la siguiente tabla, haciendo que la región fuera más compleja y diversificada.

Cuadro 8. Principales procesos de integración regional en América Latina y el Caribe

Año	Organización	Región	Objetivo central
1960	ALALC	América Latina	Zona de libre comercio regional
1969	Pacto Andino / CAN	Región Andina	Integración económica subregional
1973	CARICOM	Caribe	Mercado común y coordinación política
1980	ALADI	América Latina	Integración económica flexible
1991	MERCOSUR	Cono Sur	Mercado común y coordinación política
2004	ALBA-TCP	América Latina	Integración política y cooperación solidaria
2008	UNASUR	América del Sur	Integración política y de defensa

2010	CELAC	América Latina y Caribe	Concertación política sin EE. UU.
2012	Alianza del Pacífico	Costa pacífica	Libre comercio y proyección Asia-Pacífico

Fuente: Elaboración propia.

En la tabla se observa que la integración regional latinoamericana ha evolucionado desde un regionalismo económico desarrollista, impulsado por la lógica de sustitución de importaciones y el pensamiento estructuralista de la CEPAL, hacia un regionalismo políticamente heterogéneo y crecientemente fragmentado, atravesado por tensiones ideológicas y cambios en los modelos de inserción internacional. Mientras iniciativas como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) buscaron ampliar los mercados internos y reducir la dependencia externa, los procesos posteriores, como la revitalización del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la creación de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América–Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) representaron intentos concretos de desplazar la lógica mercantilista estadounidense y sustituirla por un régimen de integración basado en la complementariedad económica, la soberanía energética y la no intervención. El rechazo colectivo al ALCA en la Cumbre de las Américas celebrada en Mar del Plata en 2005 constituyó, en este sentido, un punto de inflexión simbólico y político que evidenció el declive, al menos temporal, de la capacidad hegemónica de Estados Unidos en la región (Sanahuja, 2008; Riggirozzi y Tussie, 2012; Borón, 2014).

En particular, los gobiernos de corte progresista que accedieron al poder en diversos países de la región durante la primera década del siglo XXI lograron articular, una agenda regional posthegemónica que revalorizó el papel del Estado, promovió la cooperación política y social, y buscó ampliar los márgenes de autonomía frente a Estados Unidos y a las instituciones financieras internacionales (Riggirozzi y Tussie, 2012). Este ciclo progresista permitió la creación y fortalecimiento de mecanismos regionales con un fuerte componente político y simbólico, como UNASUR y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), y favoreció una mayor coordinación en ámbitos como la defensa, la infraestructura y la inclusión social (Borón, 2014). En la siguiente tabla se observan los gobiernos de orientación progresista en la región.

Cuadro 9. Gobiernos progresistas en América Latina (1999–2025)

País	Presidente / Gobierno	Periodo	Observaciones
Venezuela	Hugo Chávez	1999–2013	Inicio de la llamada “marea rosa”; socialismo del siglo XXI.
	Nicolás Maduro	2013–2025*	Continuidad del chavismo.
Brasil	Luiz Inácio Lula da Silva	2003–2011	Consolidación del PT y políticas redistributivas.
	Dilma Rousseff	2011–2016	Continuidad del proyecto petista.
	Luiz Inácio Lula da Silva	2023–2025*	Retorno del progresismo tras Bolsonaro.
Argentina	Néstor Kirchner	2003–2007	Reconstrucción estatal y giro posneoliberal.
	Cristina Fernández de Kirchner	2007–2015	Profundización del kirchnerismo.
	Alberto Fernández	2019–2023	Peronismo de centro-izquierda.
Uruguay	Tabaré Vázquez	2005–2010/ 2015–2020	Frente Amplio.
	José Mujica	2010–2015	Agenda social progresista.
	Yamandú Orsi	2025–2025*	Retorno del Frente Amplio.
Bolivia	Evo Morales	2006–2019	Estado plurinacional; MAS.
	Luis Arce	2020–2025*	Continuidad del MAS.
Ecuador	Rafael Correa	2007–2017	Progresismo, reforma constitucional.
Chile	Ricardo Lagos	2000–2006	Centro-izquierda (Concertación).
	Michelle Bachelet	2006–2010/ 2014–2018	Reformismo social.
	Gabriel Boric	2022–2025*	Nueva izquierda progresista.
Honduras	Xiomara Castro	2022–2025*	Primera presidenta de izquierda.
Colombia	Gustavo Petro	2022–2025*	Primer gobierno de izquierda.
México	Andrés Manuel López Obrador	2018–2024	Proyecto de transformación estatal.
	Claudia Sheinbaum	2024–2025*	Continuidad de Morena.
Perú	Pedro Castillo	2021–2022	Gobierno breve e inestable.
El Salvador	Mauricio Funes	2009–2014	FMLN.
	Salvador Sánchez Cerén	2014–2019	Continuidad del FMLN.
Paraguay	Fernando Lugo	2008–2012	Progresismo moderado.
Guatemala	Bernardo Arévalo	2024–2025*	Centro-izquierda democrática.

* Periodos en curso (a 2025).

Fuente: Elaboración propia

Paradójicamente, la pluralidad de proyectos de integración regional, lejos de consolidar un espacio regional coherente, ha reproducido una integración discontinua, altamente dependiente de los ciclos políticos nacionales, y aunado a la ausencia de una institucionalidad supranacional robusta, ha obstaculizado la construcción de una estrategia regional común frente a las transformaciones del orden global (Crivelli y Lo Brutto, 2024a). Al tiempo, los estragos producidos por la crisis asiática de 1997, y los que se producirán con la crisis global de 2008, evidenciaron las vulnerabilidades estructurales del sistema financiero estadounidense, abriendo la puerta a la expansión de economías emergentes en América Latina y el Caribe, como China.

Según Francisco Urdinez, la incursión de Pekín a los territorios latinoamericanos fue producto de una de las tantas contradicciones del hegemon norteamericano: mientras Washington reorientaba sus esfuerzos para sostener la Guerra contra el Terrorismo tras el 11 de septiembre de 2001, los flujos económicos destinados a la región fueron disminuyendo, hecho que China aprovecharía para posicionarse en la actualidad como un fuerte socio comercial y financiero clave (Urdinez, 2025).

Desde entonces, la estrategia china en la región se ha caracterizado por una diplomacia pragmática y no confrontacional, centrada en el respeto formal a la soberanía estatal y en la promoción de una cooperación Sur-Sur ampliada. Siguiendo las métricas de los Libros Blancos (2008 y 2016) sobre cooperación con la región, aunado a su plan de cooperación 1+3+6⁷⁹, todo ello en el marco del establecimiento del Foro China-CELAC en 2015, Pekín ha proyectado una visión alternativa de la globalización: menos normativa, menos intervencionista y más enfocada en la interdependencia económica y la conectividad material (Katz, 2025; Cabrera, Crivelli y Lo Brutto, 2025; Huanyi, 31 jul 2025). A través de iniciativas, como la invitación del presidente Xi Jinping al Foro China-CELAC, durante la II Cumbre realizada en 2018, a sumarse a la Iniciativa de la Franja y la Ruta (*Belt and Road Initiative*, BRI)⁸⁰ y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII)⁸¹, el ‘dragón’ asiático ha ido desplazando lo que algunos autores denominan “globalización con características chinas” (Vadell, 2023), la no busca desplazar abiertamente a Estados Unidos, sino erosionar su monopolio normativo e institucional en la región, creando espacios de maniobra para los gobiernos latinoamericanos en un mundo cada vez más multipolar.

Ante este nuevo escenario, Estados Unidos adoptó una estrategia multifacética que integró, de manera simultánea, incentivos económicos, presión diplomática y herramientas coercitivas de naturaleza política y financiera. En este marco, la utilización de sanciones económicas, la judicialización de la política, frecuentemente descrita como *lawfare*, y la promoción de “golpes

⁷⁹ “La estrategia “1+3+6” consta de “1” plan (Cooperación China -ALC); “3” motores (cooperación comercial, de inversiones y financiera); y “6” áreas prioritarias (energía y recursos, construcción de infraestructura, agricultura, manufactura, innovación científica y tecnológica, y tecnologías de la información)” (*trad.* Huanyi, 31 jul 2025)

⁸⁰ Para 2025, son 22 países latinoamericanos que hacen parte de la *Belt and Road Initiative* BRI: Uruguay, Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, Bolivia, Guyana, Surinam, Dominica, Costa Rica, Granada, Venezuela, El Salvador, Chile, Ecuador (2018); Barbados, Jamaica, Perú, Cuba, República Dominicana (2019); Nicaragua y Argentina (2022); Honduras (2023); y Colombia (2025). Panamá hacía parte desde 2017 hasta febrero de 2025 (Nedopil, 2025).

⁸¹ Estados de América Latina y el Caribe miembros del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII): Ecuador (2019); Brasil y Uruguay (2020); Argentina y Chile (2021); Perú (2022); El Salvador y Colombia (2025) (*Asian Infrastructure Investment Bank* [AIIB], 20 nov 2025; 2026).

blandos” se han erigido como tácticas recurrentes para neutralizar gobiernos considerados no alineados (Roitman, 2019). Asimismo, el poderío norteamericano ha promovido el posicionamiento y reposicionamiento de una serie de gobiernos de derecha alineados a los Estados Unidos. En este contexto, varios gobiernos de derecha latinoamericana han optado por reafirmar esquemas de alineamiento atlántico, priorizando acuerdos de libre comercio, cooperación en seguridad y marcos regulatorios compatibles con los intereses estadounidenses, lo que ha limitado los márgenes de maniobra para una inserción más autónoma frente a China (Lo Brutto y Crivelli, 2024a). En el siguiente cuadro se muestran los principales gobiernos de derecha en la región desde comienzos del siglo XXI.

Cuadro 10. Gobiernos de derecha en América Latina (1999–2025)

País	Presidente / Gobierno	Periodo	Observaciones
México	Vicente Fox	2000–2006	Alternancia política; derecha liberal (PAN).
	Felipe Calderón	2006–2012	Seguridad militarizada; PAN.
Colombia	Andrés Pastrana	1998–2002	Apertura económica y alineamiento con EE. UU.
	Álvaro Uribe	2002–2010	Derecha securitaria; Estado fuerte y contra insurgencia.
	Iván Duque	2018–2022	Continuidad uribista.
Chile	Sebastián Piñera	2010–2014 / 2018–2022	Derecha liberal-empresarial.
Argentina	Mauricio Macri	2015–2019	Derecha liberal; retorno del programa pro-mercado.
Brasil	Michel Temer	2016–2018	Gobierno de transición con agenda neoliberal.
	Jair Bolsonaro	2019–2022	Derecha radical, conservadurismo y militarismo.
Perú	Alberto Fujimori	1990–2000	Autoritarismo competitivo; neoliberalismo.
	Alejandro Toledo	2001–2006	Centroderecha liberal.
	Alan García	2006–2011	Giro neoliberal del APRA.
	Pedro Pablo Kuczynski	2016–2018	Tecnocracia liberal.
	Dina Boluarte	2022–2025*	Gobierno conservador post-crisis.
Ecuador	Lenín Moreno	2017–2021	Ruptura con el correísmo; giro liberal.
	Guillermo Lasso	2021–2023	Derecha empresarial.
Bolivia	Jeanine Áñez	2019–2020	Gobierno interino conservador.
Paraguay	Horacio Cartes	2013–2018	Derecha empresarial.
	Mario Abdo Benítez	2018–2023	Continuidad conservadora.
Uruguay	Luis Lacalle Pou	2020–2025*	Coalición de centroderecha.
El Salvador	Nayib Bukele	2019–2025*	Derecha autoritaria-populista.
Honduras	Porfirio Lobo	2010–2014	Conservadurismo post-golpe.
	Juan Orlando Hernández	2014–2022	Derecha autoritaria.
Guatemala	Otto Pérez Molina	2012–2015	Derecha conservadora.
	Jimmy Morales	2016–2020	Conservadurismo político.

	Alejandro Giammattei	2020–2024	Derecha tradicional.
Panamá	Ricardo Martinelli	2009–2014	Derecha empresarial.
Costa Rica	Laura Chinchilla	2010–2014	Centroderecha liberal.
República Dominicana	Hipólito Mejía	2000–2004	Derecha liberal-populista.
	Luis Abinader	2020–2025*	Centroderecha tecnocrática.

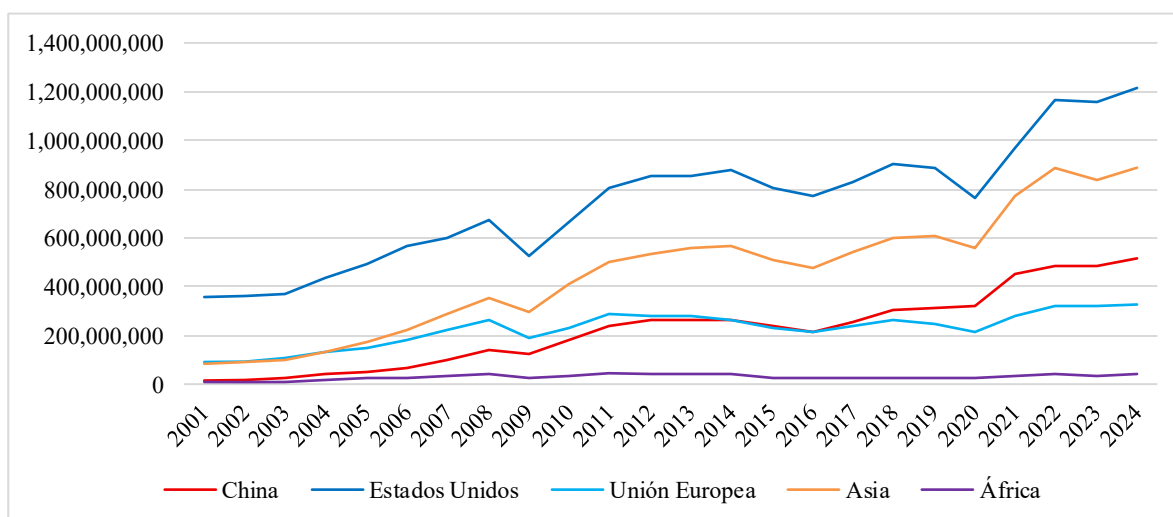
* Periodos en curso o inmediatamente anteriores a 2025.

Fuente: Elaboración propia

Esta alternancia política en la región responde tanto a la búsqueda de preferencias ideológicas estables como a procesos de respuesta cíclica y reconfiguración del poder, en donde la rivalidad que Washington desarrolla ante la proyección estratégica china en la región plantea un plano regional desarticulado que responda a los intereses norteamericanos, en lo bilateral como en lo multilateral. No obstante, la emergencia de grandes organismos regionales como UNASUR y, posteriormente, la CELAC, en el marco del relativo debilitamiento de la OEA hacia 2017 con el fallido plan del Grupo de Lima, habla de una creciente y deliberada exclusión estadounidense en el rumbo político regional, limitando sustancialmente la capacidad de Washington para intervenir directamente en los asuntos internos latinoamericanos, erosionando su liderazgo tradicional y expandiendo los márgenes de autonomía política regional (Lo Brutto y Crivelli, 2024b; Casarões, 2017). De esta manera, en la dinámica intrarregional se han ido reconfigurando los equilibrios de poder hacia un campo más heterogéneo y competitivo en términos de influencia externa.

Del mismo modo en que la presencia de China llegó a transformar el panorama político de América Latina ante el recrudecimiento del declive hegemónico mundial de los Estados Unidos, igualmente impactó de manera positiva en el ámbito económico de la región, pues aquellos polos regionales más relevantes comienzan a adquirir preponderancia en el mundo económico. En general, en cuanto al comercio, América Latina y el Caribe se ha ido posicionando como un espacio clave para los flujos comerciales globales, pues durante el periodo 2001-2024, el comercio regional alcanzó la cifra de \$43,490,041,514 millones de dólares, pasando de \$705,771,220 millones de dólares al principio del milenio, a \$2,904,171,687 para 2024, todo ello impulsado, principalmente, por el dinamismo comercial de México (39.43%), Brasil (20.10%), Chile (6.80%), Argentina (6.09%), y Colombia (4.42%) (Centro de Comercio Internacional [CCI], 2026).

Gráfica 1. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, Asia y África con América Latina y el Caribe



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2026).

Como se aprecia en la gráfica, de manera panorámica, América Latina y el Caribe mantiene redes comerciales diversificadas que no solo se limitan a Occidente, sino que también involucra acercamientos mercantiles con diversos países del Sur Global. Así como la tendencia apunta a una relativa estabilidad comercial que incrementa porcentualmente cada año, también es plausible visualizar los estragos de las crisis económica de 2008, que prolongaría sus efectos en las relaciones comerciales del año siguiente, y de la crisis sanitaria por COVID-19 en 2020. En ese orden de ideas, el comercio latinoamericano se distingue por el fuerte lazo con los Estados Unidos, quienes encabezan los principales flujos comerciales de la región desde principios del siglo XXI hasta la actualidad, significando un comercio de \$17,908,164,351 millones de dólares, aproximadamente el 41.17% del total regional entre 2001 y 2024. A la par, la Unión Europea igualmente incursiona con el comercio latinoamericano, que, a pesar de no haberse recuperado del todo tras la recesión de 2009, y mayormente afectado por la crisis sanitaria, el valor comercial con la región ronda en \$5,413,866,614 millones de dólares (CCI, 2026).

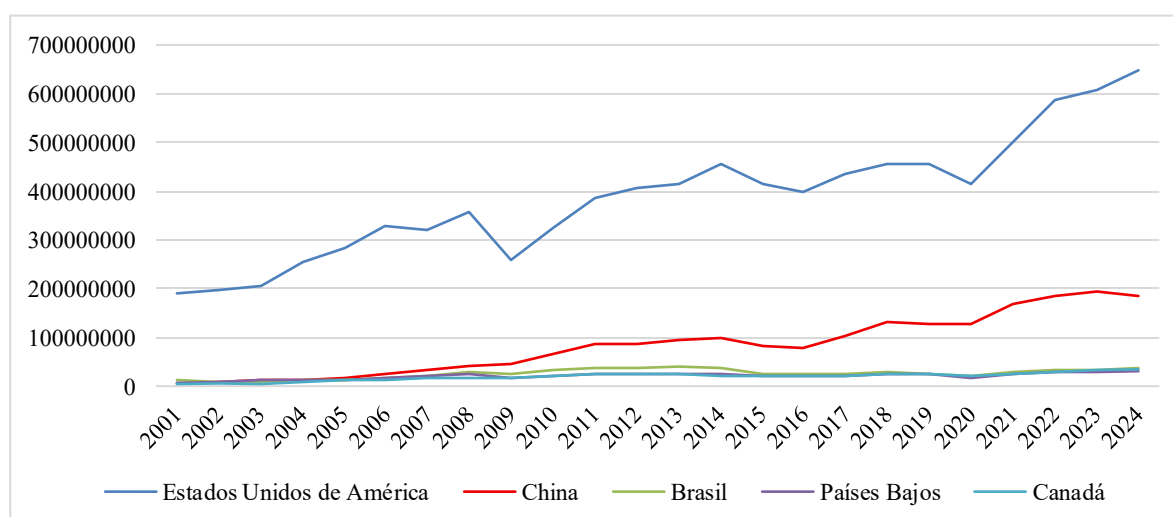
Asimismo, el notable peso financiero que el Asia Oriental adquiere en América Latina desde principios del nuevo milenio, dado, en parte, al auge chino en la escena internacional, fue fundamental para que los daños ocasionados por la crisis de 2008 fueran menos nocivos para la región, como sí lo fueron para algunas potencias centrales. Al mismo tiempo, es imperativo reconocer el gran dinamismo chino en Latinoamérica, en primer lugar, tras el comienzo de adhesión de países latinoamericanos a la Iniciativa de la Franja y la Ruta, pero, en particular,

por el comercio de vacunas y material sanitario durante la pandemia por SARS-COV-2, cerrando su flujo comercial total (2001-2024) con \$5,369,132,922 millones de dólares (CCI, 2026; Katz, 2025). Por su parte, el comercio América Latina y el Caribe-África es el que menos reditúa en términos mercantiles, aunque las cifras de dicha relación comercial se sitúan en \$705,330,284 millones de dólares para 2024. No obstante, el hecho de que el comercio latinoamericano esté mayoritariamente posicionado hacia Occidente no omite la importancia del posicionamiento y estrechamiento de lazos comerciales con el resto del mundo, en especial con el Sur Global.

En cuanto a la orientación del comercio regional en el plano internacional, la estructura comercial latinoamericana mantiene un fuerte vínculo con Occidente, especialmente con Estados Unidos como el centro político-económico tradicional, aunque dicho proceso se verá atravesado progresivamente por una reorientación de los flujos comerciales hacia nuevos centros económicos, que para el caso latinoamericano no han quedado limitados al plano extrarregional. En esa tónica, las exportaciones de América Latina y el Caribe han crecido exponencialmente, como se presenta en la siguiente gráfica, en gran parte influenciado por la fuerte demanda de *commodities* y manufactura latinoamericana, destacando que, tan sólo en 2024, las exportaciones alcanzaron la cifra de \$1,460,981,263 millones de dólares, cerrando el periodo 2001-2024 con \$21,658,248,520 millones de dólares. En cuanto a los principales productos exportados, los combustibles minerales y derivados se posicionan como la principal exportación de la región⁸², abarcando el 15.78% entre 2001 y 2024, seguido por el crecimiento del comercio en la industria automotriz (10.48%), la maquinaria y aparatos eléctricos (9.13%), bienes y manufacturas destinadas al ámbito nuclear (7.84%), y minerales metalíferos (6.54%) (CCI, 2026).

⁸² Todo ello gracias al desarrollo de las petroleras en Brasil, que se consolida como el principal productor de petróleo para 2024, México, Colombia, Argentina y Venezuela, este último país consagrado con la mayor reserva de petróleo crudo del mundo (Serrano, 14 nov 2024).

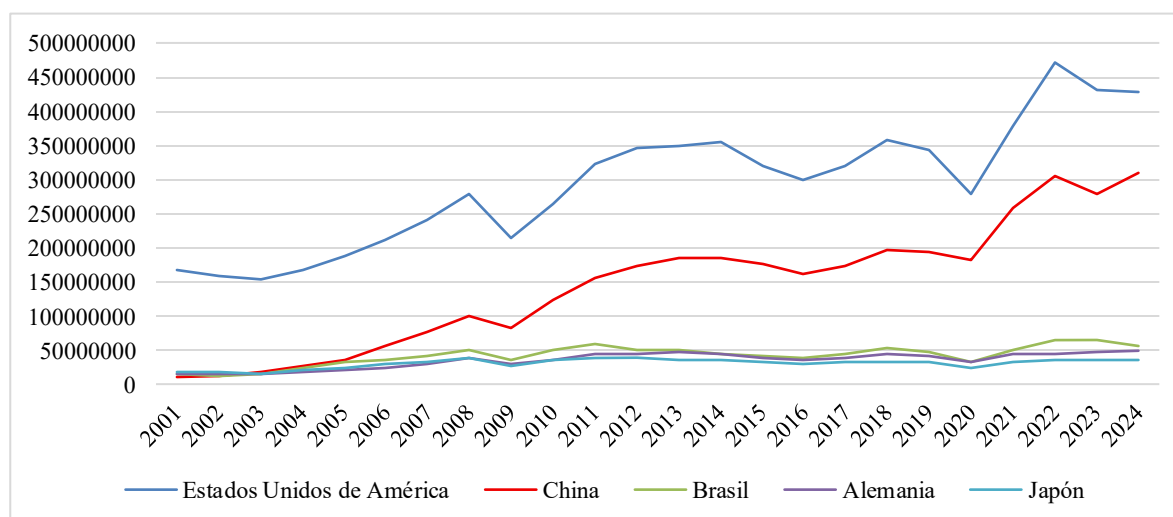
Gráfica 2. Principales exportaciones de América Latina y el Caribe



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2026).

A la par, en la gráfica 3 se sintetizan las importaciones latinoamericanas, las cuales presentan tendencias que, aunque similares a las exportaciones, evidencian ciertas particularidades. En 2024, las importaciones latinoamericanas valieron un comercio de \$1,443,190,424 millones de dólares, complementando a las importaciones totales de la región desde 2001, que alcanzan la cantidad de \$21,831,792,994 millones de dólares. Sobre los principales productos importados por América Latina y el Caribe hay un notable patrón: 4 de los 5 productos que la región exporta aparecen en como los principales productos importados, aunque en diversas magnitudes. La lista de las importaciones la encabeza la maquinaria, aparatos y material eléctrico, que en términos porcentuales del total regional importado desde principios del siglo XXI hasta 2024, representa el 14.68%, seguido por la importación de reactores nucleares y derivados (14.05%), combustibles minerales (12.30%) y derivados, vehículos de transporte (8.83%) y, rompiendo el patrón de las exportaciones, plásticos y derivados, con 4.71% (CCI, 2026). Esta configuración no parece responder a una aleatoriedad, sino a un proceso que se inscribe en la relación interdependiente del sistema-mundo capitalista y la estructura desigual entre centros y periferias (Keohane y Nye, 1977; Wallerstein, 1988; Amin, 1973), en un contexto donde la instrumentalización de dicha interdependencia funge como herramienta geopolítica para atar los flujos comerciales de la región latinoamericana al centro económico occidental en declive ante la irrupción de nuevos actores en el panorama regional (CEPAL, 2025b).

Gráfica 3. Principales importaciones de América Latina y el Caribe



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2026).

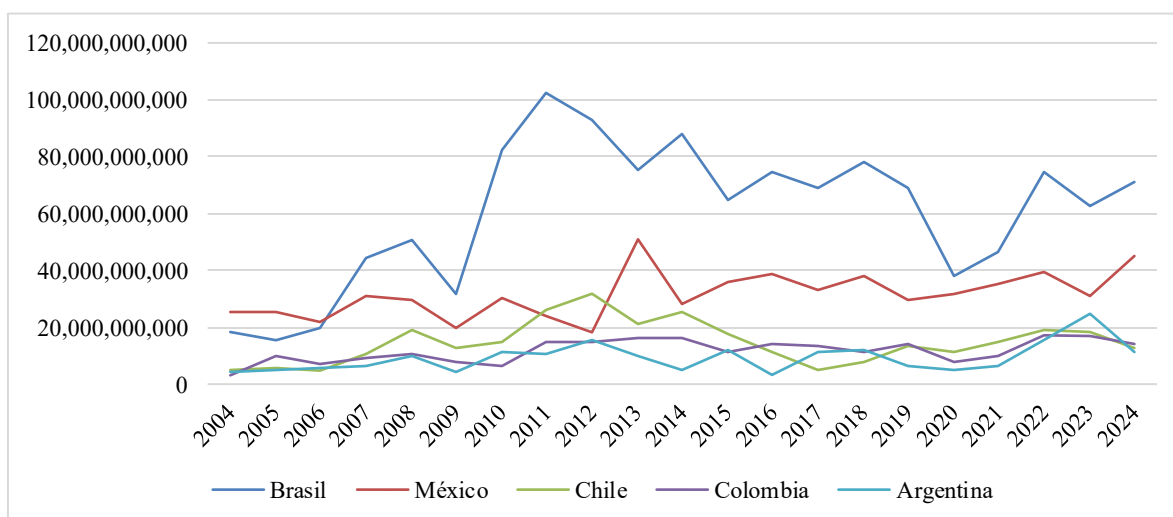
Trasladando la discusión hacia la orientación geográfica de las exportaciones e importaciones latinoamericanas, las gráficas 2 y 3 evidencian que, aunque persisten fuertes vínculos con centros económicos tradicionales, dicha tendencia se ha ido combinando con la progresiva diversificación regional hacia otros centros emergentes. Por un lado, se puede observar una vasta relación comercial con algunos miembros de la Unión Europea, que, si bien no representan el principal flujo comercial de América Latina, habla del vínculo que tiene la región con Occidente, en especial con cuatro países pertenecientes al Grupo de los Siete (G7) – Alemania, Canadá, Japón y Estados Unidos. Además, los gráficos anteriores confirman el papel de los Estados Unidos como el principal socio comercial de la región, posición que ocupa mayoritariamente por los flujos comerciales con México a través del Tratado de Libre Comercio, vigente desde 1994 y su renovación en 2020, relación que significa el 63% de las exportaciones estadounidenses a América Latina y el Caribe, y el origen del 75% de las importaciones regionales. Seguido de México, Estados Unidos mantiene lazos comerciales con Brasil, Chile, Argentina y Colombia, aunque dichos países registran flujos considerablemente inferiores al eje comercial Estados Unidos-México, pues mantienen participaciones menores al 10%, tanto en exportaciones como en importaciones (CCI, 2026; CEPAL, 2025b).

Por otro lado, el patrón comercial con China se mantiene creciente, pues desde que inició su penetración comercial, el comercio sino-latinoamericano ha ido escalando hasta llegar a un 26% anual, convirtiéndose en el principal socio de Argentina, Brasil, Chile, Perú y Uruguay, y el segundo para México y Colombia (Katz, 2025). En este entramado regional, Brasil se ha ido

posicionando como un actor clave en la relación económica entre China y América Latina, pues, al ser parte del bloque multilateral de los BRICS, el Estado sudamericano no únicamente ha catapultado su posición política y económica en el plano internacional, sino que, además, ha fortalecido su posición como el tercer socio comercial para América Latina y el Caribe, siguiendo la iniciativa de comercio sur-sur (Turzi, 2020). No obstante, el flujo comercial latinoamericano con el ‘dragón asiático’ tampoco escapa de contradicciones, ya que mantiene un sesgo primario-exportador, generando déficits comerciales significativos en varios países, notoriamente en México, y reproduciendo dinámicas asimétricas (CCI, 2026).

Aunado al comercio, y en respuesta tanto a la desaceleración económica mundial, como a la creciente fragmentación del orden comercial global y a la intensificación de la rivalidad geopolítica entre el declive hegemónico y el auge asiático, en un contexto que incentiva la emergencia de múltiples centros políticos y económicos, se han desplegado en América Latina y el Caribe estrategias de amplio espectro que combinan inversión, cooperación técnica, créditos condicionados y diálogo político. En este marco, para 2024, la entrada de Inversión Extranjera Directa (IED) en Latinoamérica representó un total de \$188,962,000 millones de dólares, representando el 12.5% del total de entradas de IED mundial, según datos reportados por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 2025. En la siguiente gráfica se presentan los principales países latinoamericanos beneficiados de la IED desde 2008 a 2024, en donde Brasil se posiciona como el principal polo para la inversión en la región, con \$1,268,230,000,000 millones de dólares, seguido de México (\$663,106,000,000 millones de dólares), Chile (\$309,673,000,000 millones de dólares), Colombia (\$245,816,000,000 millones de dólares), y Argentina (\$195,578,000,000 millones de dólares) (CEPAL, 2025a).

Gráfica 4. Principales países de América Latina y el Caribe que reciben Inversión Extranjera Directa (2004-2024)



Fuente: Elaboración propia con base en CEPAL (2025a).

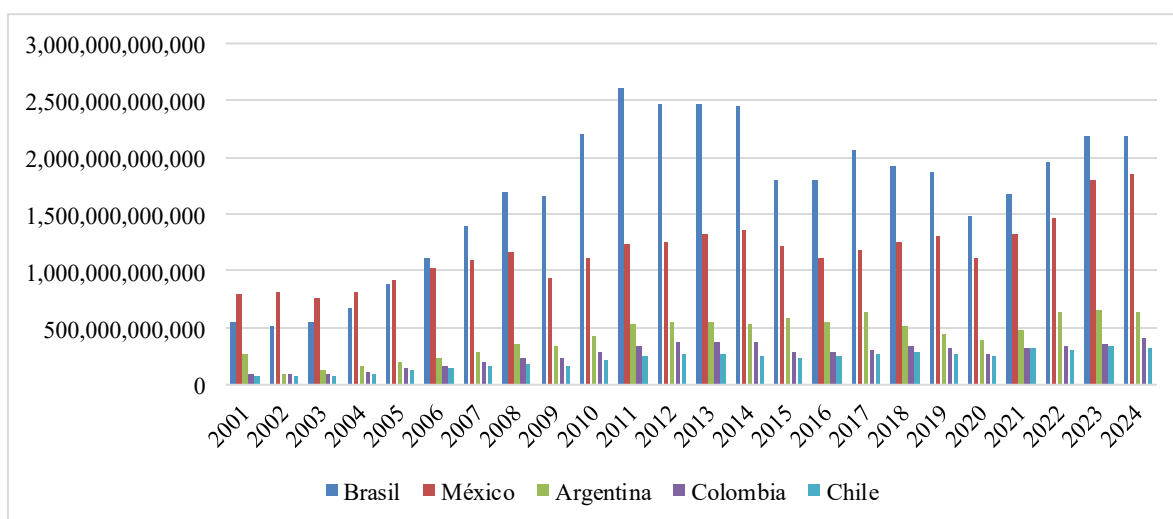
No obstante, así como la distribución de IED evidencia los principales polos receptores de inversión en la región, también habla de la reconfiguración de los flujos de capitales mundiales. En América Latina y el Caribe, el principal inversionista es Estados Unidos, quien, tan sólo en 2024, registró una inversión del 38% del total de sus inversiones mundiales, dirigido a sectores considerados estratégicos, como energía, telecomunicaciones, infraestructura crítica y minerales clave. En cuanto a los principales polos regionales de atracción a inversión, la IED estadounidense fue de \$490,475,000,000 millones de dólares entre 2008 y 2024, siendo México y Brasil los principales nodos beneficiados de la inversión norteamericana, con \$217,811,000,000 y \$165,425,000,000 millones de dólares, respectivamente, en ese periodo. Asimismo, la inversión de Estados Unidos 2008-2024 también se vio reflejada en Colombia (\$47,470,000,000 millones de dólares), Argentina (\$34,322,000,000 millones de dólares), y Chile (\$25,447,000,000 millones de dólares) (CEPAL, 2025a).

En el marco de una competencia estratégica tácita entre Washington y Pekín por la influencia regional, la nación asiática igualmente ha diversificado la inversión extranjera directa en América Latina, aunque, contrario al hegemon estadounidense, no busca imponer las tradicionales condicionalidades políticas asociadas al Consenso de Washington. Así como la penetración de capital chino en el panorama latinoamericano llegó a reconfigurar los flujos comerciales, también influyó en el ámbito de las inversiones. Entre 2000 y 2024, la inversión china destinada a la región fue de \$203,369,000,000 millones de dólares, enfocada en los metales, minerales y minería, energía, infraestructura y productos destinados al sector

automotriz, siendo para 2024 de \$8,530,000,000 millones de dólares, una disminución de 11.8% con respecto a la inversión de 2023 (Dussel, 2025). A la par, su inserción en los flujos de inversión de los principales polos regionales ha sido notoria, pues de 2008 a 2024 ha destinado \$117,860,000,000 millones de dólares, especialmente en Brasil, su principal nodo de inversión en América Latina y el Caribe, con \$73,750,000,000 millones de dólares, el 62.57% del total chino invertido en los principales países receptores de inversión 2008-2024, seguido de Chile (14.78%), Argentina (11.05%), Colombia (7.69%), y México (5.05%) (Dussel, 2025; *American Enterprise Institute* [AEI], 2026).

Todo ello da cuenta de que América Latina ha ido transformándose progresivamente en un espacio estratégico que trasciende su tradicional condición periférica para asumir rasgos de un polo relacional en disputa. A partir de la pluralidad de estructuras políticas en la región que trascienden a escenarios multilaterales, permeados por sesgos izquierdistas y derechistas, aunado al despunte comercial y de inversiones, en el marco de la actual reestructuración del sistema-mundo contemporáneo, se van develando los principales centros de poder político, como parte del mundo multipolar, que van adquiriendo fortaleza económica en el plano global, orientando la reconfiguración sistémica hacia un escenario policéntrico. Como se observa en la siguiente gráfica, el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) en Brasil, México, Argentina, Colombia y Chile, complementario al fuerte peso político regional e internacional, y a los grandes flujos en comercio e inversión, los han ido posicionando como los principales centros políticos-económicos del Sur latinoamericano.

Gráfica 5. Producto Interno Bruto de América Latina y el Caribe (2001-2024)



Fuente: Banco Mundial (2025b).

La convergencia de factores exógenos y endógenos, por un lado, con la retracción relativa de la hegemonía unipolar estadounidense y su reorientación hacia el Indo-Pacífico; por otro, la proyección económica y diplomática de China como contrapeso sistémico, ha convertido a la región en un escenario privilegiado de su expansión global. En medio de estas posiciones, se ha revalorizado la relevancia estratégica de América Latina, en donde el potencial geopolítico y geoeconómico de los principales centros regionales están incentivando ese ansiado ‘despertar latinoamericano’ hacia una acumulación autónoma de poder estructural. Así, la región ha dejado de ser meramente un espacio de intervención externa para irse transformando hasta convertirse en un nodo articulador de alianzas, un laboratorio de alternativas de gobernanza sur-sur y, potencialmente, un centro de gravedad autónomo en vías de una arquitectura policéntrica.

3.2. Hacia el renacimiento africano

Con la consolidación de los Estados Unidos como potencia hegemónica del sistema-mundo capitalista, tras el caos sistémico de las guerras mundiales (1914-1945), se comenzó la construcción de un orden mundial a partir de los valores del liberalismo wilsoniano, basados en la autodeterminación de los pueblos y el desarrollo económico, los cuales resultaron fundamentales para incorporar a territorios coloniales y excoloniales en la expansión material del ciclo de acumulación hegemónico. En particular, dichos preceptos fueron proyectados hacia los pueblos afroasiáticos, quienes encontraron en la Carta de San Francisco (1945) un nuevo horizonte que les permitiese autodirigirse y automejorarse, y romper con siglos de subyugación colonial (Wallerstein, 1995a; Arrighi, 1994). Ante este panorama, África se inserta en la retórica de la búsqueda de autodeterminación, pues las protestas generalizadas de los pueblos africanos en contra de sus potencias colonizadoras, el débil reformismo colonial de los países europeos de la posguerra, severamente afectados por el paso de la guerra, y el aumento de las presiones del orden mundial de Guerra Fría, serían determinantes para los procesos de descolonización en el continente (Gentili, 2012).

De este modo, lo que inició en África del Norte con la independencia de Libia (1951), se proyectó a múltiples territorios africanos deseosos de romper lazos de dominio con las potencias europeas y alcanzar su independencia, como lo refleja el caso de Argelia (1954-1962), seguido por las independencias de Marruecos y Túnez (1956), y exacerbado en Egipto

con el nacionalismo de Nasser y la controversia en torno al control del Canal de Suez (1956) (Iliffe, 1998). A la par, en el marco de los primeros destellos de independencias africanas y asiáticas, la conferencia en Bandung de 1955 marcó un punto de inflexión para el desarrollo de los nacientes Estados⁸³, dado que las motivaciones independentistas de la cumbre, aunado al posterior Movimiento de los No Alineados (1961) como un intento de desconexión al conflicto bipolar, serían pieza clave para lo que Samir Amin denominaría la primera etapa del ‘Despertar del Sur’ (Amin, 1985; 2008; 2010). En consonancia con Bandung, hacia finales de la década de 1950, Guinea y Ghana, esta última motivada por el liderazgo de Kwame Nkrumah y su sentimiento panafricano, alcanzaron su independencia

Las independencias acontecidas en la década de 1950 fungieron de antesala para la oleada de independencias africanas que comenzaría en 1960⁸⁴, que se extendería hacia mediados de los años setenta del siglo XX, con los procesos tardíos de independencia en Angola y Mozambique, y hacia principios de los noventa con la independencia de Namibia de la administración sudafricana (Iliffe, 1998; Gentili, 2012). Tras la independencia, los Estados africanos ensayaron distintos modelos de organización política y desarrollo económico. Unos países mantuvieron economías de enclave altamente dependientes de la exportación de recursos primarios (Kenia, Costa de Marfil, Senegal) minerales (Zambia, la actual República Democrática del Congo, Angola, Camerún, Togo, Mauritania); mientras que otros aprovecharon la explotación de sus reservas petroleras y gasíferas (Libia, Argelia, Egipto, Nigeria). Algunos gobiernos optaron por proyectos de nacionalismo modernizador y planificación centralizada, como Ghana y Tanzania, que buscaron industrializar, diversificar la producción y construir un socialismo africano adaptado a las realidades locales (Rossi, 2020).

Sin embargo, como subrayan John Iliffe y Ana María Gentili, la ruptura con el orden colonial fue más jurídica y, en especial, retórica que estructural, pues desde el fin de la segunda guerra mundial, los Estados europeos, empeñados en su propia reconstrucción con el Plan Marshall, sopesaron los costos de seguir manteniendo sus posiciones coloniales, llegando a la conclusión de que sería más factible transferir los problemas africanos a las nacientes economías, y volcarse de lleno en su reposicionamiento en la escena internacional (Gentili, 2012; Iliffe,

⁸³ Considerados por el economista Albert Sauvy (1952) como “Tercer Mundo”, refiriéndose a aquellos países coloniales y excoloniales (Gentili, 2008).

⁸⁴ En ese año, múltiples países africanos se hicieron de su independencia, a saber: Camerún, Togo, Mali, Madagascar, Congo-Leopoldville (después Zaire; actual República Democrática del Congo), Congo-Brazzaville, Somalia, Dahomey (actual Benín), Níger, Alto Volta (actual Burkina Faso), Costa de Marfil, Chad, Ubangui-Chari (actual República Centroafricana), Gabón, Senegal, Nigeria, y Mauritania.

1998). A la par, la revitalización del sentimiento *wilsoniano*, lejos de ser un verdadero incentivo para la autodeterminación y el desarrollo económico de los territorios coloniales, resultó ser un mecanismo para incorporar a los nacientes Estados en el entramado económico de los Estados Unidos, atándolos al mercado estadounidense y configurando un nuevo nodo de acumulación para el ciclo norteamericano (Wallerstein, 2003), de ahí que el brazo institucional de la hegemonía priorizara la creación de organizaciones económicas para el continente africano⁸⁵. En conjunto, los nuevos Estados africanos heredaron economías orientadas a la extracción, delimitaciones fronterizas impuestas y débiles identidades nacionales, factores que condicionaron desde el inicio su capacidad de autodeterminación real.

No obstante, es imperativo tener presente que el contexto descolonizador se ve permeado por las dinámicas Este-Oeste de la Guerra Fría, donde las ideologías del ‘mundo libre’ y el ‘mundo comunista’ buscaron integrar a la mayor cantidad de países africanos a las respectivas zonas de influencia. Asimismo, algunos Estados africanos utilizaron la contienda bipolar para recibir apoyo económico que los ayudase a consolidar su proyecto político-nacional, convirtiéndolos en escenarios de disputa indirecta, que lejos de consolidar una emancipación real, condicionaban la soberanía por la necesidad de equilibrar presiones externas y asegurar apoyos internacionales (Young, 2017; Mateos, 2005). Por otro lado, la persistencia de conflictos internos derivados de fronteras impuestas y divisiones étnicas artificiales, como el intento de secesión en Nigeria (1967) y la anarquía en el Congo-Leopoldville tras obtener su independencia, evidenciaron la fragilidad de los nuevos Estados y facilitaron la intervención externa, así como la emergencia de élites locales que, en muchos casos, recurrieron a regímenes autoritarios como mecanismos de control político (Gentili, 2012).

De esta manera, África se convirtió en un espacio estratégico de competencia entre bloques. Siguiendo las pautas establecidas en la Doctrina de Seguridad Nacional, y al igual que ocurrió en el panorama regional latinoamericano, el apoyo estadounidense se desplegó utilizando los golpes de estado como herramienta para asegurar la alineación de los Estados africanos al bando occidental, patrocinados directa o indirectamente por la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés). Bajo esa lógica, el poderío norteamericano encontró en la inestabilidad congoleña y las afinidad del primer ministro, Patrice Lumumba, por el bando soviético, la oportunidad perfecta para intervenir en el país. Con el éxito del golpe que terminó con la vida de Lumumba, se inauguró una oleada de golpes de estado que depondría a líderes africanos, como en el caso de Nkrumah en Ghana (1966), para sustituirlos por gobiernos

⁸⁵ Como se ejemplifica en el Cuadro 5 (pp. 58-59).

militares afines a Washington, estando la CIA involucrada en prácticamente todos los casos (Sánchez, 2010; Duzor y Williamson, 3 oct 2023). Además, la inserción militar en África no se limitó exclusivamente a los golpes de estado, dado que también financió fuerzas beligerantes en los movimientos de liberación nacional apoyados por la Unión Soviética, como en Angola y Mozambique, o contribuyó al aumento de tensiones en conflictos armados regionales, como en la disputa por el Ogadén entre Etiopía y Somalia (Lellou, 21 nov 2024).

A medida en que los frutos de la contienda bipolar iban favoreciendo la configuración de regímenes militares autoritarios en tierras africanas, a principios de la década de 1970 la expansión material del ciclo de acumulación norteamericano alcanzaba el cenit, comenzando a evidenciarse las limitaciones del sistema articulado por la *Pax Americana*, contradicciones estructurales que afectaron severamente al continente africano. Si bien al comienzo de la crisis petrolera de 1973 propició un crecimiento económico para algunos países productores de petróleo, como Nigeria y Gabón para el caso africano (Roberts, 20 feb 2024), producto del aumento de precios en el crudo. Empero, fueron precisamente los excedentes del capital petrolero, transformados en préstamos y créditos para el Segundo y Tercer Mundo, los que condenarán a África cuando una segunda crisis energética hacia finales de los setenta golpeará la débil estabilidad política y económica que habrían logrado cimentar los gobiernos africanos. La crisis de rentabilidad, aunado al agotamiento del modelo desarrollista de la hegemonía estadounidense y la exacerbación de la crisis de la deuda a principios de la década de 1980, situaron al continente en lo que se conocería como la ‘tragedia africana’, que se extendería hacia los años noventa del siglo XX (Arrighi, 2002; Kabunda, 2005).

En el marco de la crisis económica en África, Ignacio Rossi (2020) sostiene que el foco de la crisis no se encontraba exclusivamente en la cuantía de la misma, puesto que el monto representaba cerca del 9% del endeudamiento mundial, sino también en el crecimiento acelerado de la deuda en relación al crecimiento económico de los países africanos, donde el continente se encontraba imposibilitado para responder a sus obligaciones. Por ello, los Estados africanos, rememorando el pensamiento de Nkrumah sobre que la unidad política y económica de África los llevaría al crecimiento, comenzaron a recurrir a los modelos de integración regional, que en ese momento se hallaban estancados y marginalizados debido al desequilibrio político continental, para articular respuestas colectivas al endeudamiento, dependencia externa y subdesarrollo. En ese tenor, una de las respuestas más contundentes nació hacia 1980 en una

reunión en Lagos (Nigeria), el seno de la Organización para la Unidad Africana (OUA)⁸⁶, donde se determinaron que las causas de la crisis se debía a impactos externos, y, por tanto, para contravenir los efectos de la crisis era imperativa una mayor dependencia de la capacidad de los países africanos para movilizar recursos nacionales, así como el reforzamiento de lazos de cooperación e integración económica, resolución que terminaría siendo conocida como Plan de Acción de Lagos (Crouzet, 1978; Rossi, 2020; Arrighi, 2002).

No obstante, la respuesta por parte de las organizaciones financieras internacionales para la crisis en África distaba mucho de los resultados alcanzados en Lagos. En tiempos donde el neoliberalismo de Reagan y Thatcher era la única alternativa para sobrevivir al endeudamiento, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, sobrevivientes de la caída del sistema Bretton-Woods en la década anterior, emitieron una serie de diagnósticos y pronósticos sobre el panorama africano que minimizaba el papel del Estado en la toma de decisiones y favorecían el intervencionismo de las organizaciones internacionales. Ejemplo de ello es el conocido como Informe Berg (1980)⁸⁷, el cual estipula que la causa de los problemas económicos de África provienen del interior, especialmente de inclinación hacia ‘malas’ políticas y planes de desarrollo fallidos, llegando a la conclusión de que una mejor y profunda inserción en el mercado global mediante incentivos a la producción y exportaciones agrícolas, sumado a la toma de políticas ‘buenas’ como la privatización de empresas y servicios sociales, serían el mejor camino para subsanar los efectos de la crisis económica. A medida que las recomendaciones del Banco Mundial comenzaron a ser las que dictaban el actuar económico de los países africanos, el sentimiento del Plan de Lagos se desmoronaba, aun a pesar de que una posterior reunión de la OUA en Addis Abeba (1981) volvía a referir que el principal problema del continente era la implementación de planes externos (Arrighi, 2002; Rossi, 2020).

El fin de la Guerra Fría implicaría un giro trascendental en el panorama político y económico del continente africano. Con la caída del bloque soviético hacia 1991, la dominación del unipolarismo estadounidense impuso cambios en el sistema político africano a través del condicionamiento económico (Lellou, 21 nov 2024). Si bien la pauperización de las condiciones social-político-económicas en África se debía al fracaso de las medidas del FMI y

⁸⁶ Organización nacida el 25 de mayo de 1963 en Addis Abeba, Etiopía, apegándose a los lineamientos de la Carta de la ONU en relación a la defensa de la soberanía, así como el reforzamiento de la unidad y solidaridad en África, destacando puntualmente la eliminación del colonialismo en tierras africanas (Crouzet, 1978).

⁸⁷ “*Accelerated Development in Sub-Saharan Africa: An Agenda for Action*”, emitido por el Banco Mundial (Arrighi, 2002).

el BM⁸⁸, dichas organizaciones insistieron en que el alcance de la crisis africana se debía, principalmente, al débil papel del Estado; por lo que, si querían alcanzar un nivel de crecimiento económico óptimo, era imperativa la transición hacia la democratización y el “buen gobierno”, especialmente en aquellos países recién desamparados del cobijo soviético (Mateo, 2004). Así, cuando Cabo Verde llevó a cabo su primera alternancia democrática, en febrero de 1990, se inauguró la oleada de democratización en los territorios africanos: unos conseguidos de manera pacífica (Mali, Gambia, Senegal, Santo Tomé y Príncipe, Benin), otros gracias a instancias internacionales (Mozambique), algunos otros a partir de golpes de Estado militares (Mali, Ghana); aunque, en muchos casos, la democracia sirvió para el regreso de dictadores y sus respectivos regímenes autoritarios (Burundi, Guinea Bissau, Costa de Marfil, Nigeria, Ruanda) (Mateo, 2004; Komenan, 28 oct 2020).

A pesar de que este nuevo panorama prometía a los países africanos la oportunidad de fortalecerse política y económicamente, y, con ello, dejar atrás siglos de sumisión y dependencia, en la práctica, la democratización fungió como una herramienta legitimada para nuevas configuraciones de intervención. A lo largo de la década de 1990, la presencia directa de las superpotencias se fue reduciendo, aunque las intervenciones militares siguieron vigentes, especialmente aquellas incursiones ‘humanitarias’, pues los conflictos africanos pasaron a ser interpretados como crisis humanitarias, justificando acciones multilaterales y bilaterales, como en el caso de Somalia (1992), Ruanda (1994) y Sierra Leona (2000) (Schmidt, 2013; Komenan, 28 oct 2020). Si bien todas esas intervenciones ocultaban intereses estratégicos y económicos, la retórica de las incursiones africanas pronto cambiaría de motivos humanitarios a amenazas transnacionales, toda vez que se encontró al terrorismo como el nuevo enemigo para la seguridad internacional, particularmente tras los atentados a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania (1998) propiciados por Al-Qaeda (Schmidt, 2013; Sánchez, 2010).

En el marco de la reestructuración africana posguerra fría, el sistema-mundo capitalista estaba atravesando por una serie de transformaciones que desestabilizaron el supuesto unipolarismo de los Estados Unidos. Por un lado, la crisis financiera exacerbada en el Sudeste Asiático hacia finales de la década de 1990 demostraría la incapacidad estadounidense de controlar los flujos de capital mundial, acentuando los signos del declive hegemónico norteamericano comenzado

⁸⁸ Siguiendo las directrices establecidas por el Consenso de Washington, la intervención económica en África, materializada en los Planes de Ajuste Estructural, lejos de lograr una estabilidad política y económica en el plano intraafricano, profundizó las brechas del continente con respecto al resto del Tercer Mundo y, por ende, del mundo en general (Mateo, 2004).

hacia el último cuarto del siglo XX. Por otro lado, fue precisamente la crisis de 1997 la que evidenciaría que el centro de gravedad de la economía mundial ya no se ubicaba en Estados Unidos ni Occidente, sino que, en la medida en que el ciclo de acumulación estadounidense transitaba hacia la fase de financiarización, la economía-mundo capitalista progresivamente reorientó las dinámicas de acumulación en el Asia Oriental, resultando de ello la emergencia de nuevos actores capaces de modificar el curso del sistema mundial de cara al advenimiento del nuevo milenio, entre ellos China (Arrighi, 2005; Frank, 1998). Ante ese panorama, el continente africano encontró en la reconfiguración sistémica, especialmente en las economías emergentes, la oportunidad para desconectarse de las lógicas desiguales que habían mantenido atados a los pueblos africanos a condiciones de dependencia y subdesarrollo, y virar hacia un escenario que les permitiera renacer como actores capaces de alcanzar una verdadera autodeterminación política y económica (Amin, 1985; Amin, 2005).

Sin embargo, la inserción de África hacia un nuevo escenario con la llegada del siglo XXI se vio atravesada por acontecimientos turbulentos en el escenario internacional al comienzo del milenio. Con los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, el discurso antiterrorista se radicalizaría de tal manera que África comenzó a ser integrada a la agenda global de seguridad, guiada por la Guerra contra el Terrorismo del presidente Bush, durante los primeros años del siglo (Schmidt, 2013; Sánchez, 2010). Como se puede ver en el siguiente cuadro, tras los ataques propiciados por Al-Qaeda, Estados Unidos, seguido de la Unión Europea, respondieron con el aumento de operaciones antiterroristas en regiones consideradas estratégicas, sobre todo en el ‘Cuerno de África’ (Somalia) y el Sahel, legitimando una mayor presencia extranjera a través de alianzas con gobiernos locales, muchas veces a costa de derechos humanos, fortalecimiento institucional y soberanía política (Vines, 10 sep 2021; Butcher 2 sep 2011).

Cuadro 11. Acuerdos de seguridad de Estados Unidos y la Unión Europea con África

País/Región	Estados Unidos	Unión Europea
África	Comando de Estados Unidos para África (AFRICOM) (2007). Ejercicios militares (<i>African Lion</i>) en Marruecos, Ghana, Senegal y Túnez desde 2004.	Estrategia Conjunta África-Unión Europea (JAES) (2007), primordialmente en el sector de paz y seguridad. Arquitectura Africana de Paz y Seguridad (APSA) (2002). Fondo Europeo de Apoyo a la Paz (FEAP) (2021), dirigiendo asistencia militar a Mali, Mauritania, Somalia, Benin, Mozambique, entre otros.

África del Norte	Presencia militar en la Península del Sinaí (Egipto), aportando tropas a la Fuerza Multinacional de Observadores (FMO). Acuerdo de Cooperación en Seguridad Estados Unidos-Argelia (2025) Asociación Transsahariana Antiterrorista (TSCTP) (2005)	Política Europea de Vecindad (PEV) (2004). Involucra relaciones bilaterales entre la UE con Argelia, Túnez, Marruecos y Egipto en materia de paz y seguridad y control fronterizo; Libia con relaciones limitadas. Misión de Asistencia Fronteriza en Libia desde 2013.
África Oriental	Base militar permanente de Estados Unidos en Yibuti: Camp Lemonnier (2002). Asociación para el Contraterrorismo Regional en África Oriental (PRACT) (2003). Presencia militar estadounidense en Kenia desde 2006, y en Somalia desde 2007.	Misión civil de a Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) a Somalia para combatir la piratería y el terrorismo de Al-Shabaab (2012).
África Occidental	Asociación Transsahariana Antiterrorista (TSCTP) (2005) Acuerdos de cooperación en seguridad con Nigeria (2012-2024). Bases aéreas estadounidenses (101 y 2021) en Níger hasta 2024.	Iniciativa de Seguridad y Defensa de la Unión Europea en apoyo al África Occidental del Golfo de Guinea, con presencia militar de Costa de Marfil, Ghana, Togo y Benin. Misión civil, auspiciada por la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD), dirigida a Nigeria (2012)
África Central	Presencia militar estadounidense en Camerún.	Presencia militar en República Centroafricana a efectos de la misión civil de la PCSD (2014).

Fuente: Elaboración propia.

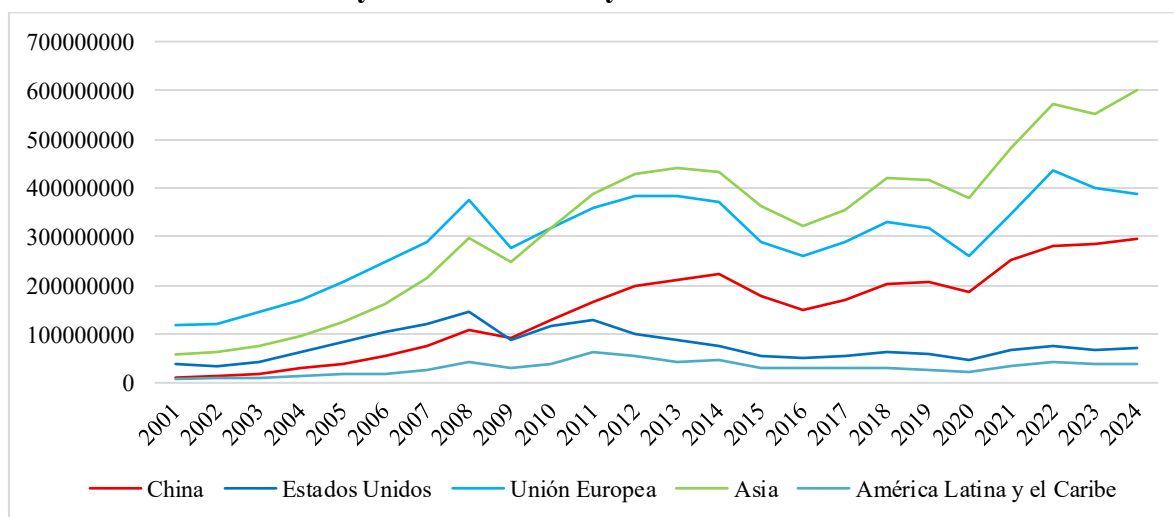
Mientras Estados Unidos y Europa se empeñaron en la securitización del mundo, que bajo la óptica de Paul Kennedy (1987) e Immanuel Wallerstein (1988) dicha acción corresponde a una respuesta instintiva ante el claro declive hegemónico, el plano económico-comercial en África pasó a segundo término, ocasión que economías emergentes, especialmente China, aprovecharán para intensificar su presencia económica en el continente. Al respecto, la presencia china en tierras africanas no resulta ser del todo nueva, ya que las relaciones sino-africanas contemporáneas se sitúan en el auge del espíritu de Bandung y la ola descolonizadora, periodo en el cual la China de Mao, alineada al bloque soviético, apoyó a muchos movimientos de liberación nacionales con asistencia técnica y financiera (Mateos, 2023; Moral, 1 sep 2019; Barragán, 16 sep 2024). Asimismo, el mantenimiento de la relación África-China se posicionó desde el ámbito diplomático, en un primer momento, con el reconocimiento de la República Popular China, siendo Egipto el primer Estado africano en entablar relaciones bilaterales (1956); seguido, décadas después, con el reconocimiento del principio de “una sola China”, proyectándose en el continente africano para contrarrestar la influencia de Taiwán⁸⁹ (Alaminos, 2022; Komenan 28 oct 2020).

⁸⁹ Para 2025, Esuatini se mantiene como el único país africano que reconoce la independencia de Taiwan.

Empero, con el comienzo del siglo XXI, las relaciones sinoafricanas se transformaron exponencialmente para dar inicio a una nueva fase de transición en un contexto de reestructuración sistémica. Siguiendo a Óscar Mateos (2023), dicho estadio se puede evaluar a partir de tres acontecimientos que impulsaron dicha relación. La primera tiene que ver con la política de Jiang Zemin que animaba a las empresas chinas a invertir en países africanos, en un movimiento que se denominó '*Going out*'. El segundo hito se trata del establecimiento del Foro de Cooperación China-África (FOCAC) en el 2000, considerado como un punto de inflexión no sólo para la influencia china en el continente, sino, además, para el inicio de la reorientación africana hacia la diversificación estratégica con las economías emergentes. No obstante, el hecho que marcaría tanto a África, como al resto del Sur Global y las potencias occidentales, será la entrada de China a la Organización Mundial del Comercio en 2001, pues, a partir de ahí, el 'dragón asiático' desplegaría su estrategia expansiva basada en el comercio e inversiones (Mateos, 2023).

Como se puede apreciar en la siguiente gráfica, el panorama comercial africano a comienzos de siglo aún mantenía a las antiguas metrópolis europeas como el principal centro comercial de África. A la par, es plausible visualizar la emergencia de flujos comerciales provenientes del Asia Oriental en el continente, especialmente China, seguido de Japón y Corea. Al momento de la crisis financiera en 2009, la rápida recuperación asiática (China), superó a una Europa afectada por los estragos económicos y por los efectos propiciados a causa de la Primavera Árabe, manifestaciones sociales que afectó el Norte de África y el Medio Oriente. En el marco de la diversificación estratégica, en la que el continente apostó al inicio de los años 2000, es posible apreciar la reorientación de la economía mundial hacia el centro asiático en detrimento del capital occidental, pues, entre 2021 y 2024, el comercio Asia-África representó un valor de \$7,804,817,365 millones de dólares, un 37.25% del total del comercio africano, del cual destaca la importancia del comercio con China, con un valor de \$3,575,131,798 millones de dólares en el mismo periodo, el 17.06% del comercio africano (CCI, 2026).

Gráfica 6. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, Asia y América Latina y el Caribe con África



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

El proceso de diversificación comercial de África a principios de siglo igualmente se inscribe en una dinámica más amplia que busca articular a las economías emergentes del Sur Global en nuevos espacios políticos, económicos y comerciales que rompan con las ataduras de la globalización neoliberal y permitan transitar hacia nuevos espacios multilaterales basados en modelos de cooperación Sur-Sur, todo ello liderado por el creciente poderío chino. En ese sentido, la consolidación del bloque BRICS con la incorporación de Sudáfrica (2010), y la reciente expansión hacia el BRICS+ (2024) con Egipto y Etiopía para el caso africano, habla de un intento más de desconexión africana a las lógicas occidentales, así como una manera de insertarse en lo que algunos académicos denominan como globalización con características chinas (Vadell, 20 oct 2024).

Asimismo, la Iniciativa de la Franja y la Ruta⁹⁰ ofrece a los países africanos la oportunidad de crecimiento a partir de la inversión en infraestructura crítica, como ferrocarriles, carreteras, puertos, presas, obteniendo financiamiento del Nuevo Banco de Desarrollo (Isasi, 21 nov 2025). Paralelamente a los lazo comerciales con China, la diversificación de África también establece fuertes relaciones comerciales con Rusia e India, seguido del acercamiento con América Latina y el Caribe, que, aunque aún incipiente, se mantiene un comercio relativamente constante que asciende a \$748,655,316 millones de dólares, particularmente con Brasil, Argentina y México (CCI, 2026).

⁹⁰Para 2025, 53 de 55 países se han adherido a la Belt and Road Initiative, a excepción de Esuatini y Burkina Faso (Nedopil, 2025)

Ahora bien, a pesar de que África ha logrado ampliar su horizonte comercial con muchas potencias emergentes, aún posee fuertes vínculos con Occidente, especialmente con algunas antiguas metrópolis. Como se ilustró en la gráfica 6, la Unión Europea se mantiene vigente en el entramado comercial africano, con cifras que alcanzan \$7,083,762,142 millones de dólares en 2001-2024, representando el 33.81% del comercio total de África. A partir de Acuerdos de Asociación Económica, la Unión Europea ha transformado su intervención económica en los países africanos desde comienzos del siglo XXI, como se muestra en el siguiente cuadro, asegurando un impulso y crecimiento para los países africanos a costa de condiciones de intercambio desiguales (GRAIN, 12 sep 2017). En contraste, los Estados Unidos mantienen una relación con África que tiene a quedar limitada al ámbito de la seguridad, puesto que el flujo comercial entre el continente y la potencia hegemónica en declive ronda en \$1,829,302,853 millones de dólares entre 2001-2024, sostenido a partir de un único Tratado de Libre Comercio en África con Marruecos (2006), y alianzas/marcos de cooperación comercial con países estratégicos e integraciones regionales (CCI, 2026).

Cuadro 12. Acuerdos comerciales de Estados Unidos y la Unión Europea con África

País/Región	Estados Unidos	Unión Europea
África	Acuerdos Marco de Comercio e Inversión (TIFA) con Sudáfrica (1998), Ghana (1999), Nigeria (2000), Mozambique (2005), Mauricio (2006), Ruanda (2006), Liberia (2007), Angola (2009). Ley de Crecimiento y Oportunidades para África (AGOA) (2000-2025).	-
África del Norte	Tratado de Libre Comercio Estados Unidos-Marruecos (2006). Único tratado comercial que EEUU mantiene con África.	Acuerdo de Asociación Económica con Túnez (1995), Marruecos (1996), Argelia (2002), Egipto (2004),
África Oriental	Acuerdos Marco de Comercio e Inversión (TIFA) con el Mercado Común de África Oriental y Meridional (COMESA) (2001), y con la Comunidad del África Oriental (EAC) (2008).	Acuerdo de Asociación Económica con la Comunidad del África Oriental (EAC) (2014). Aplicación bilateral del Acuerdo de Asociación Económica con Kenia (2023).
África Meridional	Acuerdo de Cooperación sobre Comercio, Inversión y Desarrollo (TIDCA) con la Unión Aduanera del África Austral (SACU) (2008).	Acuerdo de Asociación Económica con África Oriental y Meridional, aplicado en las Comoras, Seychelles, Mauricio, Madagascar, Zambia, Zimbabue (2012). Acuerdo de Asociación Económica con la Comunidad de Desarrollo de África Austral (2016).
África Occidental	Acuerdo de Cooperación sobre Comercio, Inversión y Desarrollo (TIDCA) con la Unión Económica y Monetaria de África Occidental (WAEMU) (2002), y con la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS) (2014).	Acuerdo de Asociación Económica con la Unión Económica y Monetaria de África Occidental (WAEMU) y con la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS) (2014), llevados a cabo en Ghana y Costa de Marfil (2016).

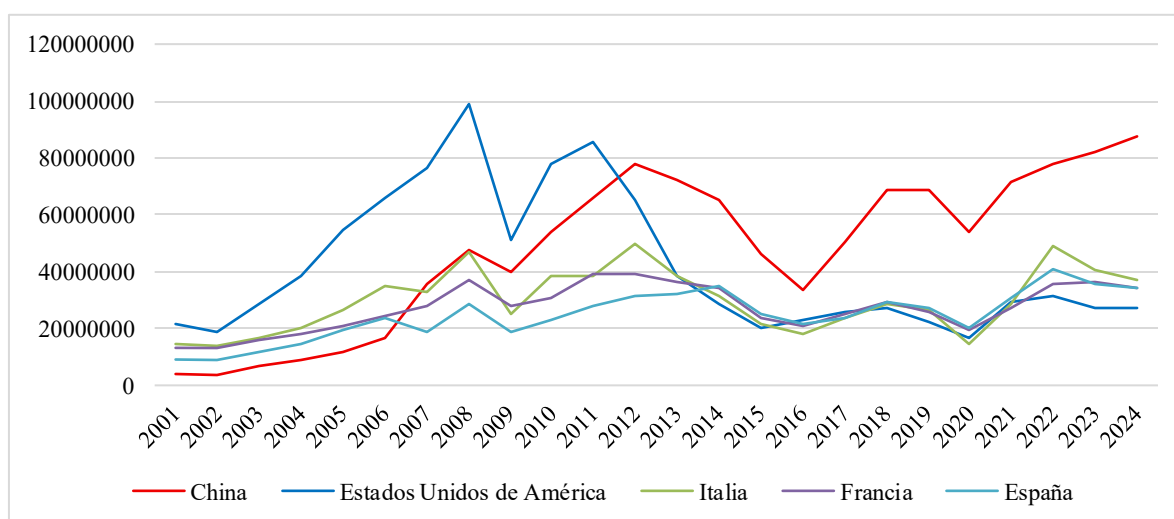
África Central	-	Acuerdo de Asociación Económica Provisional (AAE) en África Central con Camerún (2007), ratificado hasta 2014.
-----------------------	---	--

Fuente: Elaboración propia.

En suma, considerando los datos proporcionados por el Centro de Comercio Internacional (2026), el comercio africano alcanzó la cifra de \$20,947,379,168 millones de dólares en el periodo 2001-2024, sextuplicando su crecimiento comercial entre los datos reportados al comienzo del milenio, \$228,053,328 millones de dólares, a \$1,378,642,865 millones de dólares para 2024, todo ello resultado del dinamismo de los flujos comerciales de Sudáfrica, representando el 17.98% del comercio total africano, seguido por Nigeria (10.36%), Argelia (9.59%), Egipto (9.27%), y Marruecos (7.20%), aunque también se destaca el auge del comercio en Angola (5.64%), y de otros polos en ascenso como Kenia (2.08%) y Etiopía (1.40%) (CCI, 2026). Evaluando los flujos comerciales de África, tanto en exportaciones como en importaciones, se observa que el continente presenta un ligero déficit comercial, importando 7.047% más respecto de las exportaciones. Esta dinámica se explica, en parte, porque, si bien existe una riqueza en recursos incalculable, el escaso alcance que se tiene para el procesamiento de los mismos provoca que se vuelvan economías primario-exportadoras dependientes a las importaciones de los productos manufacturados, que aunado a las barreras comerciales, dificultan el crecimiento económico endógeno de los pueblos africanos (Berretta, 31 ago 2025).

Para comprender dicho fenómeno, es imperativo evaluar ambos movimientos comerciales detalladamente. En primer lugar, como se observa en la siguiente gráfica, las exportaciones africanas presentan un gran crecimiento y diversificación, pues desde comienzos de siglo hasta la actualidad, el valor de las mismas asciende a \$10,117,174,678 millones de dólares. Sobre los principales productos exportados, los combustibles minerales y derivados, especialmente el petróleo crudo y el gas natural de Nigeria, Angola, Argelia, Libia y Egipto, se posicionan como las principales exportaciones del continente, abarcando el 45.89% del total de las exportaciones entre 2001 y 2024, seguido de piedras y metales preciosos (9.73%) con el oro y diamantes procedentes de Ghana, Mali, Sudáfrica, Namibia, República Democrática del Congo; minerales metalíferos (3.96%) y vehículos automotrices (2.73%) (CCI, 2026; Fundación Anesvad, 27 jun 2024).

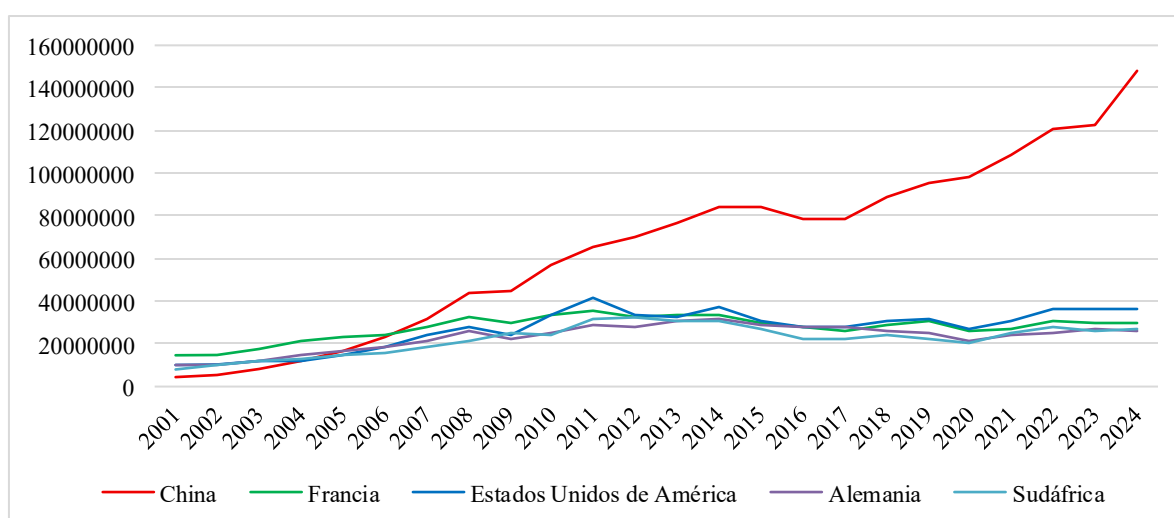
Gráfica 7. Principales exportaciones de África



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

En segundo lugar, la gráfica 8 pone en relieve el desenvolvimiento de las importaciones africanas, que en el periodo 2001-2024 representa un valor de \$10,830,204,490 millones de dólares, donde los combustibles minerales continúan prevaleciendo en las relaciones comerciales del continente con el exterior. Al respecto, para 2024, la importación de combustibles y derivados representó un comercio de \$136,027,020 millones de dólares, que complementado al valor total de importación de energéticos en 2001-2024, alcanza la suma de \$1,721,828,564, el 15.89% de las importaciones africanas en el mismo periodo. A la par de las importaciones combustibles, le siguen los productos destinados a la industria nuclear y automotriz, con 11.56% y 8.07%, respectivamente; máquinas, aparatos y materiales eléctricos (7.83%), y cereales, con el 4.43% de las importaciones totales entre 2001 y 2024 (CCI, 2026).

Gráfica 8. Principales importaciones de África



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

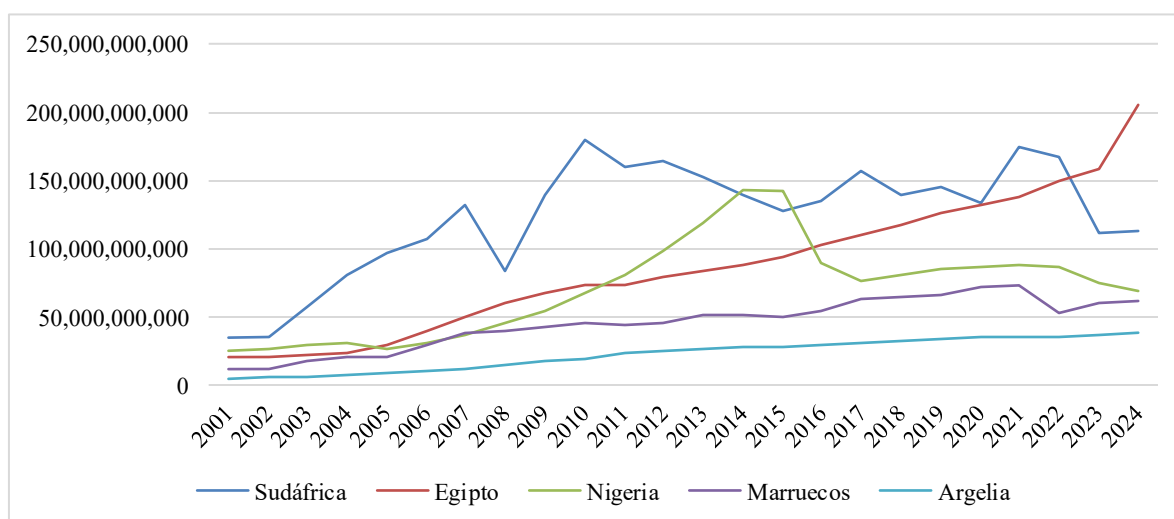
Evaluando la orientación geográfica del comercio africano, basado en los resultados presentados en las dos gráficas previas, es fácil distinguir que la República Popular China se consolida como el principal socio comercial de África, reforzando sus vínculos con los nodos políticos más relevantes en el continente, como Sudáfrica, Nigeria, Angola, Egipto; y su presencia en territorios geopolíticamente relevantes, como Eritrea, Yibuti y Somalia (Gil, 13 feb 2019; Gil, 17 abr 2019). Al tiempo, el fortalecimiento de la presencia china en el continente, así como las relaciones entabladas con otras potencias emergentes, como India, Rusia y Turquía, habla de la progresiva desconexión de los territorios africanos a las lógicas económicas, políticas, e incluso sociales, de Occidente, representando una oportunidad para los pueblos africanos en renacer como actores internacionales poderosos.

En esa tónica, Francia cada vez encuentra serios problemas para seguir ejerciendo su dominación en África, especialmente por las crecientes protestas contra el franco CFA, tildado de seguir representando el dominio colonial sobre los pueblos africanos, y por la denuncia de mandatarios africanos sobre golpes de estado fallidos propiciados por París. Frente a la pérdida de influencia europea, están emergiendo alternativas para los países de África, desde el ámbito monetario, como la propuesta de los países adheridos a la Alianza de Estados del Sahel (AES) de crear una base monetaria respaldada en sus recursos minerales, como el oro, uranio y petróleo; hasta la base social, como Mali, que está optando por darle mayor relevancia a la historia maliense que a la francesa en su sistema educativo (Lellou, 21 nov 2024; Opalo, 3 mar 2023; AhoraEG, 2 ene 2026). En consonancia al declive francés, el rol los Estados Unidos en África es incipiente en todas las áreas a excepción del terreno de la seguridad, que aunado a la expiración de la Ley de Crecimiento y Oportunidades para África (AGOA) en septiembre de 2025 y al posicionamiento de Área de Libre Comercio Continental Africana (AfCFTA), el poderío norteamericano se encuentra sumido en una encrucijada ante el auge que está teniendo China y sus aliados emergentes en el panorama continental y mundial (Soler, 23 abr 2020; Brixiova y Koudjom, 21 nov 2025).

Más allá del comercio, la Inversión Extranjera Directa (IED) en África también juega un rol trascendental, en tiempos donde la presencia occidental en el Sur Global se ve cada vez más eclipsada por el posicionamiento de actores emergentes que ofrecen alternativas de financiamiento diferentes a las condicionalidades auspiciadas por el Consenso de Washington. Según datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo

(UNCTAD), durante el periodo 2001-2024, África ha alcanzado una inversión extranjera de \$15,663,215,000,000 millones de dólares, iniciando con \$154,338,000,000 millones de dólares en 2001, hasta alcanzar \$1,073,851,000,000 millones de dólares para 2024 (UNCTAD, 2025a). Ese crecimiento se ve atribuido principalmente a la inversión en un único superproyecto, el *Ras El-Hekma Development Project*, proyecto que involucra la construcción de infraestructura enfocada a los servicios públicos en Egipto (UNCTAD, 2025b).

Gráfica 9. Principales países de África que reciben Inversión Extranjera Directa (2001-2024)



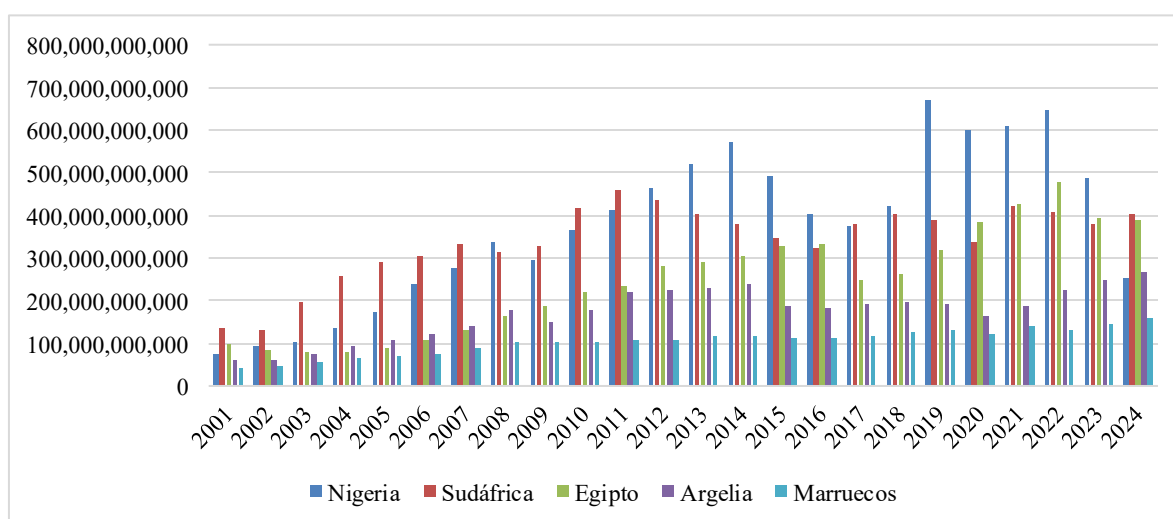
Fuente: Elaboración propia con base en UNCTAD (2025a).

Como se señala en la siguiente gráfica, los países africanos mayormente beneficiados de la IED son: Sudáfrica, con \$2,960,390,000,000 millones de dólares en el periodo 2001-2024, siendo el principal polo de atracción de inversión extranjera al representar el 18.90% del total invertido en África durante el periodo señalado, seguido de Egipto, con el 13.14% (2,059,691,000,000 millones de dólares), Nigeria 10.79% (1,691,418,000,000 millones de dólares), Marruecos 6.94% (1,087,271,000,000 millones de dólares), y Argelia 3.45% (541,894,000,000 millones de dólares) (UNCTAD, 2025a). Particularmente, los flujos de inversión de China han crecido de forma constante desde 2003, aunque se localiza en nodos estratégicos en África, como en Sudáfrica, que recibió \$11,730,000,000 millones de dólares, reportados por el American Enterprise Institute entre 2005 y 2024, seguido de Nigeria (\$8,110,000,000 millones de dólares), y Egipto (6,680,000,000 millones de dólares) (Johns Hopkins University, 2025; AEI, 2026). En contraparte, la inversión de Estados Unidos alcanza la cifra de \$943,353,000,000 millones de dólares entre 2005-2024, según la Oficina de Análisis Económico de EE. UU (BEA), priorizando los desembolsos a Egipto, con el 22.84% del total de la inversión

estadounidense en el periodo señalado, seguido de Sudáfrica (13.51%) y Nigeria (10.27%) (BEA, 2025).

Esa reconfiguración de los flujos comerciales y de inversión da cuenta de la conformación de centros económicos en el continente africano, reflejando que África no puede ser leída más como un bloque homogéneo en cuanto a desarrollo económico. Como se puede ver en la siguiente gráfica, el Banco Mundial reporta los índices de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), revelando el posicionamiento de los principales centros económicos del continente africano, a saber: Nigeria, Sudáfrica, Egipto, Argelia y Marruecos. A la par, y aunque no aparecen dentro de los cinco principales nodos, se debe de resaltar el auge de las economías angoleña, keniana, etíope, libia y marfileña, pues su dinamismo los ha posicionado dentro de las 10 principales fuerzas económicas de África para 2025 (Banco Mundial, 2025). Es a partir de la apuesta a la apertura comercial con países emergentes en el sistema-mundo contemporáneo al comienzo del siglo XXI que África transitó del unipolarismo occidental, hacia un escenario multipolar; aunque el panorama sistémico actual se está revelando la conformación de un sistema mundial basado en múltiples centros económicos.

Gráfica 10. Producto Interno Bruto de África (2001-2024)



Fuente: Banco Mundial (2025a).

No obstante, si bien el factor económico da cuenta de la conformación de centros de acumulación en el sistema-mundo actual, dicha reconfiguración debe de ser entendida también a partir de la fuerza política de cada uno de los nodos económicos. Al igual que la apertura económica, la orientación política de los gobiernos también responde a cuestiones geopolíticas, enmarcadas por el declive hegemónico de Estados Unidos, y Occidente en general, frente al

ascenso del poderío chino. Como se observa en el siguiente cuadro, cuatro de los cinco principales centros económicos se caracterizan por ser gobiernos proclives a la diversificación, estrechando relaciones con China, Rusia e India en diferentes sectores; a diferencia de Marruecos, que mantiene una lazo estratégico con Estados Unidos y la Unión Europea, que también se refleja en sus relaciones con el resto de países africanos, especialmente en su salida de la OUA (1984) y la ocupación de la República Árabe Saharaui Democrática, siendo este último territorio el único en África que no ha alcanzado su plena autodeterminación (Corera, 28 dic 2025).

Cuadro 13. Principales gobiernos africanos según orientación geopolítica

País	Gobernante	Orientación predominante	Rasgos clave de la política exterior
Nigeria	Bola Tinubu (2023–presente)	Prooccidental pragmático	Cooperación en seguridad y energía con Estados Unidos y Europa; mantenimiento de vínculos económicos con China.
Sudáfrica	Cyril Ramaphosa (2018–presente)	Diversificación estratégica	Política exterior no alineada; fortalecimiento de relaciones con China y Rusia; mantenimiento de vínculos económicos con Occidente.
Egipto	Abdel Fattah el-Sisi (2014–presente)	Diversificación controlada	Cooperación militar con Estados Unidos; fortalecimiento de vínculos estratégicos con Rusia y China.
Argelia	Abdelmadjid Tebboune (2019–presente)	Diversificación / no alineamiento	Asociación estratégica con Rusia y China; énfasis en autonomía estratégica frente a Occidente.
Marruecos	Mohamed VI (1999–presente)	Prooccidental	Relación estratégica con Estados Unidos y la Unión Europea; cooperación militar con países occidentales; apertura económica selectiva hacia China.
Angola	João Lourenço (2017–presente)	Diversificación pragmática	Profundización de la relación económica con China; búsqueda de equilibrio con Europa y Estados Unidos en el sector energético.
Kenia	William Ruto (2022–presente)	Prooccidental	Alineación política y de seguridad con Estados Unidos y Europa; participación activa en misiones internacionales; énfasis en estabilidad regional.
Etiopía	Abiy Ahmed (2018–presente)	Diversificación	Reorientación de alianzas hacia China, Turquía y países del Golfo; tensiones diplomáticas con Estados Unidos y Europa.

Fuente: Elaboración propia

En otro orden de ideas, la integración regional africana ha seguido una trayectoria marcada por el tránsito desde un regionalismo político soberanista, centrado en la defensa de la independencia y la integridad territorial tras la descolonización, hacia un regionalismo económico y de seguridad de carácter multinivel, en el que coexisten iniciativas subregionales, continentales y temáticas, como se observa en el siguiente cuadro (Bartesaghi y Pereira, 2015). Sin embargo, con la creación de la Unión Africana (2002) y, especialmente, de la Zona de Libre

Comercio Continental Africana y la creación de la Agenda 2063, se observa un intento de reconfigurar el regionalismo como instrumento de desarrollo, estabilización y autonomía estratégica, en un intento por revitalizar el pensamiento panafricanista de Nkrumah. No obstante, este proceso se ve tensionado por la persistencia de economías primario-exportadoras, la debilidad institucional, la superposición de organizaciones regionales, etc., lo que ha generado una integración fragmentada y asimétrica que refleja las herencias estructurales del colonialismo y las desigualdades del orden internacional (Westcott, 23 oct 2024).

Cuadro 14. Principales procesos de integración regional en África

Año	Organización	Región	Objetivo central
1963	Organización de la Unidad Africana (OUA)	Continental	Unidad política, descolonización y soberanía estatal
1975	Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO / ECOWAS)	África Occidental	Integración económica y seguridad regional
1981	Mercado Común para África Oriental y Austral (COMESA)	África Oriental y Austral	Mercado común y liberalización comercial
1989	Unión del Magreb Árabe (UMA)	Norte de África	Integración política y económica
1992	Comunidad del África Meridional para el Desarrollo (SADC)	África Austral	Integración económica y cooperación política
1996	Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo (IGAD)	Cuerno de África	Desarrollo y gestión de conflictos
2000	Comunidad del África Oriental (EAC)	África Oriental	Mercado común y unión política gradual
2002	Unión Africana (UA)	Continental	Integración continental, paz y desarrollo
2018	Zona de Libre Comercio Continental Africana (AfCFTA)	Continental	Mercado único africano

Fuente: Elaboración propia

En conjunto, África plantea un escenario diverso lleno de retos y oportunidades, puesto que la pluralidad de condiciones estructurales, entre desequilibrios políticos, económicos y sociales, ha imposibilitado darle una lectura homogénea al continente; aunque, dentro de esa heterogeneidad, es posible visualizar el profundo sentimiento africano, así como del resto del Sur Global, de desconectarse de las lógicas tradicionales que los obligaban a permanecer subordinados a los centros de acumulación sistémica. En un contexto donde el viejo orden estadounidense no termina de declinar y un nuevo mundo no termina de nacer, los pueblos africanos se han ido apuntalando como actores clave para dicha transición, encontrando en la diversificación comercial con economías emergentes y en la ruptura de dependencias heredadas del tortuoso momento colonial, la oportunidad para renacer, pero no como una nueva periferia en un nuevo sistema, sino como nuevos centros político-económicos verdaderamente independientes y capaces de alcanzar niveles óptimos de desarrollo, todo ello en el marco de la transformación global hacia un sistema-mundo policéntrico.

3.3. El crucial ascenso asiático

La toma de Berlín y la posterior capitulación del poderío alemán en mayo de 1945, representó el fin de la Segunda Guerra Mundial, en Europa, pero en Asia y en el Pacífico el conflicto seguía vigente con Japón. Desde su incursión al conflicto mundial, los japoneses, a favor del bando alemán, se habían empeñado en expandir el imperio hacia los territorios del sudeste asiático, puntualmente en Singapur, Malasia, Filipinas, las Islas Orientales Holandesas (actual Indonesia), la Indochina francesa (actuales Camboya, Laos y Vietnam), entre otros; así como se habían embarcado en una confrontación directa con los Estados Unidos tras el ataque a la base militar norteamericana Pearl Harbor, Hawaii, hacia 1941 (McMahon, 2003). Al margen de los efectos del caos sistémico, en las cumbres realizadas desde El Cairo (1943) hasta Potsdam (1945), entre el presidente de los Estados Unidos (Roosevelt, luego Truman), el primer ministro británico (Churchill, luego Atlee), y el líder soviético Iósif Stalin; se abordó qué hacer con la expansión japonesa cuando la guerra terminara. Así, cuando la utilización de armas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki condujo a la capitulación del Japón Imperial, en agosto de 1945, se iniciaría la reconfiguración del orden mundial planeado por Estados Unidos y Aliados desde años antes (Arrighi y Silver, 1999; Sanz y López, 2020).

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el continente asiático se configuró como un espacio central, después de Europa, para la ya consolidada hegemonía estadounidense, no sólo por su peso demográfico y la disponibilidad de recursos estratégicos, sino por su colindancia con la Unión Soviética. En ese tenor, el panorama que siguió a 1945 se volcó a la reconstrucción de Asia, especialmente en el Asia Oriental, pues Estados Unidos proyectó una ambiciosa política exterior enfocada al control unilateral de Japón. Tras su rendición, el Imperio de Japón se vio obligado a desprenderse de sus posesiones coloniales, como de Corea (1945), tal como se había estipulado desde El Cairo (1943); así como la pérdida de su autonomía política ante la ocupación estadounidense. En contraste a Alemania, no habría una repartición japonesa entre el resto de los Aliados, ya que el presidente Truman consideró que Estados Unidos fue el país más afectado por la Guerra del Pacífico y la única potencia capaz de reformar al país oriental. Mediante una estrategia de desmilitarización y democratización, se institucionalizó la ocupación norteamericana en Japón con la promulgación de la constitución de 1947, estipulando en el Artículo 9 la proscripción nipona al uso de la fuerza para la resolución de controversias (McMahon, 2003; Sanz y López, 2020).

Asimismo, el vacío de poder que dejó la caída japonesa, aunado al discurso de la autodeterminación de los pueblos y el desarrollo económico que la hegemonía estadounidense articuló para insertar a los pueblos oprimidos por el yugo colonial a su proceso de acumulación sistémica (Wallerstein, 1995a; 2001; Arrighi, 1994), los pueblos asiáticos comenzaron a emprender movimientos independentistas, que en aras del aumento de tensiones Este-Oeste, comenzaron a decantarse entre proyectos nacionalistas o comunistas (Westad, 2017). En el Asia Oriental, la reanudación de la guerra civil china (1945-1949) entre las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-Shek, apoyadas por Estados Unidos, y el proyecto comunista de Mao Zedong, afín a la Unión Soviética, terminaría siendo determinante para el establecimiento del “Telón de Bambú”⁹¹ (Sanz y López, 2020). Al otro extremo, la reconfiguración del sistema mundial comenzaba a hacer estragos en el Asia Occidental, desde pueblos que alcanzaban la independencia, como Siria y Jordania (1946), hasta la partición y posterior creación de Israel (1948) como aliado estratégico de Occidente en la región, a costa del pueblo de Palestina; pasando al Asia Meridional y el Sudeste Asiático, con la independencia de Filipinas (1946), India y Ceilán (1947), Indonesia (1949), y los movimientos de liberación nacional en Indochina (1946), fueron evidenciando que el orden occidental se articuló con la fragmentación política y la dependencia estructural, atrapando a Asia en relaciones clientelares con las superpotencias (Arrighi, 1994; Amin, 1983; Westad, 2017).

A medida en que las tensiones internacionales iban polarizando el escenario internacional, Odd Westad señala que el continente asiático se fue reconfigurando a partir de una división entre Estados alineados con Occidente, encabezados por Estados Unidos, y aquellos que adoptaron modelos socialistas alineados con la Unión Soviética, o posiciones autónomas (Westad, 2017). Frente a las intenciones soviéticas de expandir su influencia más allá de las limitaciones pactadas en Yalta, la controversia en Irán (1946)⁹² se convirtió en uno de los primeros escenarios fuera de Europa donde ya se enfatizaban las diferencias entre el poderío estadounidense y soviético (Byrne, 2011), y en donde la idea de la contención comenzaría a ser central en la política exterior norteamericana. En ese sentido, el discurso que el presidente Truman dirige al congreso solicitando la aprobación del plan de ayuda económica a Grecia y Turquía, que terminaría siendo conocido como Doctrina Truman, responde, en un primer

⁹¹ “Mientras Europa que daba dividida en dos partes separadas por un «telón de acero», en Asia oriental la «telón de bambú» partiría la región en dos: los países comunistas China, Mongolia, Corea del Norte, y después Laos y Vietnam— y los países no comunistas de la zona del Noroeste y Sudeste asiático” (Sanz y López, 2020: 9).

⁹² En relación a la negativa de la Unión Soviética para retirar su presencia militar al norte de Teherán, instaurada ahí desde 1941. Después de escalar el conflicto al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el poderío soviético finalmente saldría de Irán en 1946 (Byrne, 2011).

momento, al interés norteamericano de bloquear el acceso soviético al Mar Negro y Mediterráneo, que sería proyectado como una estrategia para atraer a los nacientes estados independientes hacia la retórica del ‘mundo libre’ en el marco de la consolidación del conflicto bipolar (Sanz y López, 2020; Gómez, 4 oct 2022).

Conforme la Guerra Fría fue permeando al continente asiático, Japón dejaba de ser considerado como enemigo y más un aliado estratégico para mantener el *statu quo* estadounidense en Asia Oriental. Pasando de la reforma democrática y la desmilitarización, la política exterior norteamericana en Japón ahora apostaría por su pronta recuperación económica, el cual se logró rápidamente, en parte por el keynesianismo militar⁹³ implementado en tierras niponas, lo que ayudó a consolidar a Japón como el aliado más importante para los Estados Unidos durante la Guerra Fría, hacia finales de los años cuarenta, y como el modelo ideal de “Estado desarrollista” que el resto de los países del Tercer Mundo debían de emular para alcanzar el estado pleno de autodeterminación y desarrollo económico (Cunningham, 2009; Arrighi, 2007; Westad, 2017). No obstante, los planes norteamericanos para el Asia Oriental tuvieron que modificarse ante el triunfo de Mao y la emergencia de la República Popular China (1949), la posterior institucionalización de su alianza con la Unión Soviética (1950)⁹⁴, así como el estallido de la Guerra de Corea (1950), hitos que fungieron como el punto de inflexión decisivo que consolidaron a Asia como escenario privilegiado de confrontación indirecta entre superpotencias y como motor de procesos acelerados de modernización política y militar.

En este contexto, la República Popular China emergió como un actor fundamental en la reorganización del orden asiático. Tras la victoria comunista, el liderazgo de Mao Zedong impulsó profundas transformaciones internas que se vieron reflejadas en el plano internacional, ya que la estabilidad político-económica fue determinante para el apoyo chino a movimientos de liberación nacional, en el auge de la descolonización, proyectando su influencia regional y convirtiéndose en un polo ideológico y geopolítico propio dentro del sistema bipolar (Westad, 2017; McMahon, 2003). Siguiendo la línea disruptiva del equilibrio de poder estadounidense en Asia, la Guerra de Corea ejemplificó con claridad la lógica de la Guerra Fría en Asia, caracterizada por la intervención indirecta de las superpotencias. Estados Unidos sostuvo militar y económicamente a Corea del Sur, mientras que Corea del Norte recibió apoyo de China y la Unión Soviética (Cunningham, 2009; Sanz y López, 2020). Este conflicto fue crucial

⁹³ Mediante la planificación militar estadounidense, desplegando una serie de bases militares cuasipermanentes (Arrighi, 2007; Westad, 2017).

⁹⁴ Con la firma del Tratado de Amistad, Alianza y de Asistencia Mutua SinoSoviético, en febrero de 1950.

para reforzar la percepción de Asia como frontera ideológica, la cual, desde la percepción de los Estados Unidos como potencia hegemónica, debía ser abordada mediante una contención orientada a la securitización del continente.

Ante el desencadenamiento y escalada de conflictos en Asia, Washington concluyó que era imperativo garantizar la estabilidad continental mediante instrumentos de seguridad antes de que el comunismo se extendiera en efecto dominó⁹⁵. Siguiendo esa lógica, desde la década de 1950, las relaciones de Estados Unidos con Asia se definieron en función de la seguridad internacional, siendo el Tratado de San Francisco (1951), firmado entre Estados Unidos y Japón⁹⁶ (Sanz y López, 2020), el parteaguas para dicha transición, pues de él emana un sistema basado en la firma de Tratados de Asistencia Mutua bilaterales entre la hegemonía norteamericana y Japón (1951; 1960), Taiwán (1954), Corea del Sur (1954), y Filipinas (1963), arquitectura conocida como *Hub-and-Spokes*⁹⁷ (Hunt, 16 oct 2024; Izumikawa, 2020). Al mismo tiempo, la estrategia de securitización estadounidense se tradujo en la construcción de regionalismos encargados de fomentar la paz, aunque los miembros se encontraban condicionados política y económicamente (Acharya, 2001), como en la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) (1954), la Organización del Tratado Central (CENTO) (1955), entre otras. Asimismo, y al igual que en América Latina y África, Estados Unidos, directa o indirectamente, estuvo relacionado con golpes de estado en contra de aquellos que perturbaran los ideales del ‘mundo libre’, como en Irán (1953), Irak (1963), Indonesia (1965) o Camboya (1970) (Blum, 1995; Balderas, 19 oct 2025).

Mientras la hegemonía estadounidense se empeñaba en la securitización de la contención, desde el Tercer Mundo se comenzaría a gestar un proyecto político alternativo que rompiera con siglos de dominación occidental y permitiera virar hacia escenarios donde emerger como unidades políticas autónomas capaces de superar el histórico maldesarrollo (Prashad, 2012). Bajo ese entendido, la derrota francesa en Indochina y las posteriores Conferencias de Ginebra sobre Indochina (1954) evidenciaron el agotamiento del modelo colonial en Asia, y, a la vez, exacerbó el deseo de autodeterminación y la capacidad de resistencia de los pueblos ante el dominio colonial. Ese sentimiento quedó immortalizado en la cumbre afroasiática de Bandung

⁹⁵ “Se coloca una hilera de fichas de dominó, se empuja la primera, y lo que ocurrirá hasta que caiga la última es la certeza de que todo sucederá muy deprisa” (Westad, 2018 [2017]: 218).

⁹⁶ En dicho tratado se estipula el fin de la ocupación estadounidense de Japón, así como el retorno de su soberanía y el derecho a mantener fuerzas armadas propias (Dower, 3 mar 2014).

⁹⁷ El sistema *Hub-and-Spokes*, o sistema radial, es un esquema donde hay un único centro (Estados Unidos) y una serie de conexiones bilaterales asimétricas con un conjunto de aliados, sus radios (Japón, Taiwán, Corea del Sur, Filipinas), a través de cooperación económica y militar (Hunt, 16 oct 2024).

(1955), que, guiados por una postura política en contra del colonialismo e imperialismo, marcarían un hito para lo que Samir Amin denomina como Primer Despertar del Sur (Amin, 2008; Prashad, 2007). A pesar del quiebre ideológico del Tercer Mundo, institucionalizado con el Movimiento de los Países No Alineados (1961), que permitió cierto distanciamiento formal de la lógica bipolar, Odd Westad subraya que la dependencia económica, tecnológica y militar de las grandes potencias limitó la soberanía efectiva de estos países y los mantuvo insertos en la estructura jerárquica del sistema internacional (Westad, 2017). A la par, el recrudecimiento de los conflictos “calientes” de la lógica Este-Oeste en Asia Occidental y el Sudeste, donde la incursión de Estados Unidos en Vietnam (1964), y el enfrentamiento entre Israel y el panarabismo del líder egipcio Gamal Nasser en la Guerra de los Seis Días (1967) (Sierra, 2007), serán determinantes para el orden mundial norteamericano, que alcanzaría su límite histórico-social desde el inicio de la década de 1970.

Según Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, desde finales de la década de los sesenta, la hegemonía estadounidense comenzaría a presentar señales de debilitamiento, producto de las contradicciones del orden mundial construido desde Yalta (1945), presiones que terminaron exacerbadas al inicio de la década de 1970 (Wallerstein, 2003; Arrighi, 1994). El golpe que representó el fin del patrón oro-dólar (1971) para el poderío norteamericano estuvo acompañado de crisis políticas y militares, así como la profundización del estancamiento económico, siendo el continente asiático el epicentro de la crisis-señal para la hegemonía de Estados Unidos (Arrighi, 1983; 2007). La salida de tropas estadounidenses de Vietnam para 1973 evidenció su debilitamiento militar y político, tanto en el plano internacional como en el doméstico, pues se empezó a cuestionar el papel norteamericano como gendarme global (Westad, 2017; Arrighi, 2007). A la par, la Guerra de Yom Kippur (1973) demostró el peso del Tercer Mundo en la transformación sistémica, pues el embargo que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) impuso a Estados Unidos y a todos los países afines a Israel, en el marco de la guerra, desencadenó la primera crisis energética, cuyos estragos fueron globales (Yaqub, 2013; Smith, 2005; McMahon, 2003).

Paralelamente, la crisis energética de principios de los setenta fungió como catalizador del desarrollo económico en algunos países del continente asiático que, en el marco del comienzo de la fragmentación hegemónica, se fueron posicionando como polos económicos nacientes, lo cual fue determinante para el progresivo viraje del centro de gravedad de la economía mundial hacia Asia (Braudel, 1985; Arrighi, 2005). Ante el encarecimiento del crudo, los países

exportadores de petróleo experimentaron un *boom* económico importante, como Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait; quienes aprovecharon las bonanzas para mejorar sus condiciones económicas internas, e invirtieron sus excedentes de capital (petrodólares) en instituciones bancarias privadas en Occidente (Owen, 23 nov 1981; Hanieh, 16 nov 2023; Lama, 2023). Asimismo, la década de 1970 fue crucial para el posicionamiento económico de Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, y Singapur, quienes, siguiendo el modelo desarrollista implementado en Japón, se beneficiaron de la ayuda estadounidense en cuanto a la transferencia tecnológica y el acceso preferencial a mercados, lo que facilitó procesos de industrialización acelerada y modernización productiva (Cunningham, 2009; Lama, 2023).

Ahora bien, mientras los países del Golfo y los denominados ‘Tigres Asiáticos’ despuntaron económicamente en el escenario internacional gracias a la financiarización de la hegemonía estadounidense, Asia Oriental será atravesado por una reestructuración sistémica, síntoma propio de la crisis-señal norteamericana. En ese sentido, el caso de Japón resulta paradigmático y, al mismo tiempo, contradictorio. El despunte económico de la economía nipona entre 1951 y 1973 se debió a la suma de factores endógenos favorecidos por el contexto internacional, pues el keynesianismo militar norteamericano aunado a una doctrina nacional volcada a la recuperación del sector industrial ocasionó el exponencial crecimiento del yen (Correa, 2017). No obstante, al momento en que el ciclo de acumulación estadounidense transitaba hacia la financiarización, de las primeras contradicciones del orden norteamericano exacerbadas fue precisamente el auge japonés, que, sumado al peso de la reindustrialización de Alemania Occidental, fueron desequilibrando el *status quo* instituido desde 1945 frente a la intensificación de la competencia interestatal (Arrighi, 2007). A la par, la crisis del sistema de Bretton-Woods (1971) y las crisis energéticas de los años setenta ralentizaron su crecimiento económico, recurriendo a la deslocalización de industrias de bajo valor añadido para mejorar sus rendimientos en las más dinámicas, medida que le funcionó para seguir vigente como nodo económico determinante en la escena internacional, como lo demostró en los Acuerdos del Plaza (1985); aunque dicho acuerdo será el acabose de la crisis en años posteriores (Gil, 18 may 2017; Chen, 1 nov 2025; Díaz, 2022).

En contraste, para la República Popular China, la década de 1970 fue un punto de inflexión para su ‘Despertar’ como un actor económico y político clave en el sistema mundial. A grandes rasgos, desde el triunfo de la revolución en 1949, la República Popular de Mao apostó por una recuperación económica basada en modelos quinquenales soviéticos sobre industrialización pesada, siendo el campo la base para dicho crecimiento; y aunque la iniciativa del “Gran Salto

Adelante” (1958) resultó en un rotundo fracaso, el periodo fue clave para el fortísimo despegue económico hacia finales de los años setenta. En este escenario, la escisión sino-soviética, hacia finales de los sesenta, es un hito para la diversificación de la China continental frente a un Estados Unidos deseoso por inclinar el equilibrio de poder en Asia a su favor. En ese sentido, la visita de Nixon a Pekín y la admisión de la China Popular a la Organización de las Naciones Unidas en detrimento de Taiwán, guiados por el principio de ‘Una Sola China’ (1972), así como el intento de formalizar las relaciones diplomáticas entre ambos países, habla de un primer momento de inserción internacional de la China Popular. No obstante, la muerte de Mao Zedong y la llegada de Deng Xiaoping como líder del Partido (1976) fue determinante para el ‘despertar del dragón asiático’. En 1978, a partir de un conjunto de reformas centradas en la transición de la República Popular hacia mecanismos de mercado, en lo que Deng denominó ‘economía socialista de mercado’, aunado a una política de ‘puertas abiertas’ a la inversión extranjera y a los vínculos con el mundo capitalista, la China continental, teniendo el reconocimiento de una sola China y estableciendo relaciones formales con Estados Unidos (1978), aprovechó las contradicciones del orden de Yalta y el progresivo declive hegemónico, ya en la fase de financiarización, para el auge de su economía (Merino, Bilmes y Barrenengoa, 2021; Cohen, 2011).

En otro orden de ideas, para finales de los setenta y a lo largo de la década de 1980, el orden bipolar de Guerra Fría ya evidenciaba signos de desgaste estructural, siendo el Asia Occidental uno de los principales escenarios donde se evidenciaron dichas tensiones. Para 1979, la vasta zona del Medio Oriente se configuraba como una región volátil estancada en las confrontaciones y clientelismo Este-Oeste, pues mientras la Unión Soviética mantenía fuertes lazos con Siria e Irak, Estados Unidos hacía lo propio con Israel (Sanahuja, 1999), al tiempo que aseguraba el suministro petrolero de los países del Golfo e Irán; y ninguna de las dos superpotencias tenía interés alguno en solucionar la cuestión palestina (Sierra, 2007; Westad, 2017). Sin embargo, la revolución iraní (1979) marcaría un punto de quiebre para el orden bipolar, y para la hegemonía estadounidense misma, pues la postura de Irán sobre “ni Oriente ni Occidente, solo Islam” desafiaba deliberadamente al orden mundial de Estados Unidos y abría la brecha para una *desconexión* hacia otras alternativas sistémicas (Amin, 1985; Sierra, 2007; Arrighi, 2007). Cuando la propuesta de desconexión iraní comenzó a hacer mella en los países árabes, Afganistán trató de emular el éxito de la revolución islámica, pero sus planes se vieron afectados con la invasión soviética en su territorio (1979-89), incursión que terminó por desestabilizar política y económicamente no sólo al país afgano, sino también fue un punto de

inflexión para el agotamiento de la confrontación bipolar (De Faramiñán y Pardo de Santayana y Gómez de Olea, 2009; Westad, 2017).

Para principios de los años noventa, la caída de la Unión Soviética (1991) representó el fin del orden internacional bipolar, y al no haber un contendiente directo por ser el centro de las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo, se inició la configuración de un Nuevo Orden Mundial basado en el poder hegemónico-unipolar de los Estados Unidos. De esta manera, cuando Hussein desafió las nuevas reglas del juego al invadir Kuwait, el poderío estadounidense respondería con toda la fuerza militar disponible, evidenciando que el orden postguerra fría sería de un liderazgo norteamericano basado menos del consenso y más en la dominación (Singh, 2006; Wallerstein, 2003; Gramsci, *trad.* 1975). Asimismo, la caída soviética serviría como aliciente para desmeritar el orden comunista y legitimar al capitalismo como medio para consolidar crecimiento económico y sistemas políticos estables (Singh, 2006), utilizando el discurso de la democracia como estrategia de securitización. Para el caso asiático, el Nuevo Orden ‘de Seguridad’ sería crucial para el reforzamiento del sistema de San Francisco⁹⁸ (*hub-and-spokes*) (1951), operaciones de mantenimiento de paz (Camboya, 1991), y el acercamiento a los países del Sudeste Asiático pertenecientes a la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental (ASEAN)⁹⁹ como una nueva medida de contención ante el auge de China y el despegue de India¹⁰⁰ (Singh, 2006; Pontijas, 2014).

El esquema de posguerra fría habría resultado favorable para el crecimiento y estabilidad de los polos económicos asiáticos, especialmente Japón, que para principios de los noventa dominaba los mercados financieros y los flujos comerciales de Asia. No obstante, la crisis financiera de 1990 llevaría no solo al estancamiento de la economía japonesa¹⁰¹, sino que los estragos de la crisis alcanzaron a las economías crecientes del Sudeste (Tailandia, Malasia, Indonesia y Filipinas), exacerbando la “crisis de los tigres asiáticos” para 1997. Esta situación puso en perspectiva tres cuestiones: i) a pesar del dinamismo económico presentado en Asia nororiental desde mediados del siglo XX, la crisis financiera reflejaba que poseían

⁹⁸ Que originalmente contemplaba a Japón, Taiwán, Corea del Sur y Filipinas, pero que después se fue incorporando a Tailandia, y a Australia como parte de la región Asia-Pacífico (Singh, 2006).

⁹⁹ La Asociación de Naciones de Asia Sudoriental nace en 1967 como una organización regional que fomenta la cooperación política, económica y sociocultural entre sus Miembros, entre los que destacan Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia como fundadores. En la actualidad, el bloque ASEAN es considerado parte de las economías emergentes en el escenario internacional (El Kanfoudi, 6 abr 2023).

¹⁰⁰ Desde 1991, la política exterior india pasó de su relativo aislacionismo de Guerra Fría y su postura de no alineado, a la diversificación, apertura de inversión extranjera, y acercamiento con el sistema financiero internacional, factores que fueron clave para su ‘despertar’ en el periodo posguerra fría (Kent, 2015).

¹⁰¹ La “década perdida” para Japón (1990-2000)

características, y serían tratadas por Occidente, como economías del Tercer Mundo; ii) las contradicciones neoliberales, pues ante la crisis, las instituciones financieras internacionales creían que el modelo asiático, volcado a la liberalización y diversificación económica, había causado la recesión; y iii) el limitado apoyo estadounidense para solventar los estragos financieros, ya que la hegemonía estaba empeñada en su campaña de securitización global, particularmente en el Golfo Pérsico (Pontijas, 2014; Toussaint, 2004; Puyana, 2002). Respecto al último punto, quedaría más evidenciado al inicio del siglo XXI, cuando la Guerra contra el Terrorismo, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, llevaría a las fuerzas estadounidenses a incursionar en Afganistán (2001) e Irak (2003), intensificando la cooperación en seguridad con Asia Oriental y el Sudeste Asiático (Japón, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, Tailandia) (Singh, 2006; Sahashi, 2024).

En ese contexto, para 1990, y a partir del éxito de las iniciativas de las Cuatro Modernizaciones y la Gran China¹⁰², la República Popular China potenciaría su estabilidad y crecimiento económico iniciado tras las reformas de 1978 (Dabat y Hernández, 2022). A pesar de que la crisis asiática de 1997 cimbró su economía, su temprana y limitada inserción al sistema financiero internacional¹⁰³ fue crucial para que el poderío chino saliera relativamente ileso; tanto así que incluso destinó recursos, en el marco del sistema de cooperación ASEAN +3 (1997), para ayudar a los países asiáticos más afectados por los estragos del *shock* de finales del siglo XX, comenzando a posicionar a China como un poder estabilizador y económicamente dinamizador (Gruenwald y Aziz, 2003; Wilhelmy, s.f; Pontijas, 2014). No obstante, la llegada del siglo XXI fue determinante para la consolidación del poderío chino, rescatando puntualmente tres hitos: i) con su entrada a la Organización Mundial del Comercio (2001), reflejaba su posicionamiento como potencia comercial y el parteaguas para la diversificación de china hacia nuevos flujos comerciales con el Sur Global; ii) el 9/11 y la Guerra contra el Terrorismo, mientras Estados Unidos se desgastaba militar y, por ende, económicamente, China encontró una oportunidad estratégica para fortalecer su presencia, primero en Asia, seguido del Sur y el resto del mundo; y iii) la crisis financiera de 2008, siendo el punto de inflexión para la crisis-final de la hegemonía estadounidense, pues se intensificó la reconfiguración sistémica en donde Asia Oriental se ha posicionado como el centro de

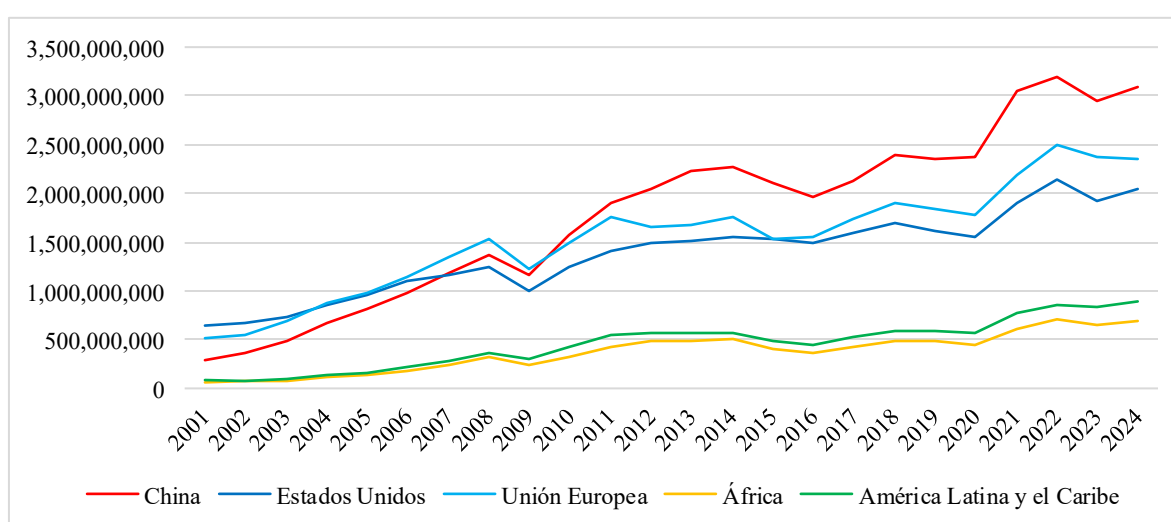
¹⁰² Cuatro modernizaciones (industrial, agrícola, científico-tecnológica y militar); la Gran China fue una estrategia articuladora de un vasto complejo étnico-económico que vinculó la China continental con Hong Kong, Taiwán y Singapur (Dabat y Hernández, 2022).

¹⁰³ Para la década de 1990, la República Popular China ingresa al Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional

gravedad de la economía mundial (Merino, Bilmes y Barrenengoa, 2021; Wilhelmy, s.f; Sun, 2 sep 2021).

Todo ello da cuenta de que, en el marco del progresivo declive hegemónico de los Estados Unidos en el panorama actual del siglo XXI, el continente asiático se ha consolidado no solo como un único centro para la acumulación, sino como un conjunto de actores que a partir del comercio, la inversión y la diversificación política, están modificando las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo en tiempos de cambio estructural. En particular, es en los flujos comerciales donde se materializa con mayor claridad la importancia de Asia en el plano internacional, pues solo en 2024, el comercio total asiático representó un valor de \$19,655,815,436 millones de dólares, acumulando en el periodo comprendido entre 2001 y 2024 un comercio de \$289,247,661,356 millones de dólares. Este exponencial crecimiento se ve reflejado en el dinamismo de los flujos comerciales de China, con un comercio con valor de \$82,289,279,827 millones de dólares, representando el 28.44% del comercio total asiático en el periodo antes señalado, seguido de Japón con el 11% (\$31,843,740,331 millones de dólares), Hong Kong 7.71% (\$22,300,664,526 millones de dólares), Corea del Sur 7.42% (\$21,470,638,760 millones de dólares), Singapur 5.38% (\$15,550,246,222 millones de dólares). Asimismo, es importante hacer mención del enorme peso que representa el flujo comercial de India, Taiwán, Emiratos Árabes Unidos, Tailandia y Malasia, representando el 5.10%, 4.47%, 3.43%, 3.21% y 3.19%, respectivamente, del agregado comercial asiático desde el comienzo de los años 2000 (CCI, 2026).

Gráfica 11. Comercio China, Estados Unidos, Unión Europea, África, América Latina y el Caribe con Asia



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

Como se observa en la gráfica, China es quien lidera los flujos comerciales con el continente asiático, pasando de \$6,158,196,519 millones de dólares en el periodo 2001-2008, la caída comercial del 14.23% en 2009 respecto a 2008¹⁰⁴, producto de los estragos de la crisis inmobiliaria, a \$36,792,490,055 millones de dólares para el periodo 2009-2024 (CCI, 2026). Un hecho notable es el relativo estancamiento comercial China-Asia de 2019-20, a efectos de la pandemia por COVID-19; sin embargo, el repunte para 2021-22, gracias a las políticas internas chinas enfocadas a mantener relativamente estables la producción y las exportaciones (Domínguez, 2023), da cuenta de la fuerza y dinamismo del comercio de China para el continente asiático. Paralelamente, el comercio que Asia mantiene con la Unión Europea ha pasado de \$514,946,327 millones de dólares en 2001 a \$1,784,371,415 millones de dólares para 2024, sumando un comercio total de \$36,997,851,264 millones de dólares en el periodo 2001-2024, particularmente por sus fuertes vínculos en Oriente medio y Asia Meridional. A la par, Estados Unidos mantiene un flujo comercial, si bien constante, no equiparable al crecimiento comercial con China, pues, tras la crisis de 2008, no ha habido un repunte importante, sumando \$33,058,713,906 millones de dólares en 2001-2024, comparado con el comercio chino en el continente ascendiente a \$42,950,686,574 millones de dólares en el mismo periodo (CCI, 2026).

En cuanto a la orientación geográfica de los principales flujos comerciales para Asia, tanto China como la Unión Europea y Estados Unidos han entablado relaciones comerciales con las diferentes regiones asiáticas a través de acuerdos y tratados, que en muchos casos responden a intereses geopolíticos. Como se puede ver en la siguiente tabla, China ha optado por una diversificación comercial que va desde lo panregional, como el Acuerdo de Libre Comercio con la Asociación Económica Integral Regional (RCEP), siendo el acuerdo más grande del mundo al vincular comercialmente a 15 países de Asia-Pacífico; hasta lo regional, consolidándose como el principal socio comercial para la ASEAN y el Asia Central, y teniendo fuertes vínculos con Oriente Medio (ASEAN, 2025; Eurasian Research Institute, 2020). Por su parte, la Unión Europea ha optado por Acuerdos de Asociación Económica y Acuerdos de Libre Comercio, en su mayoría bilaterales, con los principales nodos económicos de Asia, como con Japón, Corea del Sur, Singapur, y recientemente con India (2026), siendo la Unión su principal socio comercial en el comercio de bienes (Casa Asia, 15 oct 2024; European Commission, 2026). En las relaciones comerciales Estados Unidos-Asia, el hegemon

¹⁰⁴ Según los datos reportados por el Centro de Comercio Internacional (2026), el comercio China -Asia en 2008 fue de \$1,366,747,272 millones de dólares, y en 2009 fue de \$1,171,814,765 millones de dólares.

norteamericano ha priorizado sus relaciones en el Indopacífico, como lo demuestra el Marco Económico del Indo-Pacífico para la Prosperidad en la escala panregional, y el fortalecimiento de alianzas con los miembros del Sistema de San Francisco (Japón, Taiwán, Corea del Norte), el Sudeste Asiático, Israel y algunos países del Golfo (Kuok, 23 jun 2025).

**Cuadro 15. Acuerdos comerciales de Estados Unidos
Unión Europea y China con Asia**

Región	China	Unión Europea	Estados Unidos
Asia	Acuerdo Comercial Asia-Pacífico (APTA) (2005); (Acuerdo de Bangkok, 1975) Asociación Económica Integral Regional (RCEP) (2022).		Marco Económico del Indo-Pacífico para la Prosperidad (IPEF) (2022) Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP); EEUU se retira en 2017.
Asia Oriental	Tratado de Libre Comercio China-Corea del Sur (2015). Acuerdo Marco de Cooperación Económica (ECFA) con Taiwán (2010).	Acuerdo de Asociación Económica con Japón (2019). Acuerdo de Libre Comercio con Corea del Sur (2011). Diálogo sobre Comercio e Inversión UE-Taiwán (2022). Acuerdo Marco de Colaboración y Cooperación (ACC) con Mongolia (2017).	Acuerdo Comercial entre Estados Unidos y Japón (USJTA) (2020) Tratado de Libre Comercio EEUU-Corea (2012; 2018) Iniciativa Estados Unidos-Taiwán sobre el Comercio del Siglo XXI (2022) Acuerdo Comercial Fase Uno EEUU-China (2020) Acuerdos Marco de Comercio e Inversión EEUU-Mongolia (2004)
Sudeste Asiático	Tratado de Libre Comercio China-ASEAN (ACFTA) (2010); actualización 2019 con ASEAN 2.0; actualización 2025 con ASEAN 3.0. Tratado de Libre Comercio con Camboya (2022), Singapur (2024).	Acuerdos de Libre Comercio con Singapur (2019), Vietnam (2020), Indonesia (2025). Acuerdo de Asociación y Cooperación (PCA) con Filipinas (2022), Malasia (2022) y Tailandia (2024). Régimen preferencial "Todo Menos Armas" con Myanmar.	Tratado de Libre Comercio EEUU- Singapur (2004) Acuerdo Comercial Bilateral Vietnam-EEUU (2001) Acuerdos Marco de Comercio e Inversión con ASEAN (2006), Myanmar (2013), Brunei (2002), Camboya (2006), Indonesia (1996), Laos (2016), Malasia (2004), Filipinas (1999), Tailandia (2002), Vietnam (2007). Acuerdo sobre Comercio Recíproco (ART) entre Estados Unidos Malasia (2025); Camboya (2025)
Asia Meridional	Tratado de Libre Comercio con Pakistán (2006), Maldivas (2017)	Acuerdo de Libre Comercio con India (2026). Acuerdo de Cooperación con Pakistán (2004), beneficiario del Sistema Generalizado de Preferencias (2014); Bangladesh (2001)	Acuerdos Marco de Comercio e Inversión con Maldivas (2004), Nepal (2011), Pakistan (2003), Sri Lanka (2002). Foro de Cooperación en Comercio e Inversión con Bangladesh (2013)
Asia	China es el principal socio	Acuerdo de Asociación y	Acuerdos Marco de Comercio

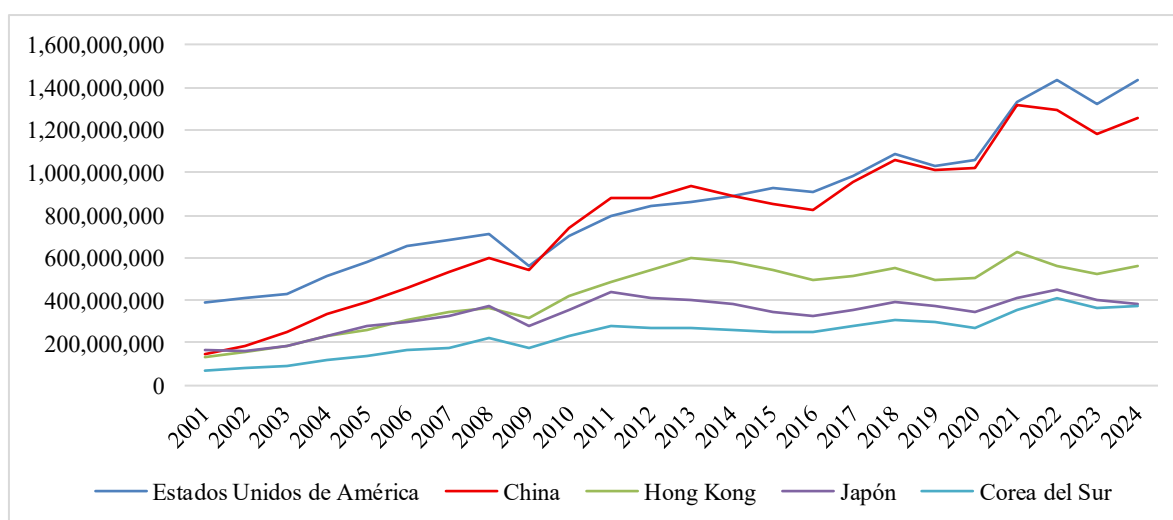
Central	comercial de Asia Central (Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán). II Cumbre China-Asia Central (2025): reforzamiento de acuerdos bilaterales	Cooperación (ACC) con Tayikistán (2010). Acuerdo de Asociación y Cooperación Reforzada (AEER) con Kirguistán (2024), Kazajstán (2020), Uzbekistán (2025), Tayikistán (2025). Acuerdo Interino de comercio y asuntos comerciales con Turkmenistán (2010).	e Inversión con el Asia Central (Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán, Uzbekistán) (2004)
Asia Occidental (Medio Oriente)	Acuerdo comercial China-Jordania (1979). Foro Empresarial Saudí-Chino (2025). Avanzadas negociaciones sobre un Acuerdo de Libre Comercio con el Consejo de Cooperación del Golfo. Negociación de Tratado de Libre Comercio con Israel desde 2016 Trato de Cero Aranceles a exportaciones afganas desde 2022	Acuerdo de Asociación con Turquía (1963); Acuerdo de Unión Aduanera (1995). Turquía es candidata a la adhesión a la Unión Europea (1999). Acuerdo de Cooperación con Siria (1977), el Consejo de Cooperación del Golfo (1989). Acuerdo de Asociación UE-Israel (2000). Acuerdo de Asociación UE-Líbano (2006) Acuerdo de Cooperación sobre Asociación y Desarrollo (ACAD) con Afganistán (2017).	Tratado de Libre Comercio con Israel (1985), Bahrein (2006), Jordania (2001), Omán (2009). Acuerdos Marco de Comercio e Inversión con Afganistán (2004), Bahrein (2002), Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) (2012), Irak (2005), Kuwait (2004), Líbano (2006), Omán (2004), Qatar (2004), Arabia Saudita (2003), Turquía (1999), Emiratos Árabes Unidos (2004), Yemen (2004)

Fuente: Elaboración propia

En ese escenario, resulta importante hacer un seguimiento de las exportaciones e importaciones asiáticas para dimensionar el impacto del comercio asiático en las dinámicas de reestructuración sistémica. Las exportaciones de Asia se han caracterizado por un notable crecimiento, pasando de \$1,808,613,497 millones de dólares a comienzos del siglo XXI a \$10,233,001,354 para 2024, resultando en un aproximado de \$150,544,807,004 millones de dólares en las exportaciones totales durante 2001-2024. Como se observa en la siguiente gráfica, en términos de diversificación, éstas se han limitado a un vínculo más estrecho entre países asiáticos, particularmente el Asia Oriental, y Estados Unidos, siendo este último el principal destino para las exportaciones asiáticas, con un flujo comercial que asciende a \$20,493,859,648 millones de dólares en 2001-2024, seguido de China (\$18,529,503,423 millones de dólares) y Hong Kong (\$10,289,698,807 millones de dólares). Sobre los productos exportados, destacan los materiales, aparatos y maquinarias eléctricas como los principales productos comerciados, representando el 22.29% del total de las exportaciones entre 2001 y 2024, lo cual habla del peso industrial asiático; seguido de combustibles minerales (13.93%),

particularmente el petróleo en Oriente Medio¹⁰⁵ y el gas de Asia Central¹⁰⁶; maquinarias y manufacturas dedicadas al sector nuclear (12.54%), medios de transporte (5.44%), y piedras preciosas y semipreciosas (3.36%) (CCI, 2026).

Gráfica 12. Principales exportaciones de Asia



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

Complementariamente, las importaciones de Asia han ido evolucionando a medida que avanza el siglo XXI, iniciando en 2001 con \$1,633,617,118 millones de dólares hasta llegar a \$9,422,814,082 millones de dólares en 2024, sumando el total de las importaciones asiáticas en el periodo 2001-2024 a \$138,702,854,352 millones de dólares. En perspectiva, este último dato ayuda a destacar que el comercio de Asia se encuentra en superávit, ya que las exportaciones son 8.53% mayores a las importaciones. Al igual que las exportaciones, la diversificación de las importaciones se mantiene limitada en su mayoría a Asia Oriental y Estados Unidos, siendo China el principal centro de origen de las importaciones asiáticas¹⁰⁷, con un comercio aproximado de \$23,418,470,267 millones de dólares entre 2001-2024; seguido, a distancia, Estados Unidos (\$11,063,184,574 millones de dólares) y Japón (\$10,095,955,324 millones de dólares), tal como se ilustra en la siguiente gráfica. A razón de los principales productos importados, nuevamente la maquinaria, materiales y aparatos eléctricos son los principales bienes adquiridos por los países asiáticos, representando el 20.64% del total de las importaciones asiáticas en 2001-2024, seguido de combustibles y

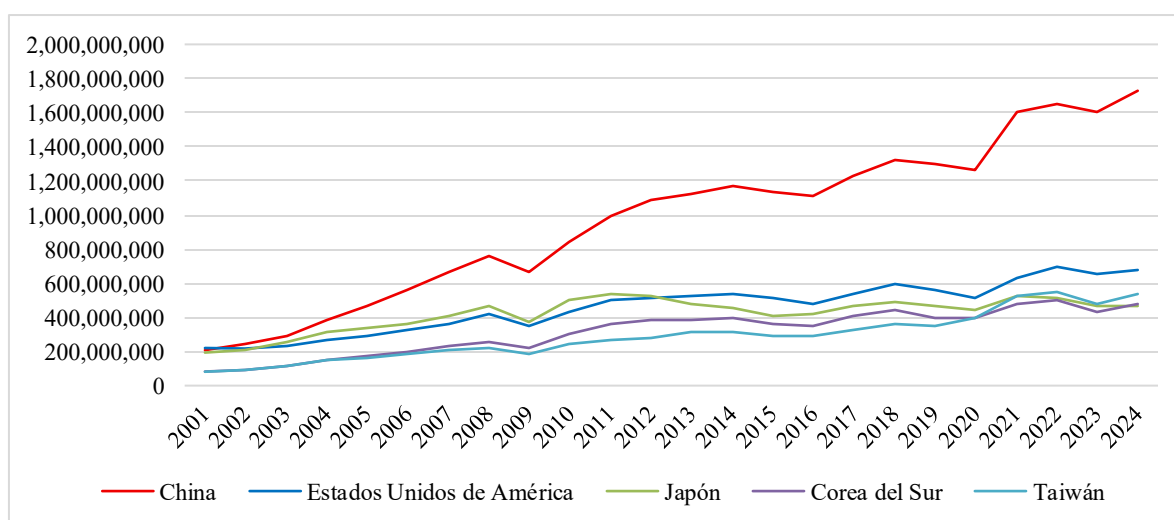
¹⁰⁵ Exportación de hidrocarburos de Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Irán, Kuwait y Qatar, que se han ido reorientado hacia China e India como los principales destinos (Crivelli, Álvarez y Martínez, 2025).

¹⁰⁶ Asia Central conserva uno de los mayores yacimientos de energéticos (Hidrocarburos y gas natural) del mundo, siendo Turkmenistán el país de Asia Central que más reservas de gas posee (Blanc-Altemir, 2012).

¹⁰⁷ Refuerza la posición de China como la “fábrica del mundo” (Villanueva, 26 nov 2024).

aceites minerales (17.16%), reactores nucleares y sus manufacturas (10.87%), piedras preciosas y semipreciosas (4.45%), y medios de transporte, como vehículos automóviles y demás transportes terrestres (3.56%) (CCI, 2026).

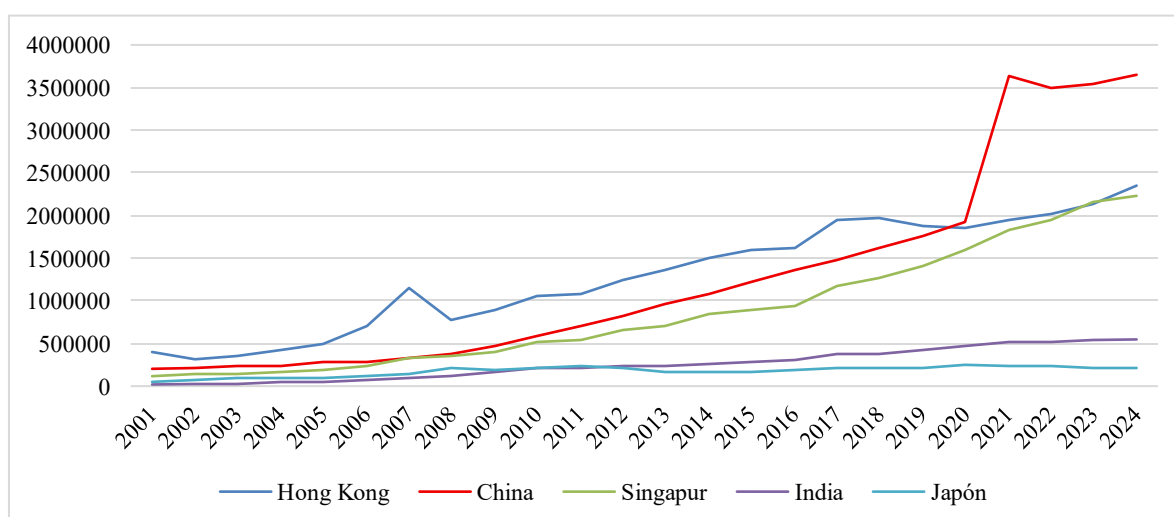
Gráfica 13. Principales importaciones de Asia



Fuente: Elaboración propia con base en CCI (2025).

Además del comercio, el continente asiático es un fuerte polo de atracción a la Inversión Extranjera Directa (IED). Según la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), Asia es el principal destino de inversión extranjera en el mundo, aunque, en contraste con América Latina y África, también es donde se encuentra más fragmentada y concentrada en polos específicos del continente, descuidando aspectos cruciales como el fomento a la infraestructura por priorizar la inversión en flujos digitales (UNCTAD, 19 jun 2025). En ese sentido, la IED en Asia asciende a \$141,846,136,000,000 millones de dólares en el periodo 2001-2024, siendo Asia Oriental en donde mayormente se localiza la inversión, representando el 51.14% del total de las inversiones extranjeras en el periodo señalado (aprox. \$72,540,507,000,000 millones de dólares); seguido del Sudeste Asiático con el 25.70% (\$36,467,415,000,000 millones de dólares), siendo el bloque ASEAN que acumula más inversión en la región; Asia Occidental con 15.20% (\$21,566,035,000,000 millones de dólares), direccionada mayoritariamente a los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo; Asia Meridional con 5.73% (\$8,138,097,000,000 millones de dólares), concentrada en India, Pakistán y Sri Lanka; y Asia Central con 2.20% (\$3,134,087,000,000 millones de dólares) (UNCTAD, 2025a; UNCTAD, 19 jun 2025).

**Gráfica 14. Principales países de Asia
que reciben Inversión Extranjera Directa (2001-2024)**



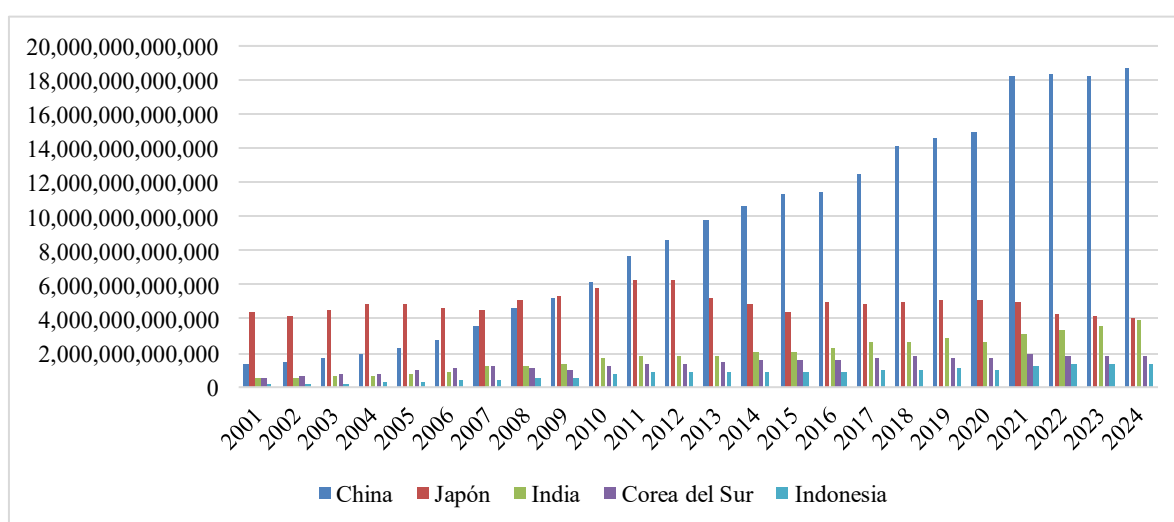
Fuente: Elaboración propia con base en UNCTAD (2025a)

Como se observa en el gráfico, los principales centros de atracción a la Inversión Extranjera Directa en Asia es Hong Kong, con \$31,063,597,000,000 millones de dólares en el periodo 2001-2024; seguido de China (\$30,499,444,000,000 millones de dólares), Singapur (\$20,803,370,000,000 millones de dólares), India (\$6,129,766,000,000 millones de dólares), y Japón (\$4,211,990,000,000 millones de dólares) (UNCTAD, 2025a). En el panorama actual del siglo XXI, marcado por el declive hegemónico estadounidense y el ascenso de nuevos centros de acumulación, el poderío norteamericano se encuentra como uno de los principales inversores para Asia, destinando un aproximado de \$16,236,237,000,000 millones de dólares entre 2005-2024, concentrado en Singapur, el principal polo de inversión estadounidense, con \$4,347,292,000,000 millones de dólares en el mismo periodo, representando el 26.77% del total de la IED de Estados Unidos en el continente asiático; y teniendo fuerte presencia en Japón, con 12.28% (\$1,995,151,000,000 millones de dólares); y China, con 9.90% (\$1,608,493,000,000 millones de dólares) (BEA, 2025). Al respecto de China, el papel de la IED es un factor clave, ya que no sólo es uno de los principales polos de atracción para la inversión, sino que también se ha posicionado como uno de los principales inversores en el mundo. Para el caso asiático, China ha destinado gran parte de sus inversiones en Singapur, con \$38,470,000,000 millones de dólares entre 2005 y 2024, India (\$15,140,000,000 millones de dólares), Corea del Sur (\$13,040,000,000 millones de dólares), Japón (\$12,670,000,000 millones de dólares), y Tailandia (\$8,860,000,000 millones de dólares) (AEI, 2026).

En conjunto, tanto el comercio como el flujo de inversiones denotan la exponencial expansión económica que ha presentado el continente asiático en el siglo XXI, especialmente reflejado en

el fortalecimiento económico de algunos Estados, los cuales han pasado de ser actores subordinados a las lógicas del orden occidental a verdaderos centros económicos capaces de reconfigurar las dinámicas del sistema mundial contemporáneo. En esa tónica, como se puede ver en la siguiente gráfica, según datos reportados por el Banco Mundial, China, Japón, India, Corea e Indonesia son los principales países asiáticos con mejores índices de Producto Interno Bruto. Asimismo, y a pesar de que no pertenecen a los cinco polos principales, es importante mencionar el crecimiento económico que presentan Turquía, Arabia Saudita, Irán, Tailandia, Emiratos Árabes Unidos, Israel y Singapur, posicionándose como las principales economías del continente (Banco Mundial, 2025c). Todo ello da cuenta de la importancia de estos países como centros económicos que, en el marco de la reestructuración sistémica, están promoviendo la materialización de un orden mundial basado en múltiples centros económicos y políticos.

Gráfica 15. Producto Interno Bruto de Asia (2001-2024)



Fuente: Banco Mundial (2025c).

Desde la perspectiva de largo plazo propuesta por Giovanni Arrighi, Takeshi Hamashita y Mark Selden muestra que el resurgimiento contemporáneo de Asia Oriental se inscribe en ciclos históricos de acumulación y poder que abarcan siglos. China y Japón ya habían sido centros clave de innovación, comercio y producción antes de la hegemonía occidental, y su recuperación reciente refleja una capacidad estructural de adaptación institucional, inversión en capital humano e integración estratégica al comercio global (Arrighi, Hamashita y Selden, 2003). No obstante, si bien ambos países son centros vigentes, lo que está revelado la transformación sistémica contemporánea es que la fuerza económica de China, tanto en el plano continental como en el global, ha llegado a tal magnitud que está intensificando el descentramiento de los Estados Unidos como eje rector para la economía-mundo capitalista

(Braudel, 1985; Frank, 1988), convirtiendo al “dragón asiático” no en un actor más en el marco de la reestructuración del sistema-mundo contemporáneo, sino en el actor que se encuentra liderando el *salto cualitativo* (Arrighi, 2007) hacia la construcción de un orden policéntrico.

En un escenario donde el orden occidental no termina de declinar y un nuevo alternativo no termina de consolidarse (Gramsci, *trad.* 1975), China ha ido moldeando un régimen internacional integrado por nuevas organizaciones internacionales (políticas y económicas) basado en tres pilares fundamentales: i) multilateralismo, ii) cooperación Sur-Sur, y iii) diálogo político, estrechando vínculos con países del Sur Global (Cabrera, Crivelli, Domínguez, y Lo Brutto, 2024). Para tal propósito, desde 2009, China ha invertido esfuerzos en la creación de foros multilaterales en un intento por dar relevancia política y posicionamiento económico a nodos destacados del Sur Global, como la creación del grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) (Garzón, 2024). En la misma línea, la estrategia china experimentó un *boom* hacia 2013, cuando Xi Jinping apostaría por expandir el modelo de orden mundial a nivel mundial, canalizando dichos objetivos en la creación de iniciativas como la *Belt and Road Initiative* (BRI) (2013)¹⁰⁸, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) (2014), el Nuevo Banco del Desarrollo (NBD) (2015), (Villafuerte, 2023), y la más reciente expansión del BRICS a BRICS+ (2024). A partir del espectacular ascenso de China, las orientaciones geopolíticas han girado en torno a gobiernos a favor de la diversificación con las economías emergentes, como China, India, Rusia; o mantienen su fijación hacia Estados Unidos y Occidente.

Cuadro 16. Principales gobiernos de Asia según su orientación geopolítica

Región	País	Gobernante	Orientación predominante	Rasgos clave de la política exterior
Asia Oriental	China	Xi Jinping (2013–presente)	Diversificación / liderazgo alternativo	Promoción de un orden multipolar; liderazgo en cooperación Sur-Sur; rivalidad estructural con Occidente.
Asia Oriental	Japón	Shigeru Ishiba (2024–presente)	Prooccidental	Alianza estratégica con Estados Unidos; centralidad en la arquitectura de seguridad regional; énfasis en estabilidad del Indo-Pacífico.
Asia Meridional	India	Narendra Modi (2014–presente)	Diversificación estratégica	Autonomía estratégica; cooperación con Occidente y mantenimiento de vínculos con Rusia y Asia emergente.

¹⁰⁸ Para 2025, entre 146 y 150 países forman parte de la Belt and Road Initiative: África (53 países), Asia Central (6 países), Asia Oriental (3 países), Europa (29 países), América Latina y el Caribe (22 países), Medio Oriente (9 países), Pacífico (12 países), Asia Meridional (6 países), Sudeste Asiático (10 países) (Nedopil, 2025).

Asia Oriental	Corea del Sur	Yoon Suk-yeol (2022–presente)	Prooccidental	Alineación política y militar con Estados Unidos y Europa; postura firme frente a Corea del Norte y China.
Sudeste asiático	Indonesia	Prabowo Subianto (2024–presente)	Diversificación	Política exterior no alineada; equilibrio entre China y Estados Unidos; énfasis en autonomía estratégica.
Asia Occidental	Turquía	Recep Tayyip Erdoğan (2014–presente)	Diversificación ambivalente	Relación instrumental con Occidente; autonomía estratégica; vínculos selectivos con Rusia y Asia Central.
Asia Occidental	Arabia Saudita	Mohamed bin Salmán (2017–presente)	Diversificación controlada	Reducción de dependencia exclusiva de Estados Unidos; acercamiento a China y Asia; diplomacia energética activa.
Asia Occidental	Irán	Ali Jameneí (1989–presente)	Diversificación antioccidental	Rechazo estructural al orden occidental; alianzas con China y Rusia; énfasis en soberanía y resistencia.
Asia Occidental	Israel	Benjamin Netanyahu (2022–presente)	Prooccidental	Alianza estratégica con Estados Unidos; cooperación militar y tecnológica; inserción en redes occidentales de seguridad.
Sudeste asiático	Singapur	Lawrence Wong (2024–presente)	Prooccidental pragmático	Inserción profunda en el orden económico liberal; equilibrio diplomático con China.
Sudeste asiático	Filipinas	Ferdinand Marcos Jr. (2022–presente)	Prooccidental	Reorientación hacia Estados Unidos; cooperación militar reforzada; tensiones marítimas con China.
Asia Oriental	Taiwán	Lai Ching-te (2024–presente)	Prooccidental	Dependencia estratégica de Estados Unidos; énfasis en disuasión y seguridad frente a China.
Sudeste asiático	Vietnam	To Lam (2024–presente)	Diversificación pragmática	Cooperación económica con Occidente; contención estratégica frente a China; preservación de autonomía política.
Asia Meridional	Pakistán	Shehbaz Sharif (2024–presente)	Diversificación	Asociación estratégica con China; relaciones selectivas con Estados Unidos y países del Golfo.

Fuente: Elaboración propia

Como se puede ver en el cuadro, los gobiernos asiáticos también han incursionado en la encrucijada del alineamiento geopolítico entre un orden declinante y un orden naciente. Por un lado, la mayoría de los países de Asia Oriental aún mantienen fuertes lazos con Estados Unidos y Occidente, evidenciando que el Sistema de San Francisco continúa vigente; así como en el Sudeste Asiático e Israel, que desde tiempos de Guerra Fría, este último se ha convertido en el principal aliado estadounidense en Medio Oriente, y que en la actualidad se ha intensificado el vínculo toda vez que Irán está posicionándose como una fuerte potencia regional. Por otro lado, son cada vez más los países asiáticos que han optado por la diversificación con las economías emergentes, algunas completamente orientadas hacia China, India y Rusia (Indonesia, Pakistán, Irán), y otras que han mantenido un acercamiento pragmático (Turquía, Singapur, Vietnam).

Un hecho que debe ser destacado es que mientras Estados Unidos ha priorizado el mantenimiento de sus relaciones comerciales e influencias en Asia Oriental y el Sudeste Asiático, y en general con la región indo-pacífica, las relaciones con Asia Central y Medio Oriente no trascienden más allá del control de recursos y estrategias de seguridad (Pontijas, 2014). Sin embargo, es precisamente en esas regiones donde China ha fortalecido su influencia, particularmente en Medio Oriente, donde China, así como Rusia e India, han fortalecido su presencia mediante inversiones en infraestructura, energía y conectividad vinculadas a la Iniciativa de la Franja y la Ruta, combinando asistencia financiera, comercio y diplomacia, sin replicar los esquemas tradicionales de ayuda occidental (Vadell y Jabbour, 2023). Estas dinámicas contribuyen a reposicionar a Medio Oriente como uno de los laboratorios cruciales para la consolidación de la arquitectura económica y geopolítica policéntrica emergente (Crivelli, Álvarez y Martínez, 2025). A la par, a través de las cumbres China-Asia Central se han ido fortaleciendo la confianza mutua y la cooperación entre las partes, especialmente en el fomento al comercio y la construcción de infraestructura ferroviaria, enmarcados en la Iniciativa de la Franja y la Ruta (Pomfret, 28 ago 2025).

Asimismo, la reconstrucción sistémica ha hecho que la integración regional en Asia se haya configurado como un regionalismo pragmático y flexible, pero también ha generado una integración desigual y selectiva, profundamente condicionada por las asimetrías de poder y la competencia estratégica entre grandes potencias, especialmente China y Estados Unidos. Tempranamente, K. M. Panikkar había interpretado el regionalismo como una respuesta recurrente a contextos de inseguridad sistémica y disputa de poder, subrayando que, en su práctica histórica, ha tendido a funcionar como un instrumento de hegemonía más que como un mecanismo genuino de cooperación entre iguales. Bajo esa lógica, los antecedentes de coordinación militar y defensa regional, los procesos de descolonización, la fragilidad estatal y los conflictos interestatales (como los de India, Pakistán, Indonesia o Indochina), lejos de limitar la viabilidad de un sistema regional de seguridad autónomo, terminaron conformando esquemas de integración regional como mecanismos preventivos, diplomáticos y de gestión de causas estructurales del conflicto que como arquitecturas efectivas de defensa colectiva independiente (Panikkar, 1948).

Por eso, como en otras regiones, la arquitectura de seguridad en Asia se caracteriza por una superposición compleja de alianzas militares formales, mecanismos multilaterales de diálogo, iniciativas normativas emergentes y esquemas regionales de cooperación que reflejan tanto la

competencia entre grandes potencias como las dinámicas internas de subregiones heterogéneas. Sin embargo, a diferencia de Europa o de América Latina y el Caribe, donde la OTAN o la OEA, consolidaron un sistema relativamente coherente de defensa colectiva, en Asia el entramado de seguridad es más fragmentado, debido a la coexistencia estrategias de contención lideradas por Estados Unidos (Quad, AUKUS, alianzas bilaterales con Japón y Corea del Sur), proyectos alternativos impulsados por China (Organización de Cooperación de Shanghái, Iniciativa de Seguridad Global), marcos de diplomacia preventiva y seguridad cooperativa articulados por ASEAN, así como rivalidades interestatales persistentes en Asia Meridional y tensiones estructurales en Asia Occidental, tal y como se puede ver en la siguiente tabla.

Cuadro 17. Esquemas de seguridad y mecanismos de integración regional en Asia

País / Región	Esquemas, alianzas y mecanismos de seguridad	Función estratégica principal
China	Organización de Cooperación de Shanghái (OCS, 2001); Iniciativa de Seguridad Global (ISG, 2022); Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua con Corea del Norte (1961; vigente)	Promoción de un orden de seguridad alternativo al liderazgo occidental; estabilización regional; cooperación antiterrorista; proyección normativa y estratégica
Estados Unidos	Diálogo de Seguridad Cuadrilateral (Quad, 2004; relanzado en 2017); AUKUS (Australia–Reino Unido–Estados Unidos, 2021); alianzas bilaterales con Japón y Corea del Sur; marco trilateral EE. UU.–Japón–Corea del Sur (2023)	Contención estratégica de China; fortalecimiento del equilibrio de poder en el Indo-Pacífico; interoperabilidad militar y disuasión
Asia (panregional)	ASEAN Regional Forum (ARF, 1994); East Asia Summit (2005); Quad (2004); OCS (2001); AUKUS (2021)	Gestión multilateral de la seguridad regional; construcción de confianza; coordinación estratégica entre potencias regionales y extrarregionales
Asia Oriental	Tratado China–Corea del Norte (1961; renovaciones posteriores); Diálogo de Alto Nivel China–Corea del Sur (2024); marco trilateral EE. UU.–Japón–Corea del Sur (2023)	Estabilidad estratégica en la península coreana; diplomacia preventiva; balance entre alianzas militares y mecanismos de diálogo
Sudeste Asiático	Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, 1967); ASEAN Regional Forum (ARF, 1994); ASEAN+3 (1997); East Asia Summit (2005)	Diplomacia multilateral; prevención de conflictos; seguridad cooperativa; centralidad regional de ASEAN
Asia Meridional	Asociación Sudasiática para la Cooperación Regional (SAARC, 1985); rivalidad estratégica India–Pakistán; cooperación naval en el Océano Índico; participación de India en el Quad	Gestión de conflictos interestatales; seguridad marítima; proyección de poder regional de India; disuasión nuclear
Asia Central	Organización de Cooperación de Shanghái (OCS, 2001); cooperación en seguridad fronteriza, contraterrorismo y estabilidad interna	Contención de amenazas transnacionales; influencia estratégica de China y Rusia; estabilidad posoviética

Asia Occidental (Medio Oriente)	Arquitectura de seguridad fragmentada; influencia de EE. UU., Rusia y China; mediaciones regionales (por ejemplo, acercamiento Arabia Saudita–Irán); ausencia de un sistema de defensa regional integrado	Competencia geopolítica multipolar; gestión de conflictos regionales; diplomacia de potencias externas
Turquía (OTAN)	Miembro de la OTAN (desde 1952); papel estratégico en la intersección entre Europa, Medio Oriente, el Cáucaso y el Mediterráneo Oriental	Proyección de poder euroatlántico; control geoestratégico de corredores energéticos y militares; autonomía estratégica parcial

Fuente: Elaboración propia.

La tabla evidencia que la seguridad asiática no responde a un único centro de poder ni a una arquitectura institucional unificada, sino a una pluralidad de polos estratégicos, intereses superpuestos y racionalidades divergentes. Mientras Estados Unidos apuesta por redes de alianzas orientadas a la disuasión y al mantenimiento del equilibrio de poder frente al ascenso chino, que, desde una óptica sistémica, esa inversión en materia de seguridad habla del intento de la hegemonía estadounidense de frenar su inminente declive (Wallerstein, 1988; Kennedy, 1987); China impulsa esquemas alternativos que priorizan la estabilidad regional, la no injerencia y la construcción de un orden normativo distinto al occidental; paralelamente, actores subregionales como ASEAN, India, Turquía y las potencias de Asia Occidental buscan ampliar sus márgenes de autonomía mediante mecanismos propios de seguridad cooperativa, mediación diplomática o proyección militar selectiva.

Esto también es reflejo de la intensificación de las disputas políticas, la reconfiguración de los flujos comerciales y las crecientes rivalidades militares en Asia, que revelan una configuración cada vez más descentralizada del poder global. *En tiempos de competencia estratégica* entre China, Estados Unidos, India, Japón y otras potencias emergentes, profundiza las tensiones estructurales en la región (Cabrera, Crivelli, Domínguez, y Lo Brutto, 2024). Este entramado complejo parece tejerse en la transición hacia un orden mundial cada vez más policéntrico, es decir, en el que ninguna potencia logra monopolizar la autoridad estratégica y la estabilidad depende de una interacción simultáneamente conflictiva, competitiva y negociada entre múltiples centros de poder político y económico. Sin duda, Asia es uno de los principales tableros donde se juega la redistribución del poder en el sistema-mundo contemporáneo.

CONCLUSIONES

EL POLICENTRO SE MATERIALIZA

A comienzos del siglo XXI, Michael Hardt y Antonio Negri (2000) anticipaban la materialización de una estructura imperial virtual caracterizada por la difuminación de las fronteras soberanas clásicas, la expansión de redes transnacionales de poder y la consolidación de una forma de dominación descentralizada pero funcionalmente integrada. El advenimiento del nuevo siglo trajo consigo la proliferación de actores estatales y no estatales con creciente capacidad de incidencia en la economía política global, así como una intensificación de las interdependencias financieras, tecnológicas, energéticas y securitarias que reconfiguraron las dinámicas tradicionales del sistema internacional.

Sin embargo, el escenario del sistema-mundo actual evidencia una transformación sin precedentes, marcada por el desgaste progresivo de la hegemonía estadounidense, la emergencia de polos de poder alternativos en el Sur global, con China como actor central, y la fragmentación de los mecanismos de gobernanza global heredados del orden liberal de posguerra. En ese sentido, la presente investigación logró su objetivo de analizar la transformación sistémica que impulsa la reconfiguración del sistema-mundo capitalista hacia una lógica policéntrica en el siglo XXI, partiendo del supuesto de que dicha reestructuración es producto tanto del declive relativo de Estados Unidos como del ascenso estratégico, económico y geopolítico de potencias emergentes, capaces de articular proyectos alternativos de desarrollo, integración regional y cooperación Sur-Sur.

Bajo el lente de los análisis del sistema-mundo, la teoría crítica de la hegemonía y las perspectivas sobre transiciones de poder, se logró resolver el problema central de la investigación, consistente en explicar las causas, mecanismos y alcances de la actual reconfiguración del orden global. Asimismo, se comprobó la hipótesis principal, en la medida en que la tesis da cuenta de la erosión de la hegemonía estadounidense, que no implica un colapso inmediato del orden existente, sino una recomposición gradual caracterizada por la dispersión del poder, la competencia entre bloques regionales, la diversificación de centros de acumulación y la redefinición de las jerarquías en la economía política internacional.

Los principales resultados de la investigación que la creciente centralidad de China como centro articulador de flujos comerciales, financieros y tecnológicos, junto con la expansión de iniciativas multilaterales alternativas, como los BRICS plus y los mecanismos de

financiamiento del Sur global, están consolidando un entramado global cada vez más complejo, heterogéneo y descentralizado. El análisis demuestra que el orden internacional contemporáneo atraviesa una transición estructural profunda y que el mundo se está haciendo cada vez más policéntrico.

Para dar cuenta de todo ello, en esta tesis se hizo una exhaustiva recuperación de información, en donde se identificaron los factores que favorecieron el desplazamiento de las dinámicas desde un centro hegemónico en declive hacia múltiples centros emergentes, como condición para la conformación de un sistema policéntrico. A la par, en la investigación se describió el proceso histórico de centramiento y descentramiento de dichas dinámicas durante el ciclo hegemónico de Estados Unidos, desde mediados hasta el último cuarto del siglo XX. En este panorama, también se analizó la construcción de un sistema policéntrico en el marco de la reconfiguración global contemporánea, caracterizada por el descentramiento hegemónico estadounidense y el recentramiento estratégico en polos emergentes del Sur global, con China como actor articulador en el avance hacia un mundo cada vez más policéntrico.

Vale la pena decir que el policentrismo no es algo nuevo, pues a lo largo de la historia han existido infinidad de sistemas históricos-sociales que han abarcado parcialmente zonas geográficas determinadas, aunque su débil interconectividad y volátil estabilidad los destinaba a la desintegración. Sin embargo, con la llegada del capitalismo surgió un sistema centrípeta que cambió disruptivamente el curso de los sistemas históricos. Lo que diferencia a este sistema-mundo del resto de sistemas que han existido es que este se logró institucionalizar como una economía-mundo capitalista que no sólo ha sobrevivido por más de quinientos años, sino que es el único sistema histórico social que ha conseguido expandir sus fronteras hacia el resto del mundo (Wallerstein, 1989; 2011).

Sin embargo, como se vio en esta tesis, desde finales del siglo XX, el sistema-mundo capitalista atraviesa una crisis estructural que pone en cuestión su capacidad para sostener la acumulación global de capital y la estabilidad del orden internacional liberal (Wallerstein, 2015) y por tanto también su capacidad centrípeta. Este proceso se expresa en la erosión relativa de la hegemonía estadounidense y en el surgimiento de tensiones políticas, económicas y sociales que reconfiguran las relaciones de poder a escala global, lo cual ha permitido el fortalecimiento de China y de otras potencias del Sur global que impulsan una transición hacia un orden más multipolar o policéntrico (Amin, 1985; 2005).

Es importante señalar que el declive relativo de la hegemonía estadounidense no puede entenderse ni como el fin de una historia cerrada (Fukuyama, 1992) ni como el retorno a choques civilizacionales premodernos (Huntington, 1996). Más bien, se inscribe en una transición sistémica profunda del capitalismo global, caracterizada por la emergencia de nuevos centros de acumulación, especialmente en Asia oriental, la crisis de legitimidad del orden liberal, y la reconfiguración de las formas de poder y resistencia en escalas múltiples. En tiempos de reestructuración sistémica, el mundo parece que no se dirige hacia una nueva hegemonía unipolar, sino a un escenario policéntrico en gestación, cuya forma definitiva dependerá de las luchas sociales, las articulaciones geopolíticas y las alternativas institucionales que logren imponerse en el Sur Global en los próximos años.

En este contexto, América Latina y el Caribe se han consolidado como un espacio importante de disputa geopolítica en el marco de la transición hacia un orden policéntrico, atravesada por una doble dinámica histórica de control externo y dependencia estructural que combina la herencia de la militarización y la desestabilización política de la Guerra Fría con modelos económicos subordinados profundizados durante la globalización, reproduciendo patrones de vulnerabilidad, periferización y restricción de su soberanía política, económica y de seguridad. En la coyuntura contemporánea, la región latinoamericana y caribeña se enfrenta a una encrucijada estratégica entre la continuidad de su inserción dependiente en la órbita estadounidense, la diversificación de sus vínculos mediante una aproximación pragmática a nuevas potencias emergentes, particularmente China y el bloque BRICS Plus, o la construcción de una autonomía colectiva sustentada en procesos de integración regional, cooperación Sur-Sur y fortalecimiento de sus capacidades productivas, tecnológicas y financieras (Lo Brutto y Crivelli, 2024a).

La manera en que los principales actores regionales, como México, Brasil, Argentina, Chile y Colombia, articulen intereses comunes, así como el papel que desempeñen mecanismos como la CELAC bajo liderazgos progresistas o de concertación, será determinante para definir si América Latina logrará posicionarse como un actor activo en la reconfiguración del poder global o si continuará atrapada en las lógicas históricas de subordinación que han marcado su histórica inserción periférica en las dinámicas del sistema-mundo capitalista. En un contexto de transición hacia un orden crecientemente policéntrico, la región enfrenta la oportunidad estratégica de dejar de ser un espacio pasivo de disputa entre potencias externas para convertirse en protagonista capaz de incidir en la gobernanza global, diversificar sus alianzas

y construir márgenes más amplios de autonomía. De ello dependerá que América Latina y el Caribe despierte como un polo propio en la fragmentación del poder mundial y en la configuración de un sistema internacional más plural, en el que múltiples centros de decisión coexistan y el mundo se estructure cada vez más en torno a una lógica policéntrica.

Las realidades africanas muestran una continuidad histórica marcada por la coexistencia de soberanía formal y dependencia estructural (Gentili, 2012; Schmidt, 2013). Desde los procesos de independencia hasta el período posterior a la Guerra Fría, África ha estado inserta en un sistema internacional jerárquico que restringe su margen de acción autónoma y condiciona sus opciones de desarrollo político, económico y de seguridad. Aunque los discursos hegemónicos han mutado, de la descolonización al desarrollo, de las dictaduras a la democratización, y de la confrontación bipolar a la seguridad global, la lucha contra el terrorismo y la gobernanza humanitaria, lo cierto es que han persistido las lógicas de intervención externa, extracción de recursos, endeudamiento, condicionamiento financiero y control político, configurando un patrón de subordinación que continúa influyendo de manera decisiva en la política africana contemporánea.

En el contexto actual de transición hacia un orden internacional más policéntrico, África se ha convertido en un espacio estratégico de competencia entre potencias tradicionales y actores emergentes, particularmente China, Rusia, la Unión Europea y los Estados Unidos, lo que abre tanto nuevas oportunidades como riesgos renovados de dependencia. No obstante, la diversificación de socios, la expansión de la cooperación Sur-Sur y las iniciativas de integración continental, como la Unión Africana y el Área Continental Africana de Libre Comercio (AfCFTA), así como el posicionamiento de centros político-económicos, como Sudáfrica, Nigeria, Egipto, Argelia y Marruecos, en foros multilaterales, ofrecen posibilidades para ampliar la autonomía regional y redefinir las relaciones centro-periferia, la persistencia de economías primario-exportadoras, la fragilidad institucional, los conflictos armados y la influencia de actores transnacionales que limitan el potencial transformador de estos procesos. En este sentido, el renacimiento africano dependerá en gran medida de su capacidad para articular proyectos de desarrollo endógeno, fortalecer su soberanía económica y política, y transformar su posición estructural en un sistema-mundo en reconfiguración.

Asia parece que fue y continúa siendo un eje central de la historia mundial contemporánea (Frank, 1998). Durante la Guerra Fría, la región actuó como laboratorio de intervención indirecta, modernización acelerada y confrontación ideológica, que, en el largo plazo, se

consolidó como un polo dinámico de acumulación y poder económico. La Asia contemporánea emerge así como resultado de una tensión permanente entre dependencia estructural y autonomía relativa, sentando las bases de un orden mundial cada vez más multipolar, con China y Asia Oriental como protagonistas estratégicos. Desde la perspectiva de Arrighi, Hamashita y Selden (2003), estos procesos no deben entenderse como un fenómeno aislado, sino como parte de una trayectoria histórica más amplia, en la que Asia Oriental recupera gradualmente posiciones centrales en la economía mundial.

Al mismo tiempo, el Medio Oriente y Asia Central no deben entenderse únicamente como escenarios de conflictos persistentes, sino como espacios estratégicos revitalizados, que aunados al creciente auge de economías provenientes del Asia Meridional y el Sudeste Asiático, están dirimiendo la transición hacia un orden mundial cada vez más policéntrico (Crivelli, Álvarez y Martínez, 2025; Pomfret, 28 ago 2025). La convergencia entre actores regionales y potencias del Sur global abre oportunidades para diversificar alianzas y reducir la dependencia histórica respecto a Occidente, aunque sin eliminar las profundas asimetrías estructurales que caracterizan a la región. En este sentido, es crucial para el futuro de todo el continente asiático su capacidad para insertarse de manera más autónoma en la transformación del sistema-mundo contemporáneo.

A la luz de estas consideraciones, se puede concluir que el sistema-mundo contemporáneo se está haciendo cada vez más policéntrico, como resultado de una transición estructural marcada por el declive relativo de la hegemonía estadounidense, la emergencia de nuevos poderes en el Sur global, con China como líder, y la fragmentación progresiva de los mecanismos tradicionales de gobernanza global. Este proceso no implica la desaparición inmediata de las jerarquías tradicionales ni la superación de las asimetrías históricas, sino más bien una reconfiguración de *longue durée* en un entramado material, más complejo, heterogéneo y competitivo (Braudel, 1979), en el que coexisten múltiples centros de acumulación económica, influencia política y proyección geoestratégica. En este sentido, si bien el policentrismo contemporáneo puede interpretarse como una fase avanzada de la reestructuración del capitalismo global, caracterizada por la redistribución del poder entre actores estatales y bloques regionales, más bien se debe identificar como una disputa normativa y de legitimidad en el liderazgo y las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo.

Una limitación central del trabajo ha sido la dificultad para ilustrar con datos empíricos la noción teórica de policentrismo propuesta por Samir Amin (1985; 1990), en particular al

traducir su formulación abstracta, centrada en la crítica a la dependencia, el desarrollo desigual y la necesidad de una desconexión estratégica, en indicadores cuantificables y evidencia empírica sistemática. Por eso, este trabajo de investigación de tesis recurrió a datos sobre comercio internacional, flujos de inversión, reconfiguración de poder internacional, para comprender cómo se están materializando los múltiples centros de poder.

Si bien persisten desafíos metodológicos para capturar la dimensión cualitativa, histórica y estructural del desarrollo del policentrismo en la actualidad, así como para distinguir entre una mera diversificación de actores y una transformación profunda de las relaciones de dependencia, esta limitación abre un campo fértil para futuras investigaciones orientadas a construir métricas más robustas para medir el surgimiento de múltiple centros de poder y acumulación de capital a escala mundial. Dado que los alcances del presente trabajo de tesis situaron al escenario internacional como unidad de estudio, sería pertinente complementar el análisis profundizando la construcción del policentro en regiones específicas del Sur global, explorar cómo la transición hegemónica en curso se entrecruza con las crisis sociales y ecológicas y las transformaciones tecnológicas y, en última instancia, con la crisis del capitalismo histórico, que está redefiniendo las dinámicas del sistema-mundo contemporáneo cada vez más policéntrico que se está materializando ante nuestros ojos.

REFERENCIAS

- Abu-Lughod, J. (1989). *Before European hegemony: The world-system A.D. 1250-1350*. Oxford University Press.
- Acharya, A. (2009 [2001]). *Constructing a Security Community in Southeast Asia: ASEAN and the Problem of Regional Order*. Routledge.
- _____. (2017). After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order. *Ethics & International Affairs*, 31(3), 271–285.
- Aglietta, M. (1987). *El fin de las divisas clave, ensayo sobre la moneda internacional*. Siglo XXI.
- AhoraEG (2 ene 2026). Adiós franco CFA: el nacimiento de una moneda de combate. <https://ahoraeg.com/internacional/africa/2026/01/02/adios-franco-cfa-el-nacimiento-de-una-moneda-de-combate/>
- Alaminos, M. (2022). El papel de China en el continente africano y su impacto global: claves para comprender la «nueva era» de las relaciones sino-africanas. *Cuadernos de estrategia*, 212, 281-306.
- Allison, G. (2017). *Destined for War, Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin Harcourt.
- American Enterprise Institute [AEI] (2026). *China Global Investment Tracker*. <https://www.aei.org/china-global-investment-tracker/>
- Amin, S. (1974 [1973]). *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Fontanella
- _____. (1979 [1970]). *La acumulación a escala mundial, crítica de la teoría del subdesarrollo*. Siglo XXI.
- _____. (1983). *The Arab nation: Nationalism and class struggles*. Zed Press Ltd.
- _____. (1990 [1985]). *Delinking: towards a polycentric world*. Zed Books.
- _____. (1990 [1990]). *Maldevelopment. Anatomy of a Global Failure*. Zed Books.
- _____. (2003). *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*. El Viejo Topo.
- _____. (2004). *El virus Liberal*. El Viejo Topo.
- _____. (2005). *Por un mundo multipolar*. El Viejo Topo.
- _____. (2008). *L'éveil du Sud: L'Ère de Bandoung, 1955-1980. Panorama politique et personnel de l'époque*. Les Temps des CeRises.
- _____. (2010). *Escritos para la transición*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia y Oxfam.

- Anderson, P. (1998 [1974a]). El estado absolutista. Siglo XXI.
- ____ (2005 [1974b]). *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. Siglo XXI.
- Arrighi, Giovanni (1982 [1983]). La crisis de hegemonía. En Amin, S., Arrighi, G., Frank, A., y Wallerstein, I., *Dinámica de la crisis global*. Siglo XXI.
- ____ (2002). La crisis africana. Aspectos derivados del sistema-mundo y aspectos regionales. *New Left Review*, 15, 5-33.
- ____ (2005). Hegemony Unravelling, Part 2. *New Left Review*, 33, 24-54.
- ____ (2006). El mundo según André Gunder Frank. *Mundo Siglo XXI*, 6, 5-18.
- ____ (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Akal.
- ____ (2010). The world economy and the Cold War, 1970–1990. En Leffler, M. P. y Westad O. (eds.) *The Cambridge history of the Cold War, Endings, Vol. 3* (pp. 23-44). Cambridge University Press.
- ____ (2018 [1994]). *El largo Siglo XX, Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Akal.
- Arrighi, G. y Silver, B. (2000 [1999]). *Caos y orden en el sistema mundo moderno*. Akal.
- Arrighi, G., Hamashita, T., y Selden, M. (eds.). (2003). *The resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 year perspectives*. Routledge.
- ASEAN (2025). ASEAN-China Economic Relations. <https://asean.org/our-communities/economic-community/integration-with-global-economy/asean-china-economic-relation/>
- Asian Infrastructure Investment Bank [AIIB] (20 nov 2025). AIIB Welcomes Colombia as New Prospective Member. <https://www.aiib.org/en/news-events/news/2025/aiib-welcomes-colombia-as-new-prospective-member.html>
- ____ (2026). *Members and prospective members of the bank*. <https://www.aiib.org/en/about-aiib/governance/members-of-bank/index.html>
- Attinà, F. (2001 [1999]). Organización y cambio del sistema internacional. En *El sistema político global, Introducción a las relaciones internacionales*. (pp. 99-133). Paidós.
- Balderas, V. (19 oct 2025). Los golpes de Estado orquestados por Estados Unidos y la CIA. *La Silla Rota*. <https://lasillarota.com/mundo/2025/10/19/los-golpes-de-estado-orquestados-por-estados-unidos-la-cia-562682.html>
- Banco Mundial (2025a). *PIB (US\$ a precios actuales) - Algeria, Morocco, Nigeria, Egypt, Arab Rep., South Africa*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD?end=2024&locations=DZ-MA-NG-EG-ZA&start=2000>

- ____ (2025b). *PIB (US\$ a precios actuales) - Brazil, Mexico, Argentina, Colombia, Chile*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD?end=2024&locations=BR-MX-AR-CO-CL&start=1999>
- ____ (2025c). *PIB (US\$ a precios actuales) - China, Japan, India, Korea, Rep., Indonesia*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD?end=2024&locations=CN-JP-IN-KR-ID&start=1999>
- Barragán, P. (16 sep 2024). El compromiso de China con África. *Cátedra China*. <https://www.catedrachina.com/single-post/el-compromiso-de-china-con-%C3%A1frica>
- Bartesaghi, I. y Pereira, M. (2015). Los procesos de integración en África: Desarrollo en contextos adversos. *PUCE*, 101, 1-29. <https://www.ucu.edu.uy/aucdocumento.aspx?1217,2329>
- Berretta, A. (31 ago 2025). Comercio con África: ¿nuevas viejas dependencias? *DP*. <https://dialogopolitico.org/debates/opinion/comercio-con-africa-nuevas-viejas-dependencias/>
- Blanc-Altemir, A. (2012). La posición energética de China en Asia Central ante la pérdida progresiva de influencia de Rusia: consecuencias para los intereses de la UE. *Anuario de Derecho Internacional*, 28, 279-303.
- Blum, W. (2004 [1985]). *Killing hope: U.S. military and CIA interventions since World War II*. Zed Books.
- Borón, A. (2014). *América Latina en la geopolítica imperial*. Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (2025). Convivir con dos gigantes. Latinoamérica y el Caribe entre Estados Unidos y China. En Merino, G. y Morgenfeld, L. (coords.) *Nuestra América, Estados Unidos y China: transición geopolítica del sistema mundial* (pp. 95-123). CLACSO.
- Boles, E. (2012). Assessing the debate between Abu-Lughod and Wallerstein over the thirteenth-century origins of the modern world-system. En Babones, S. y Chase-Dunn, C. (eds.) *Routledge Handbook of World-Systems Analysis* (pp. 21-29). Routledge.
- Brady Jr., T. A. (1995). Settlements: The Holy Roman Empire. En Brady Jr., T. A., Oberman, H. A., y Trace, J. D. (eds.) *Handbook of European History, 1400-1600, Late Middle Ages, Renaissance and Reformation. Visions, Programs and Outcomes, Vol. 2* (pp. 349-384). Brill.
- Braudel, F. (1984 [1979]). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, La estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible, Tomo 1*. Alianza.
- ____ (1984 [1979]). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, El tiempo del mundo, Tomo 3*. Alianza.
- ____ (2015 [1949]). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, Tomo 2*. FCE.
- ____ (2022 [1985]). *La dinámica del capitalismo*. FCE.

- Brenner, R. (2006 [1998]). *The economics of global turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*. Verso.
- Briggs, A. y Clavin, P. (2013 [1997]). *Modern Europe, 1789-Present*. Routledge.
- Brinkley, A. (2003 [1993]). *Historia de Estados Unidos. Un país en formación*. McGraw Hill Interamericana.
- Brixiova, Z. y Koudjom, E. (21 nov 2025). US-Africa trade at a crossroads: Lessons from Morocco's US Free Trade Agreement as AGOA expires. *Brookings*. <https://www.brookings.edu/articles/us-africa-trade-at-a-crossroads-lessons-from-morocco-us-free-trade-agreement-as-agoa-expires/>
- Bulmer-Thomas, V. (2018). *Empire in Retreat. The Past, Present, and Future of the United States*. Yale University Press.
- Burns, A., Bryne, A., Mair, E., y Beverton, A. (2025). General Introduction, An Empire of Liberty? The Evolution of American Imperialism in Perspective. En Bryne, A. (eds.) *American Imperialism in the Long Nineteenth Century, A Documentary History, 1775-1999*. Routledge.
- Butcher, T. (2 sep 2011). Post-9/11 Intervention in Africa. Royal United Services Institute (RUSI). <https://www.rusi.org/explore-our-research/publications/commentary/post-911-intervention-africa>
- Buzan, B. y Wæver, O. (2003). *Regions and Powers. The Structure of International Security*. Cambridge University Press.
- Byrne, M. (2011). Iran and the United States in the Cold War. *History Now*, 27.
- Cabrera, A., Crivelli, E., y Lo Brutto, G. (2025). China y América Latina en el contexto de la reconfiguración hegemónica. Una mirada desde la cooperación Sur-Sur. En Merino, G. y Morgenfeld, L. (coords.) *Nuestra América, Estados Unidos y China: transición geopolítica del sistema mundial* (pp. 147-167). CLACSO.
- Cabrera, C., Crivelli, E., Domínguez, R., y Lo Brutto, G. (coords.). (2024). *La cooperación internacional en tiempos de competencia estratégica. Entre el interregno hegemónico y la multipolaridad*. BUAP-ICSyH-UC.
- Calderon, F. y Castells, M. (2019). *La nueva América Latina*. FCE
- Casa Asia (15 oct 2024). La UE y sus tratados de libre comercio con Asia. <https://www.casaasia.es/actualidad/la-ue-y-sus-tratados-de-libre-comercio-con-asia/>
- Casanova, J. (2011). *Europa contra Europa 1914-1945*. Crítica.
- Casarões, G. (2017). Geo-Economic Competition in Latin America: Brazil, Venezuela, and Regional Integration in the 21st Century. *Latin American Report*, 33, 1-18.
- Centro de Comercio Internacional [CCI] (2026). *Trade Map*. <https://www.trademap.org>

- Chase-Dunn, C. (2018). Continuities and Transformations in the Evolution of World-Systems. En Hall, T. D. (eds.) *Comparing Globalizations Historical and World-Systems Approaches*. (pp. 13-35). Springer.
- Chase-Dunn, C. y Hall, T. (1997). *Rise and Demise: Comparing World-Systems*. Westview Press.
- ____ (2018 [1991]). *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*. Routledge.
- Chen, J. (1 nov 2025). Understanding the Plaza Accord: Impact on Global Currency Markets. *Investicopedia*. <https://www.investopedia.com/terms/p/plaza-accord.asp>
- Chomsky, N. (2004). *Hegemonía o supervivencia: La estrategia imperialista de Estados Unidos*. Editorial Crítica.
- Clegg, J. (2009). *China's Global Strategy Towards a Multipolar World*. Pluto Press.
- Cohen, W. (2011). The United States and China during the Cold War. *History Now*, 27.
- Comín, F. (2014 [2011]). *Historia económica mundial. De los orígenes a la actualidad*. Alianza.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] (2025a). *Perspectivas del Comercio Internacional de América Latina y el Caribe, 2025*. Naciones Unidas.
- ____ (2025b). *La Inversión Extranjera Directa en América Latina y el Caribe, 2025*. Naciones Unidas.
- Corera, V. (28 dic 2025). Balance 2025. Sáhara Occidental: cuando la ocupación necesita del silencio. *No te olvides del Sahara Occidental*. <https://noteolvidesdelsaharaoccidental.org/balance-2025-sahara-occidental-cuando-la-ocupacion-necesita-del-silencio-6/>
- Correa, F. (2017). Desarrollo económico de Japón: De la génesis al llamado milagro económico. *Revista Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión*, 25(1), 57-73.
- Cox, R. W. (2014 [1981]). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales. *Relaciones Internacionales*, 24, 129-162.
- ____ (2016 [1983]). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: un ensayo sobre el método. *Relaciones Internacionales*, 31, 137-203.
- Crivelli, E. (2021). *América Latina y el Caribe en las transiciones hegemónicas del sistema-mundo moderno* [Tesis de doctorado]. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Crivelli, E., Álvarez, M., y Martínez, H. (2025). La geopolítica del Medio Oriente. Hacia un mundo policéntrico. *Revista Internacional de Cooperación y Desarrollo*, 12(3), 9-36.
- Crivelli, E., Martínez, E. y Tello, C. (2023). ¿Hacia una segunda Guerra Fría? cooperación y conflicto en el siglo XXI. En Lo Brutto G. y Domínguez R. (coords). *La cooperación*

internacional en la encrucijada: reglobalización versus órdenes mundiales solapados (pp. 129-162). BUAP-UC.

Crouzet, M. (1978). La OUA quince años después. *Nueva Sociedad*, 39, 87-96.

Cunningham, E. (2009). The Cold War in Northeast Asia. *Education About Asia*, 14(3), 22-25.

Dabat, A. (2022). *Del agotamiento del neoliberalismo hacia un mundo multipolar, inclusivo y sostenible*. Akal.

Dabat, A. y Hernández, A. (2022). El nuevo papel internacional de China. En Dabat, A. *Del agotamiento del neoliberalismo hacia un mundo multipolar, inclusivo y sostenible* (pp. 377-422). Akal.

De Faramiñán, G., y Pardo de Santayana y Gómez de Olea, J. (2009). *El conflicto de Afganistán*. Instituto de Estudios Internacionales y Europeos «Francisco de Vitoria» (Universidad Carlos III de Madrid), Escuela de Guerra del Ejército de Tierra y Ministerio de Defensa.

Díaz, A. (2022). El “Milagro” económico japonés y los Dragones Asiáticos. *Revista Científica de Historia-C.H.E.*, 4(4), 53-58.

Domínguez, R. (2019). Samir Amin (1931-2018) y el desarrollo desigual. *Iberoamerican Journal of Development Studies*, 8(2), 230-254.

Domínguez, R. (2023). China y su proyecto de reglobalización: de la Belt and Road Initiative a las iniciativas globales de desarrollo y seguridad. En Lo Brutto G. y Domínguez R. (coords). *La cooperación internacional en la encrucijada: reglobalización versus órdenes mundiales solapados* (pp. 17-69). BUAP-UC.

Domínguez R. y Lo Brutto G. (coords.) (2023). *La cooperación internacional en la encrucijada: reglobalización versus órdenes mundiales solapados*. BUAP-UC.

Domínguez, R. (2023). El comportamiento económico de China tras el impacto de la COVID-19 (2020-2022). *Revista Científica Universitaria Ad Hoc*, 4(8), 41–51.

Dower, J. (3 mar 2014). The Treaty that Ended World War II Still Haunts Asia Today. *HNN*. <https://www.historynewsnetwork.org/article/the-treaty-that-ended-world-war-ii-still-haunts-as>

Dussel, E. (2025). *Monitor de la OFDI china en América Latina y el Caribe 2025*. Red ALC-China-ODFI China en ALC. https://docs.redalc-china.org/monitor/images/pdfs/menuprincipal/DusselPeters_MonitorOFDI_2025_Esp.pdf

Duzor, M. y Williamson, B. (3 oct 2023). By the numbers. Coups in Africa. *VOA News*. <https://projects.voanews.com/african-coups/>

El Kanfoudi, A. (6 abr 2023). ¿Qué es la ASEAN? EOM. <https://elordenmundial.com/que-es-asean/>

- Elliott, J. H. (1973 [1970]). La decadencia de España. En Cipolla C. M. et al., *La decadencia económica de los imperios* (pp. 129-156). Alianza.
- Elton, G. R. (2016 [1974]). *La Europa de la Reforma 1517-1559*. Siglo XXI.
- Eurasian Research Institute (2020). Economic Cooperation between Central Asia and China. <https://www.eurasian-research.org/publication/economic-cooperation-between-central-asia-and-china/>
- European Commission (2026). EU trade relations with India. https://policy.trade.ec.europa.eu/eu-trade-relationships-country-and-region/countries-and-regions/india_en
- Frank, A. G. (1973 [1969]). *América Latina subdesarrollo o revolución*. Era.
- ____ (2008 [1998]). *Re-Oreintar, la economía global en la era del predominio asiático*. PUV.
- Frank, A. G. y Gills, B. (1993). *The World System Five Hundred Years or Five Thousand*. Routledge
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Planeta
- Fundación Anesvad (27 jun 2024). Las exportaciones de África para el resto del mundo. <https://www.anesvad.org/estapasando/exportaciones-de-africa/>
- Gaddis, J. L. (2012 [2005]). *Nueva historia de la guerra fría*. FCE.
- García Márquez, G. (2016 [1981]). *Crónica de una muerte anunciada*. Planeta.
- Garzón, A. (2024). *BRICS. La transición hacia un orden mundial alternativo*. Akal.
- Gentili, A. (2012). *El león y el cazador: historia del África Subsahariana*. CLACSO.
- Gil, A. (18 may 2017). El milagro económico de Japón. *EOM*. <https://elordenmundial.com/el-milagro-economico-de-japon/>
- ____ (13 feb 2019). El desembarco de China en África. *EOM*. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/el-desembarco-de-china-en-africa/>
- ____ (17 abr 2019). La conquista comercial de China en África. *EOM*. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/conquista-comercial-de-china-en-africa/>
- Gills, B. (1993). Hegemonic transitions in the world system, en Frank, A. G. y Gills, B., *The World System Five Hundred Years or Five Thousand* (pp. 115-140). Routledge.
- Gilpin, R. (1987). *The Political Economy of International Relations*. Princeton University Press.
- Gómez, D. (4 oct 2022). ¿Qué fue la doctrina Truman? *EOM*. <https://elordenmundial.com/que-fue-doctrina-truman/>

- GRAIN (12 sep 2017). La nueva cara del colonialismo: los acuerdos de asociación económica entre la Unión Europea y África. <https://grain.org/es/article/5795-la-nueva-cara-del-colonialismo-los-acuerdos-de-asociacion-economica-entre-la-union-europea-y-africa>
- Gramsci, A. (trad.1975) *Cuadernos de la cárcel*, 5. Era-BUAP.
- Grinin, L. E. y Korotayev, A. V. (2018). Origins of Globalization in the Framework of the Afroeurasian World-System History. En Hall, T. D. (eds.) *Comparing Globalizations Historical and World-Systems Approaches*. (pp. 37-70). Springer.
- Gruenwald, P., y Aziz, J. (2003). China and the Asian Crisis. En Tseng, W., y Rodlauer, M. (eds). *China competing in the global economy*. FMI.
- Hale, J. R. (2016 [2000]). *La Europa del Renacimiento 1480-1520*. Siglo XXI.
- Halliday, F. (1986). *The Making of the Second Cold War*. Verso.
- Hanieh, A. (16 nov 2023). ¿Transición hacia dónde? Los Estados árabes del Golfo y el nuevo eje 'Este-Este' del petróleo mundial. *TNI*. <https://www.tni.org/es/art%C3%A9culo/transicion-hacia-donde-los-estados-arabes-del-golfo-y-el-nuevo-eje-este-este-del-petroleo#note-18317-11>
- Hardt, M. y Negri, A. (2016 [2000]). *Imperio*. Paidós.
- Harvey, D. (2004 [2003]). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- ____ (2007 [2005]). *Breve historia del Neoliberalismo*. Akal.
- ____ (2012 [2010]). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal.
- Hiro, D. (2010). *After empire: the birth of a multipolar world*. Nation Books.
- Hobsbawm, E. (1954). The General Crisis of the European Economy in the 17th Century. *Past & Present*, 5, 33-53.
- ____ (1998 [1987]). *La era del imperio, 1875-1914*. Crítica.
- ____ (1999 [1994]). *Historia del siglo XX*. Crítica.
- ____ (2009 [1962]). *La era de la revolución 1789-1848*. Crítica.
- ____ (2010 [1975]). *La era del capital 1848-1875*. Crítica.
- ____ (2012 [2006]). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Sol 90.
- Hopkins, A. G. (2018). *American Empire, A Global History*. Princeton University Press.
- Huanyi, Z. (31 jul 2025). China-Latin America relationship is no "core" and "periphery", but a model for win-win cooperation. *Beijing Review*. http://www.bjreview.com.cn/Opinion/Voice/202507/t20250731_800410138.html
- Hunt, E. (16 oct 2024). Building out the U.S. Hub-And-Spoke empire in the Indo-Pacific. *FPIF*. <https://fpif.org/building-out-the-u-s-hub-and-spoke-empire-in-the-indo-pacific/>

- Huntington, S. (2001[1996]). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós
- Ikenberry, J. (2001). *After victory: institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton University Press.
- _____. (2009). Liberal Internationalism 3.0: America and the Dilemmas of Liberal World Order. *Perspectives on Politics*, 7, 71-87.
- _____. (2011). *Liberal leviathan: the origins, crisis, and transformation of the American world order*. Princeton University Press.
- Iliffe, J. (2013 [1998]). *África. Historia de un continente*. Akal.
- Instituto Tricontinental de Investigación Social. (2024). La agitación del orden mundial. *Tricontinental Dossier*, 72. <https://thetricontinental.org/es/dossier-72-agitacion-del-orden-mundial/>
- Isasi, R. (21 nov 2025). África y los BRICS: algunas reflexiones puntuales. *CIPi*. <https://www.cipi.cu/africa-y-los-brics-algunas-reflexiones-puntuales/>
- Izumikawa, Y. (2020). Network Connections and the Emergence of the Hub-and-Spokes Alliance System in East Asia Free. *International Security*, 45(2), 7-50.
- Johns Hopkins University (2025). Chinese FDI in Africa Data Overview. <https://www.sais-cari.org/chinese-investment-in-africa>
- Kabunda, M. (2005). El desarrollo en África: del estancamiento a la crisis permanente. *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, 16, 9-29.
- Kaplan, M. A. (1957). *System and Process in International Politics*. John Wiley & Sons, Inc.
- Katz, C. (2023). *La crisis del sistema imperial*. Jacobin Revista.
- _____. (2025). El nuevo escenario geopolítico de América Latina. En Merino, G. y Morgenfeld, L. (coords.) *Nuestra América, Estados Unidos y China: transición geopolítica del sistema mundial* (pp. 125-145). CLACSO.
- Kennedy, P., (1998 [1987]). *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza & Janés.
- Kent, D. (2015). El sorprendente ascenso de la India. *Foreign Affairs Latinoamérica*. <https://revistafal.com/el-sorprendente-ascenso-de-la-india/>
- Keohane, R. (1984). *After Hegemony, Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.
- Keohane, R. y Nye, J. (1988 [1977]). Poder e interdependencia. *La Política Mundial en Transición*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Kissinger, H. (2004 [1994]). *La diplomacia*. FCE.

- Komenan, D. (28 oct 2020). 1990-2011: El tiempo del desencanto. *esÁfrica*. <https://www.esafrica.es/historia-memoria-africa/1990-2011-el-tiempo-del-desencanto/>
- Krasner, S. D. (1982). Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables. *International Organization*, 36(2), 185-205.
- Kuok, L. (23 jun 2025). Testimony: Economics is security: Building US strategy in Southeast Asia. *Brookings*. <https://www.brookings.edu/articles/economics-is-security-building-us-strategy-in-southeast-asia/>
- Lama, F. (2023). *Why the West can't win. From Bretton Woods to a Multipolar World*. Clarity Press.
- Le Goff, J. (1964). *La civilización del Occidente medieval*. Paidós.
- Lellou, H. (21 nov 2024). US Relations with Africa and the New Cold War. *US Army War College*. <https://publications.armywarcollege.edu/News/Display/Article/3974676/us-relations-with-africa-and-the-new-cold-war/>
- Lenin, V. I. (1961 [1917]). Imperialismo: fase superior del capitalismo (esbozo popular). En Lenin, V. I., *Obras escogidas, I*. (pp. 689-798). Progreso.
- Lo Brutto, G. y Crivelli E. (2024a). América Latina y el Caribe en la encrucijada: entre los Estados Unidos y China. *Reoriente*, 2(4), 145-176.
- _____. (2024b). Latin American regionalism and integration in the ongoing process of hegemonic transition. *Política y Sociedad*, 61(2), 1-13.
- Lo Brutto, G. y Spataro, A. (2016). *Siglo XXI: ¿La economía del terror? América Latina, Mediterráneo y Oriente Medio en un mundo en crisis*. BUAP-EyC.
- Luxemburg, R. (2008 [1913]). *La acumulación del capital*. Sedov.
- Marini, R. M. (2011 [1977]). La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo. *Ola financiera*, 10, 183-217.
- Marx, K. (2014 [1867]). *El Capital, crítica de la economía política I*. FCE.
- Mateo, L. (11-12 nov 2004). *Los estados del África Subsahariana tras la Guerra Fría. De la descolonización y los regímenes de partido único a la democracia promovida* (Ponencia). II Congreso en Relaciones Internacionales.
- Mateos, Ó. (2005). África, el continente maltratado. Guerra, expolio e intervención internacional en el África negra. *Cristianisme i Justícia*, 137, 1-33.
- _____. (2015). De la tragedia al milagro. África subsahariana en el nuevo contexto multipolar. *Cristianisme i Justícia*, 193, 1-36.
- _____. (2023). De la «discreción» a la «asertividad»: ¿nueva era en las relaciones sinoafricanas? *CIDOB*, 11, 23-30. <https://www.cidob.org/publicaciones/discrecion-asertividad-nueva-era-relaciones-sinoafricanas>

- McMahon, R. (2009 [2003]). *La Guerra Fría. Una breve introducción*. Alianza
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The tragedy of great power politics*, W. W. Norton & Company.
- Merino, Á. (17 nov 2019). Las dictaduras en América Latina desde 1945. *EOM*.
<https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/dictaduras-en-america-latina/>
- Merino, G. y Giammarino, D. (2019). La estrategia del TLCAN y la relación de EEUU y México. En Merino G. E. y Narodowski, P. (coords.) *Geopolítica y Economía Mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina* (pp. 209-220). IdIHCS.
- Merino, G., Bilmes, J., y Barrenengoa, A. (2021). El ascenso de China desde una mirada histórica. *Tricontinental*.
<https://thetricontinental.org/es/argentina/chinacuaderno2/#toc-section-3>
- Mingst, K. (2009). *Fundamentos de las Relaciones Internacionales*. CIDE.
- Monjaraz, A. y Schiavon, J. (2019). América Latina. En Velázquez, R., Schiavon, J., Ochoa, L., y García, D. (eds.) *Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales: 100 años de disciplina* (pp.361-373). BUAP-UANL.
- Monter, J. (25 jun 2025). El intervencionismo de Estados Unidos en América Latina. *EOM*.
<https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/intervencionismo-estados-unidos-america-latina/>
- Montes, A. (30 dic 2020). ¿Qué fue el Consenso de Washington? *EOM*.
<https://elordenmundial.com/que-fue-consenso-washington/>
- Moral, P. (1 sep 2019). China en África: del beneficio mutuo a la hegemonía de Pekín. *EOM*.
<https://elordenmundial.com/china-en-africa/>
- Narodowski, P. (2019). El fin del siglo norteamericano, la irrupción de China y los ciclos en la periferia. En Merino G. E. y Narodowski, P. (coords.) *Geopolítica y Economía Mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina* (pp. 49-64). IdIHCS.
- Nedopil, C. (2025). *Países de la Iniciativa del Cinturón y la Ruta*. Centro de Finanzas Verdes y Desarrollo (FISF), Universidad de Fudan. <https://www.greenfdc.org>
- Nye, J. (2004). *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. Public Affairs
- Opalo, K. (3 mar 2023). La lenta muerte de la Françafrique. *Le Grand Continent*.
<https://legrandcontinent.eu/es/2023/03/03/la-lenta-muerte-de-la-francafrique/>
- Owen, R. (23 nov 1981). The Arab Economies in the 1970s. *MERIP*.
<https://www.merip.org/1981/11/the-arab-economies-in-the-1970s/>
- Panikkar, K. M. (1948). *Regionalism and security*. Indian Council of World Affairs.
- Piketty, T. (2015 [2013]). *El capital en el siglo XXI*. FCE.
- Polanyi, K. (2017 [1957]). *La gran transformación, Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. FCE.

- Polanyi-Levitt, K. (2018 [2013]). *De la gran transformación a la gran financiarización, Sobre Karl Polanyi y otros ensayos*. FCE.
- Pomfret, R. (28 ago 2025). China remains pivotal to Central Asia's balancing act. *EastAsiaForum*. <https://eastasiaforum.org/2025/08/28/china-remains-pivotal-to-central-asias-balancing-act/>
- Pontijas, J. (2014). Estereotipos y realidad geoestratégica: Polarización en Asia en la era posguerra fría. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 143, 1-15.
- Prashad, V. (2012 [2007]). *Las naciones oscuras. Una historia del Tercer Mundo*. Ediciones Península.
- ____ (2013 [2012]). *Las naciones pobres una posible historia global del Sur*. Ediciones Península.
- ____ (2017). *Red Star Over the Third World*. LeftWord.
- Puyana, J. (2002). Globalización, neoliberalismo y la crisis asiática: la necesidad de un nuevo orden financiero internacional. Iztapalapa. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 53, 414-464.
- Riggirozzi P. y Tussie D. (Eds.) (2012). *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism: The Case of Latin America*. Springer.
- Roberts, G. (21 feb 2024). The First Oil Shock: February 1974 and the making of our times. *African Arguments*. <https://africanarguments.org/2024/02/the-first-oil-shock-february-1974-and-the-making-of-our-times/>
- Roitman, M. (2019). *Por la razón o la fuerza: Historia y memoria de los golpes de Estado, dictaduras y resistencias en América Latina*. Siglo XXI.
- Rossi, I. (2020). Globalización, desarrollo y reformas estructurales. África y los países en los años 80. *Revista de Ciencias Sociales*, 3(169), 53-67.
- Roura, A. M. (8 ago 2024). El escándalo Watergate: qué llevó a Richard Nixon a convertirse en el primer presidente de EE.UU. que dimitió de su cargo hace 50 años. *BBC*. <https://www.bbc.com/mundo/articles/c2044d3ye4eo>
- Sahashi, R. (2024). Opposition and Cooperation: The Asia Pacific After the Cold War. En Sahashi, R., Matsuda, Y., y Aoyama, W. (eds). *Asia Rising. A Handbook of History and International Relations in East, South and Southeast Asia*. Springer.
- Sanahuja, J. A. (1999). *Ayuda económica y seguridad nacional. La ayuda externa de Estados Unidos, del Plan Marshall a la posguerra fría*. Entimema.
- ____ (2008). Del “regionalismo abierto” al “regionalismo post-liberal”. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina. *Anuario de la integración regional de América Latina y el Gran Caribe 2008-2009*, 11-54.

- Sánchez, C. (2010). La política exterior y militar de EE.UU en África (1960-2010): Del Tercer Mundo a “un nuevo Oriente Medio petrolífero”. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 27(3).
- Sanz, M. y López, L. (2020). *El contexto histórico de Asia oriental: la Guerra Fría*. UOC.
- Schmidt, E. (2013). *Foreign intervention in Africa: From the Cold War to the War on Terror* (New Approaches to African History). Cambridge University Press.
- Schmitt, C. (2001 [1942]). *Tierra y Mar. Una reflexión sobre la Historia Universal*. Trotta.
- Serrano, A. (14 nov 2024). Los cinco gigantes del petróleo en América Latina. *LISA News*. <https://www.lisanews.org/internacional/los-cinco-gigantes-del-petroleo-en-latinoamerica/>
- Sierra, M. (2007). *El Medio Oriente durante el periodo de la Guerra Fría: Conflicto global y dinámicas regionales*. UNAM.
- Silva, J. A. (1991 [1976]). *Política y Bloques de Poder. Crisis en el sistema mundial*. Siglo XXI.
- Singh, H. (2006). Asia-Pacífico en el Nuevo Orden Mundial (Norteamericano). En *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*. CLACSO.
- Smith, C. (2009 [2005]). The Arab-Israeli Conflict. En Fawcett, L. (eds.) *International Relations of the Middle East, Second Edition* (pp. 231-253). Oxford University Press.
- Soler, D. (23 abr 2020). África, el continente que Estados Unidos ignora. *EOM*. <https://elordenmundial.com/africa-estados-unidos-relaciones/>
- Stuenkel, O. (2020). *The BRICS and the Future of Global Order*. Lexington Books.
- Sun, Y. (2 sep 2021). China's Rise Post-9/11. STIMSON. <https://www.stimson.org/2021/chinas-rise-post-9-11/>
- Tooze, A. (2016 [2014]). *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*. Grupo Planeta.
- Toussaint, E. (2004). Tempestad en Asia: Los tigres domados. En *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*. CLACSO.
- Trevor-Roper, H. R. (1967). *The Crisis of the Seventeenth Century: Religion, the Reformation, and Social Change*. Liberty Fund.
- Turzi, M. (2020). Brasil juega con los grandes. *Le Monde diplomatique, edición Cono Sur*.
- U.S. Bureau of Economic Analysis [BEA] (2025). *Direct Investment Abroad: Balance of Payments and Direct Investment Position Data*. <https://www.bea.gov/>
- United Nations Trade and Development [UNCTAD] (19 jun 2025). *Developing Asia: Mixed picture for foreign investment in 2024* [Comunicado de prensa].

<https://unctad.org/press-material/developing-asia-mixed-picture-foreign-investment-2024>

- ____ (2025a). *UNCTADstat: Foreign direct investment: Inward and outward flows and stock, annual*. <https://unctadstat.unctad.org/>
- ____ (2025b). *World Investment Report 2025: International investment in the digital economy*. United Nations.
- Urdinez, F. (2025). China y el fin de la primacía estadounidense en Latinoamérica. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 25(3), 11-18.
- Vadell, J. (2023). La nueva globalización y el ascenso de China: Una interpretación a partir del concepto de formación económico-social. En Lo Brutto G. y Domínguez R. (coords). *La cooperación internacional en la encrucijada: reglobalización versus órdenes mundiales solapados* (pp. 71-101). BUAP-UC.
- ____ (2024). BRICS plus: el choque de las globalizaciones en un sistema multicéntrico. En Cabrera, A. C.; Crivelli, E.; Domínguez, R.; y Lo Brutto G. (coords). *La cooperación internacional en tiempos de competencia estratégica. Entre el interregno hegemónico y la multipolaridad*. (pp. 109-126). BUAP-UC.
- ____ (20 oct 2024). El BRICS Plus: la gran desconexión global y los desafíos de una nueva gobernanza mundial. *Tektónikos*. <https://tektonikos.website/el-brics-plus-la-gran-desconexion-global-y-los-desafios-de-una-nueva-gobernanza-mundial/>
- Vadell, J., y Jabbour, E. (2023). The rise of the Global South and the reshaping of world order. *Journal of Global Development Studies*, 14(2), 45-68.
- Victoriano, F. (2010). Estado, golpes de Estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico política. *Argumentos*, 23(64), 175-193.
- Villafuerte, D. (2023). China: ¿el nuevo Hegemón del siglo XXI? *LinamaR*, 21(1), 9-11
- Villanueva, D. (26 nov 2024). La “fábrica del mundo” avanza en la exportación de servicios creativos. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2024/11/26/economia/015n2eco>
- Vines, A. (10 sep 2021). Out of Africa: Exploring the roots of the 9/11 attacks. *Chatham House*. <https://www.chathamhouse.org/2021/09/out-africa-exploring-roots-911-attacks>
- Vitale, A. (2020). La anomalía del ascenso chino en la lectura de Giovanni Arrighi. En Caria, S. y Giunta, I. (coords.). *Pasado y Presente de la cooperación internacional una perspectiva crítica desde las teorías del sistema mundo* (pp. 54-92). IAEN.
- Wallerstein, I. (1983). The Three Instances of Hegemony in the History of the Capitalist World-Economy. *Comparative Sociology*, 24(1), 100-108.
- ____ (1992 [1991]). *Geopolítica y geocultura, ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Kairos.
- ____ (1992). Creación del sistema mundial moderno. Editorial Norma. <https://www.ramwan.net/restrepo/tcomt/creacion-sistema-mundial-moderno.pdf>

- ____ (1995b). La estructura interestatal del sistema-mundo moderno. *Secuencia*, 32, 143-166.
- ____ (1998 [1995a]). *Después del liberalismo*. Siglo XXI.
- ____ (2004b). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Akal.
- ____ (2005 [2003]). *La decadencia del poder estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico*. ERA.
- ____ (2006 [2004a]). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. Siglo XXI.
- ____ (2007 [1995c]). El moderno sistema-mundo y la evolución. *Antiguo Oriente*, 5, 231-242.
- ____ (2011 [1974]). *El moderno sistema mundial, la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI.
- ____ (2014 [2011]). *El moderno sistema mundial, El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914*. Siglo XXI.
- ____ (2015 [1989]). *El moderno sistema mundial, la segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. Siglo XXI.
- ____ (2015). La crisis estructural o porqué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. En Wallerstein, I, et al., *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 15-46). Siglo XXI.
- ____ (2016 [1980]). *El moderno sistema mundial, el mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. Siglo XXI.
- ____ (2016 [1988]). *El capitalismo histórico*. Siglo XXI.
- Westad, O. A. (2018 [2017]). *La Guerra Fría, una historia mundial*. Galaxia Gutenberg.
- Westcott, N. (23 oct 2024). África en un mundo multipolar. *PIA Global*. <https://noticiaspia.com/africa-en-un-mundo-multipolar/>
- Wilhelmy, M. (s.f.). China y la Región Asia Pacífico. PUCV. <https://www.pucv.cl/uuaa/asia-pacifico/noticias/china-y-la-region-asia-pacifico>
- Yaqub, S. (2013). The Cold War in the Middle East. En Immerman, R. y Goedde, P. (eds.) *The Oxford handbook of the Cold War* (pp. 246-264). Oxford University Press.
- Young, C. (2017). The End of the Post-Colonial State in Africa? Reflections on Changing African Political Dynamics. En Cheeseman, N., Whitfield, L., y Death, C. (eds.) *The African Affairs Reader. Key Texts in Politics, Development, and International Relations* (pp. 30-56). Oxford University Press.